

A romantic couple is shown in profile, embracing in a field of tall, golden grass. The scene is bathed in warm, golden light, suggesting a sunset or sunrise. A semi-transparent, glowing fire effect is overlaid on the bottom half of the image, creating a sense of passion and intensity. The woman has long, light brown hair and is wearing a small earring. The man's face is partially visible on the right side of the frame.

*La llama
de la pasión*

Javier Piña Cruz

Javier Piña Cruz
La llama de la pasión

© Javier Piña Cruz, [2019]

Título: La llama de la pasión

Ilustración y diseño de cubierta: Janis Sandgrouse

Maquetación del texto: Javier Piña cruz

© Del texto: Javier Piña Cruz, 2019

ISBN-13: []

Impreso por [Amazon]

Reservados todos los derechos. Salvo excepción prevista por la ley, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Dedicatoria

En primer lugar me gustaría dedicar este libro a todo hombre y mujer, que por causas de la vida, tienen que criar solos a sus hijos.

Todo el mundo merece una segunda oportunidad para ser feliz.

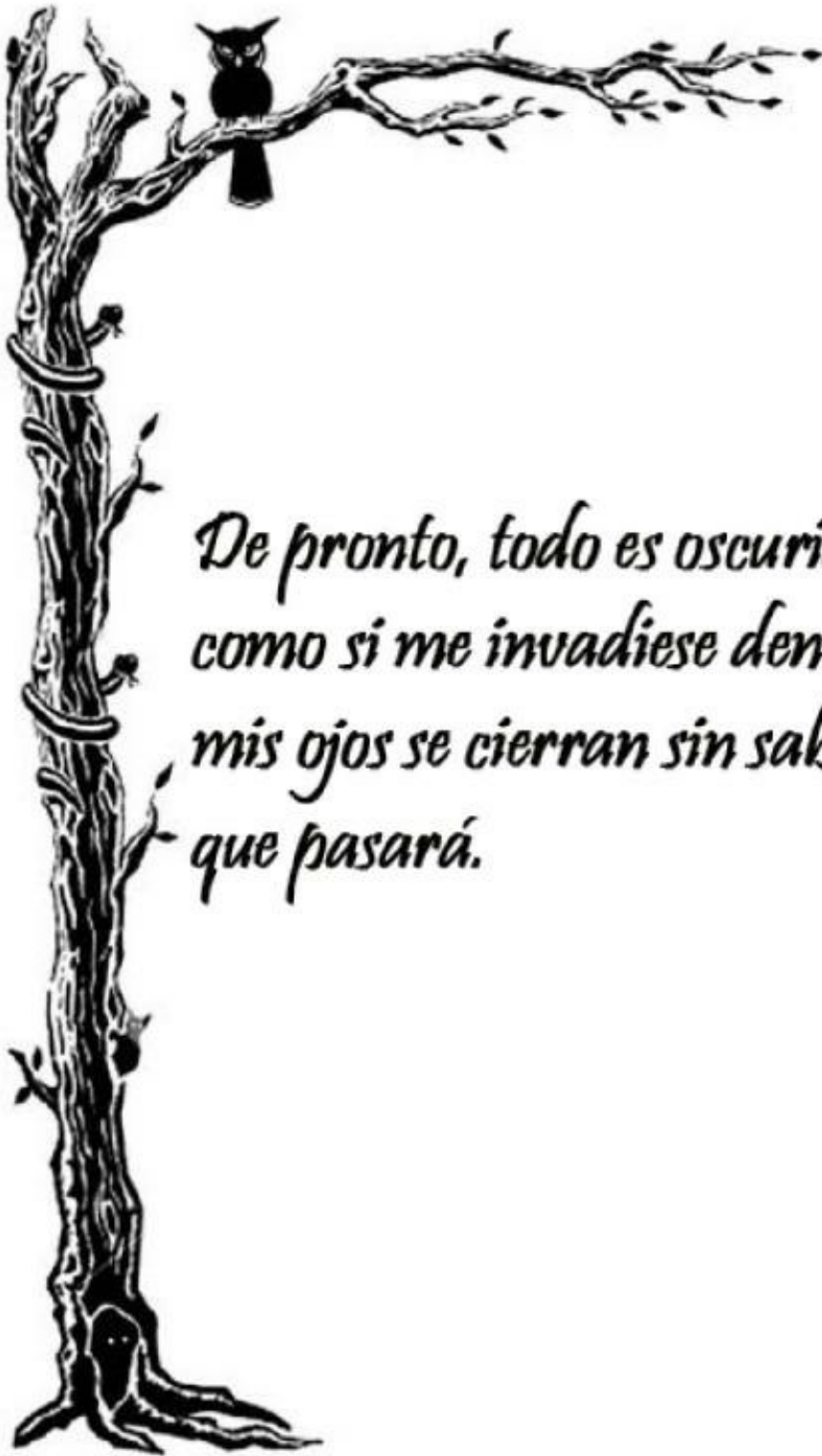
En segundo y último lugar, quiero dedicar este libro al cuerpo nacional de la Guardia Civil, por la labor que llevan a cabo en el territorio nacional e internacional. Gracias por proteger nuestras carreteras y nuestros pueblos.

CONTENIDO

Capítulo uno	10
Capítulo dos	26
Capítulo tres	43
Capítulo cuatro	58
Capítulo cinco	80
Capítulo seis	103
Capítulo siete	121
Capítulo ocho	134

Capítulo nueve	155
Capítulo diez	175
Capítulo once	193
Capítulo doce	212
Capítulo trece	237
Capítulo catorce	271
Capítulo quince	290
Capítulo dieciseis	315
Capítulo diecisiete	330
Capítulo dieciocho	346
Capítulo diecinueve	368
Capítulo veinte	388
Seis meses después.	388
Sobre el autor	391
Agradecimientos	394
Otros libros del autor	395
Fantasía Paranormal	396
Ciencia ficción y Fantasía	397
Romance Paranormal	399
Romántico	401

Capítulo uno



*De pronto, todo es oscuridad,
como si me invadiese dentro de mí,
mis ojos se cierran sin saber
que pasará.*



El despertador comenzó a sonar, cuando miro la hora veo las seis de la mañana. Otro día más, donde la rutina se hará dueña de mí.

Me estiro como si fuera una leona y me levanto. Paso por la puerta de Amy que todavía seguirá durmiendo, abro despacio la puerta para comprobarlo y ahí está mi tesoro, sumida en un plácido sueño, o al menos es lo que deseo para ella. Se ha cogido un año sabático en los estudios contra mi voluntad, para trabajar y ayudarme con los gastos. Esta niña... la mayor parte del tiempo es rebelde, pero tiene un corazón enorme. Ojalá pudiera darle todo lo que se merece.

Voy a la cocina y preparo la cafetera para que se vaya haciendo el café mientras que me doy una ducha.

Cuando acabo, me seco el pelo y me anudo una toalla a la cabeza y otra cubriéndome el cuerpo, salgo del baño y me encuentro con mi hija en la cocina.

Lleva el pelo revuelto, una camisola que le llega hasta las rodillas, los ojos casi cerrados, pero le dan un aire de ternura, a pesar de verla cada día, no puedo reprimir el pensamiento de que es lo mejor que he hecho con mi vida. Si me faltara o se fuera algún día, que por otra parte, ha de hacerlo, me costará muchísimo hacerme a la idea.

Se sienta en el taburete y esconde su rostro entre los brazos que los tiene apoyados en la mesa,

me hace gracia la manera de repetir ese gesto día a día.

—Hola mi amor ¿Te he despertado?

—Hola mamá. No, quería despertarme pronto y ponerme a buscar trabajo. Ya sabes eso de quien madruga Dios le ayuda. Aunque creo que de mí se ha olvidado.

Me acerco a ella, le rodeo la cintura con mis manos y la doy un sonoro beso en la mejilla, aprovecho que al estar medio dormida no protesta.

—Cariño, sabes que no hace falta, más o menos nos vamos apañando.

—Si mamá, pero no te voy a cargar con el acceso a la Universidad. Además es algo que quiero hacer por mí misma. Tú ya has tirado suficiente de mí.

Dios ¿habrá madre más orgullosa de su hija que yo ahora mismo? No, creo que no.

Niego con la cabeza y me acerco a ella, cuando se le mete algo en la cabeza, lo hace por sus narices.

—Y lo que te queda... pienso tirar de ti, toda mi vida, que para eso eres mi hija. Pero ojala no crecieras tan rápido...

—Mamá no empieces por favor. No se me caen los anillos por trabajar, además, así podré irme algún fin de semana y dejarte el piso solo... ¿Quién sabe? A lo mejor bajas esa coraza y te desfogas un poco.

Me quedo en shock cuando la escucho y siento como todo mi cuerpo se estremece, pero. ¿Qué se ha creído esta niña? Es cierto que hace tiempo que dejé de tener citas, pero eso a ella no le incumbe.

—¡Amelia! Yo estoy muy bien como estoy...

—Ya, si... claro...

Veó que se marcha riendo con una taza de café a su habitación, mientras yo me quedo en mitad de la cocina, preguntándome cosas que no quiero responder.

Me preparo mi café y mientras me lo bebo, voy ojeando las noticias del día anterior. Me levanto y apunto en la pizarra de la nevera lo que ha de comprar para la comida.

Recojo un poco los cacharros de la cena y me voy a vestir.

Entro en mi habitación y abro el armario, frente a mí aparecen algunas prendas ya pasadas de año «Tengo que comprarme ropa nueva» mientras que busco y rebusco, doy con unos *jeans* negros y una camiseta de tirantes del mismo color, además de una torera blanca, por si hace fresco. Me maquillo lo justo y tras despedirme de mi chica y dejarla constancia de lo que debe hacer para comer, salgo de casa.

Me dirijo al hotel, y es que después de ir dando tumbos por distintas empresas de trabajo temporal, uno de los hoteles me contrató para su plantilla como camarera de piso. Un trabajo duro, que me deja la espalda partida todas las tardes, pero mejor eso, que estar de un lado para otro.

Por suerte, un amigo de Ana me vendió un Ford Fiesta de segunda mano, el pobre está casi para el arrastre, pero cumple su función de llevarme a los sitios, cuando lo vio Amy le bautizo como “Barón Rojo” en honor a la banda de rock española que triunfó en los setenta, así no tengo que estar perdiendo tiempo para ir al trabajo, aunque a veces, como los viernes o cuando llueve, es preferible dejarlo en casa.

Enciendo el contacto y salta la radio con las noticias, hoy vamos a tener un día de mucho calor al parecer... lo que me faltaba.

Conduzco tarareando una de mis canciones favoritas, *Highway to Hell* de AC/DC, una de las pocas cosas que saqué buenas de mi relación con mi ex. Cuando me quiero incorporar a la autovía, veo pasar a un coche deportivo a mucha más velocidad de lo permitido, parece que se acabe el mundo, espero que no lée ninguna. Cuando ya ocupo mi sitio en la carretera, veo pasar a otros dos coches más a la misma velocidad que el primero, presiono el claxon varias veces en forma de protesta y no me reservo ningún adjetivo e insulto para esos conductores, parece que se crean los amos de las carreteras. Intento cambiarme de carril para evitar problemas, con la mala suerte de que por el punto ciego del retrovisor, no veo llegar a un cuarto, que me enviste con toda la furia de la velocidad que lleva. De inmediato mi cuerpo se lanza hacia delante, chocando mi pecho contra el volante y mi cabeza contra el salpicadero, la inercia hace que mi coche choque contra la mediana y comience a dar vueltas de campana. Gracias a Dios me he puesto el cinturón, aunque siento un gran dolor en el pecho, un sabor metálico inunda mi boca, escucho unos pitos infernales e interminables y de repente silencio. El coche ha quedado boca abajo, yo no me puedo mover. No puedo gritar, estoy en shock, intento girar la cabeza, pero un chasquido hace que me lo piense y vuelva a mirar hacia delante. Por suerte siento las manos y los pies, es un alivio, aunque por todos ellos me recorra un gran dolor.

Oigo lo que creo que son frenadas de coches, puertas abriéndose y personas que corren hacia mi posición. Al momento por el rabillo del ojo veo a un chico que me pregunta como estoy.

—No puedo moverme—Le contesto con dificultad.

Otra persona creo que llama a emergencias. He pasado de no oír nada a escuchar un bullicio en mi posición. Yo solo pienso en mi Amy, necesito verla, aunque sea por última vez. Me quito ese pensamiento de la cabeza. No, no puede ser la última vez... me niego a no ver más a mi hija.

De pronto, todo es oscuridad, como si me invadiese, mis ojos se cierran sin saber que pasará.

Poco después, no sé calcular el tiempo que ha pasado, escucho unas sirenas, no sé si son de la Policía, Bomberos o la Ambulancia, pero abro los ojos y me alegro de escucharlas, necesito salir de este amasijo de hierros y cristales rotos.

Las sirenas se escuchan más cerca, al fin se paran y escucho bajar a alguien que exige a los conductores que se alejen de donde están. Me sorprende a mí misma, pensando en que me gusta esa voz.

Oigo lo que parece un extintor apagando algún posible fuego que se haya podido producir, eso me produce mucho miedo. Al poco rato, siento a alguien que se agacha en el suelo y me habla.

—Hola, soy el cabo Gutiérrez de la Guardia Civil ¿Cómo te llamas?

—Laia Montes, por favor, sácame de aquí.

Siento como un líquido gotea de mi boca, por el sabor sé que es sangre, pero no puedo llevar mis manos hacia ella, me duele mucho. De pronto, su mano me acaricia el rostro con un pañuelo, quitándome el hilillo molesto que colgaba.

—Laia, ahora no puedo sacarte, tenemos que esperar a que venga la ambulancia y los bomberos, pero te prometo quedarme a tu lado. ¿De acuerdo?

—Mi hija... mi hija, tengo que hablar con mi hija... No puedo irme sin decirle que la quiero...

—Tranquila Laia, te prometo que yo mismo la llamaré cuando te saquen, y tú misma se lo dirás, pero ahora necesito que estés tranquila. ¿Harás eso por mí?

Intento distraerme en otra cosa... si es cierto que tiene una voz bonita y segura, logra

tranquilizarme al menos un poco, aunque el dolor de mi cuerpo no deje de recordarme que está ahí.

—Dime Laia, ¿en que trabajas?

Entiendo que quiera darme conversación, pero yo solo quiero salir de este puñetero coche.

—En un hotel. Lim.... pi.....o

Siento cómo los ojos poco a poco se me cierran otra vez, como si un gran cansancio y la oscuridad se volvieran apoderar de mí, esta vez creo que voy a morir. No quiero irme sin ver a Amy... de lejos escucho al cabo llamarme, pero no tengo fuerzas para hablar.

Dicen que cuando vas a morir, ves todos los capítulos de tu vida, pasar uno detrás de otro, pero yo no veo nada, tan solo siento dolor y angustia.

Abro de nuevo los ojos, al menos un poco y siento que me han sacado del coche, que estoy siendo trasladada, solo oigo voces a mi alrededor aunque soy incapaz de entender qué dicen, de nuevo mis ojos se quieren cerrar, lucho contra ellos, quiero permanecer despierta, pero otra vez pierdo la batalla.

Todo es silencio, oscuridad, hasta que vuelvo a abrir los ojos. Me encuentro en el hospital, veo las luces pasar por encima de mí a gran velocidad, intento llevar una mano a mi rostro para quitarme la mascarilla que me han puesto, pero me lo impiden. No tengo fuerza para luchar, más cuando mis ojos otra vez se cierran, esta vez creo que es para siempre, siento una lágrima escaparse por el rabillo del ojo al recordar las últimas palabras de mi hija.

Capítulo dos



*Oigo como su voz se entrecorta,
como la normalidad
se ha transformado
en miedo, en angustia...
y si no me consigo controlar,
a mi me pasará lo mismo.*

FRAN



Vamos por la carretera hablando del partido que jugó ayer el equipo local, parece mentira que con los millones que cobran, estén haciendo la mierda de temporada que llevan... deberían cobrar lo que cualquier currito. Cuando por la radio recibimos el aviso de cuatro coches, corriendo a gran velocidad en la autopista. De inmediato Jacobo coge el aviso y yo enciendo las luces y piso el acelerador, estamos a unos kilómetros de donde se produce lo que nosotros creemos que es una carrera ilegal, ya que últimamente parece que está de moda en la ciudad. A veces pienso que la industria del cine, tendrían que poner un poco más de empeño en evitar ciertas escenas, como las carreras ilegales. Eso solo anima a que nuestros jóvenes se crean corredores y jueguen no solo con su vida, si no con la de los demás.

Gracias a Dios, los conductores con los que nos encontramos se apartan, dejándonos paso, sin tener que hacer adelantamientos bruscos. Pasado un rato y cuando estamos cerca de alcanzar a los corredores, la radio vuelve a informar, al parecer uno de los coches ha impactado con otro y ha provocado un accidente. Jacobo me mira y yo asiento con la cabeza, de inmediato le oigo confirmar que nos quedamos en el lugar de los hechos. Por la radio escucho que otros compañeros se suman a la persecución.

Con el sonido de la sirena avanzamos por el atasco que se ha formado, hasta llegar a unos metros del accidente. Vemos a un deportivo de última gama con todo el morro hacia dentro y, delante de él, a unos metros, un Ford fiesta volcado completamente, del que empieza a prenderse un pequeño fuego. Al parecer lo ocupa una mujer, por lo que han informado. Nos bajamos del coche y mientras Jacobo atiende al corredor yo corro hacia el otro coche con el extintor en la mano, mientras ordeno a la multitud que se disperse. Miro hacia atrás cuando escucho más sirenas y otros compañeros llegan al lugar de los hechos.

Cuando apago el pequeño fuego y me aseguro que no hay ninguno más, me arrodillo y veo a una mujer de unos treinta, cuarenta años, por suerte lleva el cinturón de seguridad puesto, lo que no le ha salvado de múltiples golpes, así como de clavarse cristales en el rostro y en el cuerpo. Mientras le pregunto su nombre, veo que le sale sangre de la boca, saco mi pañuelo, el único recuerdo que me queda de mi madre, y le limpio con él. Intento tranquilizarla, y la prometo localizar a su hija, pero no puedo hacer nada hasta que el Samur llegue. Ojala se dé prisa, odio sentirme tan impotente.

Mis intentos de mantenerla despierta fracasan al poco de llegar, veo como pierde el conocimiento y le busco el pulso para comprobar que no es otra cosa. No es mi primer accidente en carretera, pero estoy muy nervioso, evito que se me note cuando hablaba con ella, se merece la tranquilidad que su cuerpo no le da.

Me levanto cuando se desvanece y hablo por la radio, exijo saber dónde está la ambulancia, me comunican que tardará menos de diez minutos en llegar, doy la vuelta y por la puerta del copiloto cojo su bolso. Busco dentro su cartera y su móvil. Primero busco saber cómo se llama, pese a que ella me lo ha dicho, a continuación busco en el teléfono si tiene a su hija en contactos de emergencia, por suerte así es y puedo leer «AA Amy», muy bien Laia...

Mientras espero a que la ambulancia llegue, me aseguro de que ningún curioso se acerca, me he impuesto protegerla, le he prometido que estaría a su lado hasta que la sacasen y eso es lo que haré. Me agacho por si ha recuperado la consciencia, pero sigue sumida en su trance, ahora me percató de lo hermosa que es. Lleva el pelo largo, más o menos por la, me atrevería a aseverar, a pesar de que la hinchazón ha empezado hacer acto de presencia en su rostro, deduzco sus facciones finas, esbeltas... sus ojos eran negros al igual que su cabello, tiene un *piercing* muy sexy en el labio. Su cuerpo, al igual que sus facciones, es esbelto, se nota que se cuida. Lleva unos *jeans* negros y una camiseta de tirantes, que deja ver la piel desnuda de sus hombros

Jacobo se acerca a mi posición, mientras que habla por la radio con el cuartel.

—El corredor ha muerto, se ha seccionado la aorta con un cristal, ¿cómo está ella?

—Ha perdido el conocimiento, pero vive. Es una luchadora. He cogido su móvil para avisar a su hija.

—¿Has llamado ya? ¿Quieres que lo haga yo?

—No, hasta que no sepa dónde van a llevarla, es tontería avisar a su hija. No gracias, le he dicho que la llamaría.

Jacobo me mira y niega con la cabeza.

—Trata de no involucrarte, si en cada accidente que veas, vas a dar todo de ti, al final te vas a terminar quemando.

—Me gusta cumplir las promesas que hago...

Oigo acercarse al Samur y siento un gran alivio, al fin va a poder salir de esa cárcel que la retiene.

Los médicos y ATS corren hacia el coche, una vez que les hemos dicho que el corredor había fallecido, pero que la otra víctima estaba viva. Por suerte, detrás de la ambulancia, vienen los bomberos. Los primeros poco pueden hacer salvo colocarle un collarín, tienen que abrir la puerta los segundos con una tijera neumática. Espero que no sufra ningún daño.

Una vez que la logran sacar, y quitar los cristales de su rostro y la consiguiente sangre, me quedo sin palabras... es... es... un ángel... tan hermosa como imaginé e indefensa... no sé porque, dentro de mí nace un sentimiento de protección hacia ella.

La tumban en la camilla y comienzan a avisar por radio sobre su estado, sufre un politraumatismo craneoencefálico. En ese momento un sentimiento de odio incomprensible me inunda hacia el corredor. Cuando consigo calmarme, pregunto a qué hospital la llevan y me separo para hacer una de las llamadas más difíciles que he hecho.

Marco el número y espero... un tono, dos, tres...

—Hola mamá, ¿a que no sabes qué? Tengo una entrevista a las seis de la tarde..

—Buenos días, le habla el cabo Gutiérrez de la Guardia Civil.

—¿Cómo dice? ¿Y mi madre? ¿Qué le ha pasado a mi madre?

Suspiro e intento elegir las palabras indicadas, para que no se asuste demasiado.

—Cálmese señorita. Su madre ha tenido un accidente de coche, ahora la está trasladando el Samur a La Paz. ¿Tiene forma de llegar?

Saltándome todas las normas y protocolos, estoy dispuesto a ir a buscarla y llevarla con su madre. ¿Qué me está pasando? ¿Por qué esa necesidad de proteger a esa mujer?

—Puedo coger un taxi, no se preocupe, ¿dice que la llevan a La Paz?

Oigo cómo su voz se entrecorta, cómo la normalidad se ha transformado en miedo, en angustia... y si no me consigo controlar, a mí me pasará lo mismo.

—Así es, nosotros vamos a ir detrás, si necesita más información o no se la dan, búsqieme o llámeme a este número. «¿Qué narices hago? ¿Cómo se me ocurre darle mi teléfono?»

Un vacío llena mi oído, parece que ha cortado. Tomo aire y cuando veo que la ambulancia arranca, llamo a Jacobo para ir detrás de ellos.

Aunque la ambulancia tiene su propio sistema de luces y sonidos, me coloco delante de ella abriéndole camino. Mi compañero me mira y niega con la cabeza, pero no dice nada... él se habrá visto envuelto en algún momento en algo similar, habrá conectado con alguna persona y por eso me avisa, pero a mí me da igual, sé lo que tengo que hacer y lo haré.

Me pongo nervioso cuando algún conductor tarda en apartarse... joder que llevo la sirena por algo coño... por fin encaro la entrada de urgencias del hospital y veo que un equipo médico está esperando. No sé si habrá llegado ya la hija, ni siquiera he mirado dónde vive. Aparcamos el coche y yo me bajo, mientras que mi compañero da la información pertinente al cuartel.

Informo a los médicos que está llegando su hija y mientras que lo hace, me acerco a accesos para darles la información, es algo limitada, solo tengo su cartera, pero ni si quiera sé que grupo sanguíneo es, pero me siento en la obligación de hacer cuanto pueda por ella.

Al cabo de media hora se nos acerca una chica de unos veinte años, delgada, morena, de un metro sesenta calculo, por sus facciones sé inmediatamente que es su hija. Si la madre parece un ángel, la hija es un querubín.

—Buenos días, ¿cuál de ustedes es el cabo Gutiérrez?

—Soy yo, tú debes ser Amelia ¿verdad?

—Amy por favor... ¿Dónde está mi madre? ¿Cómo está?

—Ven, vamos a sentarnos...

Mientras que nos alejamos un poco de mi compañero, este vuelve a negar con la cabeza, me espera una buena charla después. Por suerte, si no quiero escucharla, solo tengo que usar mi rango, pero quedaría muy mal hacer eso a quien se preocupa por mí.

—Tu madre ha sufrido un accidente. Cuatro conductores iban haciendo una carrera y uno de ellos chocó contra tu madre.

—¿Y mi madre está bien?

—Si, bueno... Ahora mismo está en quirófano, tiene varios traumatismos. Debes saber, que el otro conductor, murió en el acto...

—¡Pues que se joda! Seguro que era un puto niño de papá. ¡Ojala que todos acabasen así!

Por el tono de su voz, sé que en cualquier momento va a echarse a llorar, pese a que intenta demostrar una gran entereza, pese a lo joven que es.

—Está en buenas manos Amy... Los médicos de aquí son muy buenos, saben lo que se hacen. ¿Has avisado a tu padre?

—No tengo padre. Pero... mi... tía...

No puede más, ha aguantado mucho más que personas mucho más mayores, me sorprende cuando se lanza a mis brazos y esconde el rostro en mi uniforme... le abrazo levemente, intentando calmarla...

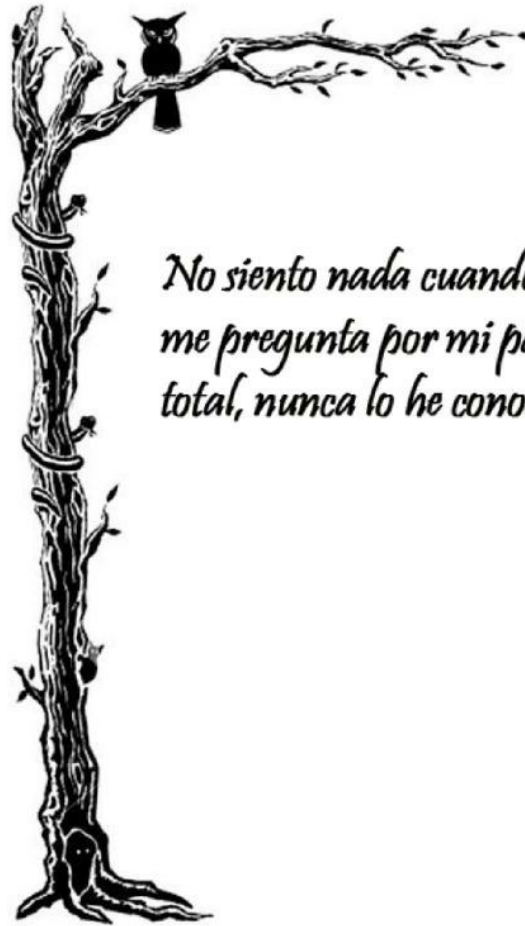
—Shhh venga, llora lo que quieras... desahógate... yo no me voy a ir a ningún lado...

—Ten...go que llamar a mi tía... perdone... no quería marcharle el uniforme.

—Nada... no te preocupes, las lágrimas nunca ensucian nada... Ve, estaré aquí.

Veó cómo se aleja, quitándose las lágrimas con el dorso de la mano... Ojala pudiera hacer algo, para aliviar su dolor.

Mientras llama me vuelvo a sorprender a mí mismo, pensando en lo duro que ha tenido que ser, criar a una hija sola, trabajando para poder educarla... Si hubiera tenido yo una oportunidad así, no me habría alejado por nada del mundo.



*No siento nada cuando
me pregunta por mi padre...
total, nunca lo he conocido.*

Capítulo tres

Amy



Estoy cansada de mandar ofertas, recibir el acuse de recibo y si te hemos leído no nos acordamos. Me tumbo un rato en la cama, mirando al techo, mientras que una versión de la BSO de *Blade Runner* del grupo “*Diary of Dreams*” suena en el ordenador. Entre mis manos, un bolígrafo va pasando de dedo en dedo, es algo que me enseñó mi madre para tranquilizarme. ¿Cómo narices quieren que los jóvenes trabajemos, si con dieciocho años te piden experiencia de cinco años? Cuando cierro los ojos para relajarlos, me suena el teléfono, me giro con hastío y

descuelgo.

—¿Dígame?

—Buenos días. ¿Amelia Montes por favor?

—Si, soy yo ¿Quién es?

—Buenos días Amelia, te llamo por la oferta que acabas de mandar, para un puesto de recepcionista.

Pego un salto y por suerte no tengo garras como los gatos, si no sigo hablando desde el techo.

—Si, dígame...

—Quisiéramos hacerle una entrevista esta tarde, si le parece bien, ¿sobre las seis?

—¿A las seis?—Miro el reloj, no es ni mediodía aún.—Si, perfecto, me viene bien.

—Pues a las seis la esperamos, muchas gracias por atenderme, le mando un email con la dirección.

Tras despedirnos, pego un grito y pataleo de felicidad como si fuera una pelea de kárate.

Tengo que contárselo a mi madre, pero todavía estará conduciendo, por lo que decido llamar a mi tía Ana.

Estamos cerca de una hora hablando, yo contándola lo feliz que soy al tener una entrevista y ella de cómo nos lo pasaremos en verano.

Siento un gran amor por mi tía. Es la única persona que se ha preocupado por nosotras. A parte de convertirse en mi mejor amiga, siempre puedo contar con ella para todo. Hasta hemos llegado a salir de fiesta juntas, ojala mi madre se nos uniera algún día, pero la pobre llega molida de trabajar.

Cuando cuelgo y voy a prepararme algo para almorzar, suena otra vez el móvil, cuando veo que es mi madre, salto de emoción.

—Hola mamá, ¿a que no sabes qué? Tengo una entrevista a las seis de la tarde.

Cuando oigo la voz de un hombre que se identifica como Guardia Civil, todo mi mundo se

desploma, me dejo caer en la cama mientras me dice qué ha pasado.

Después de unos segundos trastornada por la noticia y con unas ganas que no he tenido nunca de llorar, me pongo en pie, me visto corriendo con lo primero que cojo, me da igual si voy haciendo el ridículo, y salgo derecha al hospital. No me puedo creer que me esté pasando esto.

Salgo del portal y voy corriendo calle arriba, a la máxima velocidad que me permiten mis piernas aún dormidas. Llego a la parada de Taxis de la calle principal y me meto en el primero de la fila y le pido que me lleve a La Paz, mientras que conduce llamo a mi tía Ana.

—¿Qué, ya quieres cambiar el destino de verano?

—Tía...—La congoja no me deja continuar y unas lágrimas se me escapan.

—¿Amy? ¿Estás bien? Por Dios dime algo hija... ¿Qué te pasa?

Me cuesta un mundo articular palabra, estoy demasiado nerviosa. Me duelen las piernas, pero trato de no pensar en ello, intento concentrarme, pero la angustia me lo impide ¿Y si no vuelvo a hablar con mi madre? Solo atino a decir palabras sueltas...

—Ma...má, accidente, La Paz... ven...

—¿Que ha tenido un accidente Laia? ¿La paz? No te preocupes hija, ahora mismo marchó para allá, espérame, no tardo.

—Gr...acias tía.

Cuelgo el teléfono y me tapo la cara con las manos.

Antes de ocultar mi rostro entre mis manos, veo que el taxista, un chico joven de unos veinticuatro años, me mira por el retrovisor.

—Siento lo de tu madre, voy a coger un atajo, para llegar antes, no te preocupes en diez minutos habremos llegado.

Escucho la voz del chico e intento sonreír para agradecerle el gesto. Después de diez minutos cumple su promesa y estamos ya en el hospital... le pago la carrera y antes de bajarme me ofrece una tarjeta. —Llámame si necesitas un taxi. — le doy mil gracias por su atención. Intento serenarme antes de entrar, cojo aire y me preparo para lo que pueda pasar.

Cuando traspaso las puertas automáticas una oleada de calor me da una bofetada, cruzo otras puertas iguales que las anteriores, avanzo por el pasillo para preguntar en accesos y al girar la cabeza veo en la puerta de la sala de espera a dos Guardias civiles, me acerco a ellos de inmediato... parece que uno me ha reconocido, ¿pero cómo? En ese momento no pienso en que pueda haber mirado la cartera de mi madre.

— Buenos días, ¿cuál de ustedes es el cabo Gutiérrez?

— Soy yo, tú debes ser Amelia ¿verdad?

¿Cómo sabe mi nombre?

Le miro fijamente, debe medir en torno a un metro noventa, si no un poco más, bajo el uniforme se puede notar un cuerpo esculpido a base de horas de gimnasio, sus ojos del color avellana, son como dos portales que invitan a que me pierda en ellos, una barba muy cuidada adorna su rostro que por algún motivo me llama mucho la atención. De inmediato me fijo en sus manos, parecen mucho más grandes de lo que algún día serán las mías. Niego con la cabeza, intentando volver a la conversación.

— Amy por favor... ¿Dónde está mi madre? ¿Cómo está?

— Ven, vamos a sentarnos...

Poco a poco me va contando lo sucedido, a mí se me escapa la vena rebelde, pero es verdad, no siento nada por ese gilipollas que quién sabe si me dejará sin madre.

No siento nada cuando me pregunta por mi padre... total, nunca lo he conocido. Pero sin embargo me alarmo al ver que mi tía todavía no ha llegado, le pido disculpas por llorar encima de su uniforme, la verdad que nunca pensé que pudiera sentirme tan protegida en brazos de un extraño... siento como si me reconfortara... Me separo y me disculpo para llamar a mi tía.

— ¿Tía? ¿Dónde estás?

— Estamos llegando ya cielo, he tenido un problema con el coche. ¿Sabes algo? ¿Te han dicho cómo está?

Me pregunto con quien vendrá, como sea a mi abuela, ya se puede ir por donde venga, no quiero saber nada de esa familia, si no es de mi tía. No entiendo cómo siendo Ana tan generosa, puede tener unos padres tan mala gente... Hace poco me contó lo sucedido años atrás y recuerdo

que sentí muchísimo odio hacia esas personas, aun sin conocerlas.

—Tiene varios traumatismos en la cabeza... pero no sé si habrán encontrado más cosas. Tengo miedo tía... ¿y si no sale del quirófano? ¿Qué haré sin mi madre?

—Venga cariño, seguro que todo sale bien, tu madre es una luchadora, siempre lo ha sido...

—No tardes tía por favor.

Me enciendo un cigarro o al menos lo intento, y me quedo fuera un rato, pensando en qué haré si mi madre no sobrevive... un nudo me ataja el corazón impidiéndome respirar. Tendría que buscarme otro sitio donde vivir... quizá irme con mi tía, es la única familia que tengo.

Cuando llevo la mitad del cigarro lo tiro... No suelo fumar, de hecho, siempre llevo uno o dos en una cajetilla para momentos de estrés, como el de ahora.

Me quedan varias horas de espera, de repente me acuerdo de la entrevista y llamo para decir que no puedo asistir... necesito el trabajo, pero necesito mucho más a mi madre. Sin ella no soy nada.

Tras colgar vuelvo a tomar aire y me exijo a mí misma mantener la compostura. Se lo debo a la mujer que me ha dado todo lo que tengo.

Enciendo otra vez el móvil con intención de llamar a mi mejor amiga, pero vuelvo a apagarlo, no necesitan saber nada, esto tengo que pasarlo yo sola.

Vuelvo a entrar y me siento al lado del guardia civil, fijo la mirada en el suelo, con el cuerpo encorvado. Oigo cómo me pregunta si me apetece un café, niego con la cabeza, lo único que necesito ahora, es saber si me he quedado sin madre o no.

Cierro los ojos e intento no llorar, he de ser fuerte, por mi madre. De inmediato siento la mano del guardia en mi hombro, como queriendo transmitirme ánimo o consuelo, sé que es un desconocido, pero me alegro que esté aquí, no puedo pensar en qué haría sola.

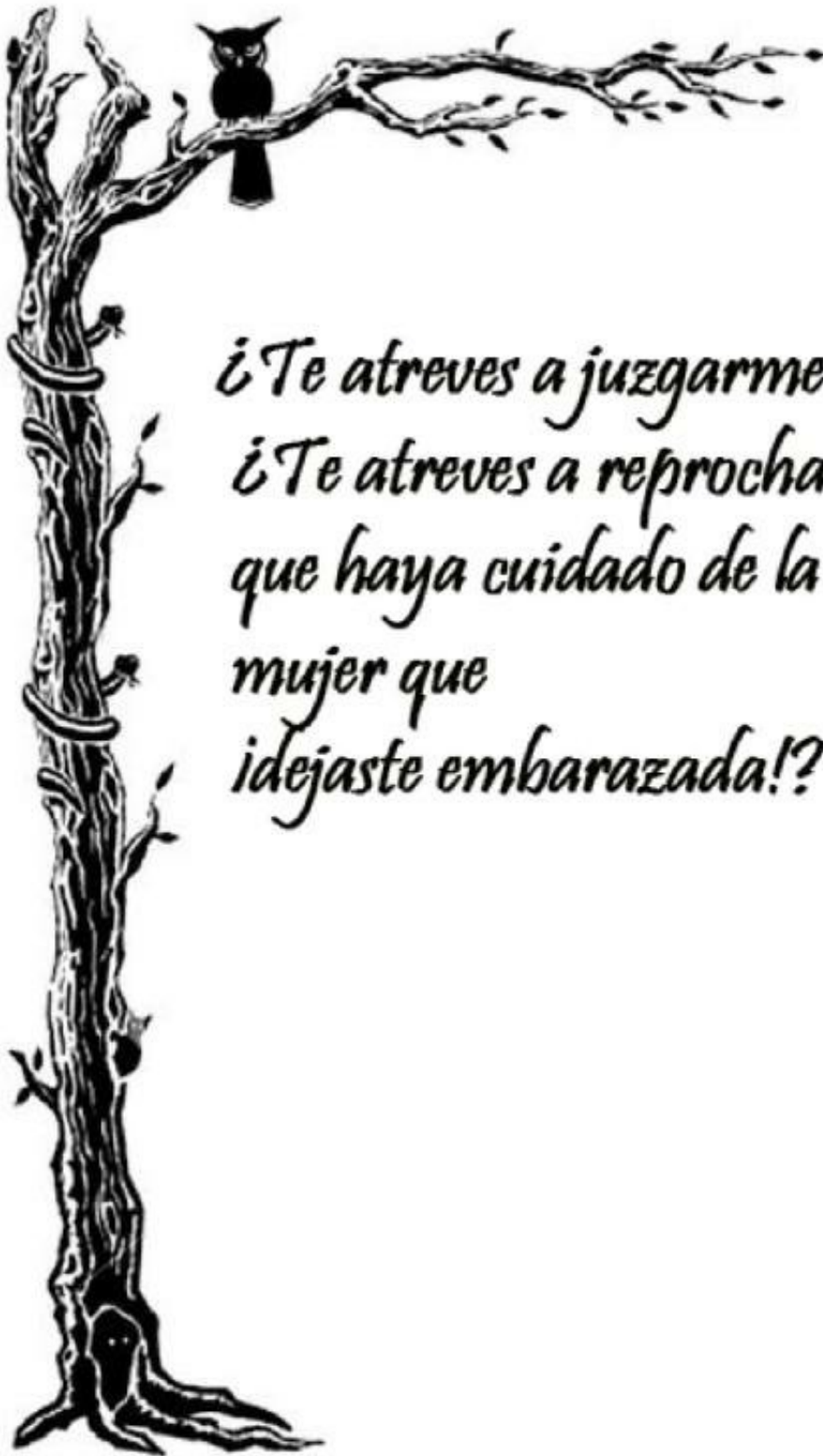
—Gracias...

Solo puedo dejar escapar un ligero susurro, ya que mis palabras como toda mi alma, ahora mismo están rotas. Me pregunto si me ha escuchado.

—No me moveré de aquí...

Si, si me ha escuchado, esbozo una leve sonrisa, que queda oculta por mi cabello y mis manos.

Capítulo cuatro



*¿Te atreves a juzgarme Juan?
¿Te atreves a reprocharme
que haya cuidado de la
mujer que
idejaste embarazada!?*

ANA



Después de colgar a mi sobrina, en lo único que pienso es en que está ella sola, tengo que darme prisa. Para mí, Amy es como si fuera mi propia hija, es lo más cercano que tengo. Dudo si avisar o no a mi madre, total nunca ha querido saber nada de ella ni de su madre... aún siento vergüenza por ello.

Me visto con lo primero que atino a coger y cuando voy a salir por la puerta, suena el timbre.

Cuando abro no me puedo creer lo que ven mis ojos.

—¿Juan? ¿Qué haces aquí? ¿Cuándo has vuelto?

Me sorprende ver a mi hermano en la puerta. Hacía tres años que no le veía, dudo si contarle lo que le ha pasado a Laia.

—Hola a ti también... Llegué anoche. Voy a firmar un convenio con una empresa y mañana me vuelvo a Londres.

—Pues me vas a perdonar, pero he de irme... ha surgido una emergencia.

—¿Algo grave? Si quieres te llevo, me está esperando el chofer.

No sé qué necesidad tiene de restregarme siempre lo bien que le va la vida...

—No tranquilo, ya voy sola, total... nunca te ha importado...

Cuando voy a cerrar la puerta, me corta el paso, por su rostro sé que le ha picado la curiosidad.

—¿Nunca me ha importado? ¿De quién hablas de Laia?

—Vaya, veo que aún recuerdas su nombre... Pero es una lástima que ni si quiera te dignes a preguntar por tu hija... ¿Porque sabes? Independientemente de lo que tengas en Londres, aquí tienes una HIJA...

Se la tiro directa, es mi hermano y le quiero, pero como hombre... me da asco.

—No quiero discutir el mismo tema de siempre... ¿Me vas a decir qué ha pasado?

Me dan ganas de meterle dos hostias, pero me contengo.

—Ha tenido un accidente de coche, ahora mismo voy a La Paz, porque mi sobrina, TU HIJA, está sola.

Suspira, sé que le jode que le recuerde lo que hizo, lo que hicieron, por que tan culpable es él, como mis padres, como los de Laia, la verdad que mala suerte ha tenido mi pobre cuñada.

—Te acompaño, pero no quiero que sepa quién soy. ¿De acuerdo?

—No. Por ahí no paso. Si tú no quieres a tu propia hija ni tienes curiosidad de saber cómo es, perfecto... horrible, pero perfecto. Pero es mi sobrina, he ayudado a criarla y en ningún momento le voy a ocultar que eres su padre. Aunque quizá debería, para que no sufra por haber sido hija de un hipócrita como tú. Ahora quítate de mi vista o acompáñame. Tú sabrás qué debes hacer.

Le aparto de un manotazo y corro escaleras abajo, salgo por el portal y me dirijo a mi coche, que está aparcado en la esquina.

Cuando voy a buscar las llaves no las encuentro, ni en el pantalón, ni en el bolso, ni en la chaqueta. En seguida recuerdo que las dejé en la cocina.

—¡Joder! ¡Puñeteras llaves hostia puta!

—¿Aún no quieres que te lleve?

Miro hacia el portal y ahí está mi hermano, apoyado en la parte trasera de la limusina.

—Solo si vas a afrontar que tienes una hija.

—Ana por favor... han pasado muchos años...

—Juan, nunca es tarde... ¡Es tu hija joder!

—No te prometo nada... pero lo intentaré.

Eso me vale... no es una promesa... no es un “voy a acercarme a mi hija” pero me vale. Voy hacia él y entro por la puerta del lado contrario a donde está él.

Cuando Juan entra, manda al chofer ir al hospital y entre los dos nace el silencio.

—¿Sabes? Rachel se gradúa este fin de semana... Podría reservarte un vuelo. Mamá va a ir.

—No gracias, a mi no se me ha perdido nada en Londres.

—¿Yo no soy nada para ti?

Me revienta cuando se hace la víctima. Que a gusto estoy, cuando no le veo.

—Eres mi hermano, por muy mujer y por muy hijos que sean tuyos, nunca dejaré de ser su tía, pero aquí tengo otra sobrina, a la que considero hija, que me necesita más que ellos.

Se revuelve en su asiento, es un chico al que nunca le ha gustado que le llevarsen la contraria... en que estaría pensando, cuando se le presente a Laia...

—Joder, no sé qué magnetismo tendrá Laia contigo... pero te tiene sorbida el seso...

—¿Te atreves a juzgarme Juan? ¿Te atreves a reprocharme que haya cuidado de la mujer que ¡dejaste embarazada!? Jamás... Jamás se te ocurra hacerlo... hace diecinueve años demostrasteis ser más animales que personas.

—No tengo por qué seguir escuchando tus historias. Tomé una decisión, no estaba preparado para tener una hija... tenía sueños, esos sueños son los que estoy viviendo ahora.

—A costa de ser un cabrón egocéntrico y narcisista... No reconozco a ese chaval, capitán del equipo de baloncesto, que sacaba buenas notas y decía estar enamorado de mi mejor amiga.

Por suerte ya queda poco para llegar al hospital, este viaje me ha venido bien para soltar todo lo que llevo dentro.

—Yo tampoco recuerdo a esa chica que se enrollaba con cualquier chico que le tirara los trastos... ¿Dónde está?

Aguanto mis manos al lado de mis piernas... si llega a ser otra persona le hubiera partido la cara... a la tercera me dará igual cual cantidad de mi misma sangre lleve en sus venas.

—Ha madurado Juan... Tuve que cambiar mis prioridades, por una recién nacida que no tenía ninguna culpa y que nadie quería.

Aguanto las lágrimas que quieren salir de mis ojos cuando suena el móvil, miro la pantalla y veo que es mi niña.

—¿Tía? ¿Dónde estás?

—Estamos llegando ya cielo, he tenido un problema con el coche. ¿Sabes algo? ¿Te han dicho cómo está?

—Tiene varios traumatismos en la cabeza, pero no sé si habrán encontrado más cosas. Tengo miedo tía... ¿y si no sale del quirófano? ¿Qué haré sin mi madre?

—Venga cariño, seguro que todo sale bien, tu madre es una luchadora, siempre lo ha sido...

—No tardes tía por favor.

Está agobiadísima, se lo he notado en la voz, Dios... ¿cuánto tardará este hombre en llegar?

—¿Qué te ha dicho?

—¿Ahora te importa lo que les pase?

—Va joder Ana. Dímelo.

—Laia está en el quirófano, tiene varios traumatismos. Amy, destrozada y sola.

Veo que saca el móvil y hace una llamada.

—*Hi, my sweetheart. Excuse me, there has been an unexpected family event that forces me to delay my return. It is not serious, but it requires my presence. Yeah, I love you too so much. Kiss the children for me. Yes. See you.*

—¿Qué has hecho?

—Retrasar un día la vuelta.

—¿Por qué? Es decir, ¿qué ha cambiado?

Él mantiene el silencio y yo no pregunto más porque acabamos de llegar. En cuanto estaciona al lado del hospital, salgo por la puerta y corro la rampa hacia abajo, para entrar por urgencias. Cuando entro por la puerta, voy directa a la sala de espera y veo a mi niña hablar con un guardia civil.

—Amy mi amor... ¿Cómo está? ¿Sabes algo? ¿Te han dicho algo ya?

No paro de hacer preguntas, ni me doy cuenta de que hago las mismas, pero de otra forma. Mi niña se abalanza sobre mí, abrazándose y rompiendo a llorar...

Se acerca uno de los Guardias civiles e intento saludarle con la mano, todo lo que puedo separarla del cuerpo de mi sobrina.

—¿Es usted Ana? Hola soy el cabo Gutiérrez. Un placer conocerla.

—Hola, el placer es mío... ¿Ha estado con mi sobrina todo este tiempo?

Mi niña se despega de mi cuerpo y se limpia las lágrimas de la cara.

—Si tía, cuando he llegado, ellos ya estaban aquí, no se ha separado de mí en ningún momento.

Me alegra pensar que aunque sea un extraño, ha cuidado de mi niña.

—Le estoy muy agradecida cabo. Ha hecho usted, lo que muchos no han querido hacer durante toda su vida.

—No me tiene que agradecer nada señora. He cumplido con mi deber. Además, no me habría sentido bien, dejando a una jovencita sola en un lugar como este.

Me giro para mirar a la puerta y veo cómo entra Juan, con las manos en los bolsillos, como si nada de esto fuera con él, en realidad es así, pero me niego a reconocerlo.

Cuando se acerca a nosotros y se queda mirando a Amy, esta me mira a mí y me pregunta lo que no sé cómo voy a contestarle.

—Tía, ¿quién es este hombre?

Miro a un lado y a otro y decido llevármela fuera, mientras que el cabo y mi hermano comienzan a hablar.

—¿Tía, que pasa? ¿Por qué me llevas fuera?

—A ver cariño. Cuando me disponía a venir para estar contigo, mi hermano se ha presentado en mi puerta.

Espero que no ate cabos y no se dé cuenta de que solo tengo un hermano.

—¿Ese es tu hermano? ¿Y cómo se...?

Dios.... Se ha dado cuenta... se ha quedado pálida... ahora enrojece... sus ojos ya no lloran, se están convirtiendo en ojos dominados por el odio.

—No, no puede ser.

Dime que no le has traído. ¡DIME QUE NO ES ÉL!

—Amy, baja la voz, por favor, que a nadie le interesa los problemas de familia.

—¡¡ME IMPORTA UNA MIERDA QUIEN ESCUCHE... ESE HOMBRE NO DEBE ESTAR AQUÍ. NO TIENE NINGUN DERECHO A ESTAR AQUÍ!!

Mi sobrina ha perdido los nervios, era algo que esperaba, pero no que montase una escena con gritos. Cuando veo que va a entrar otra vez intento sujetarla, pero se suelta de mala forma.

—¡TÚ, HIJO DE PERRA! SAL AHORA MISMO DE AQUÍ, NO QUIERO VERTE, NO TE NECESITAMOS.

Tanto la gente que está esperando pacientemente, el personal sanitario, y los dos guardias civiles se quedan totalmente callados... hasta que el cabo se acerca a mi niña, sujetándola, y queriéndosela llevar a otra parte...

FRAN



—¡¡SUELTAME!! ESE HIJO DE PUTA NOS ABANDONÓ, ABANDONÓ A MI MADRE CUANDO SUPO QUE YO IBA A NACER. NO QUIERO QUE ESTÉ AQUÍ.

—Venga Amy, por favor, está toda la gente mirándote, no me hagas detenerte por escándalo público, hazme el favor.

—¿A mí? ¿Escándalo público a mí? A ese hijo de perra, a ese, es a quien deberíais encerrar por mal nacido...

Veo que se agarra a mí y comienza a llorar como una niña de cinco años...

—No tiene derecho.... Quiero que se vaya... haz que se vaya por favor...

A mí se me parte el corazón. No entiendo como hombre, que otro abandone a su novia por que esté embarazada. Odio a esa gente...

—Jacobo, por favor, acompañe a este señor a la salida... La familia no quiere que esté aquí.

—A la orden mi cabo. Señor, acompáñeme por favor.

Yo sigo con la niña que poco a poco parece más tranquila. La tía se acerca a ella y la acaricia la espalda.

ANA



—Amy, lo siento, me olvidé las llaves del coche en casa, estaba él ahí, se ofreció a traerme... no pretendía hacerte pasar por esto...

—No le quiero ver... para mí está muerto... No tengo padre, nunca he necesitado un padre...

Miro al cabo y él me mira a mí con cara de circunstancias.

—Venga... que vas a manchar el uniforme de este buen señor...

Eso parece que la hace tranquilizarse y separarse del cabo.

—Perdone cabo, es la segunda vez que le mancho.

—Gutiérrez, puedes llamarme Gutiérrez, o Fran

—Pues Fran... me gusta más.

Enarco una ceja viendo la complicidad que ha nacido entre los dos. Espero que al tal “Francisco” no se le ocurra pensar en nada con mi niña... ¡podía ser su padre!

Capítulo cinco



*No, no puedo arrepentirme,
no quiero perder lo que tengo,
mi familia, mi hogar...*

JUAN



Después de que la hija de Laia me echase del hospital, vuelvo a mi apartamento. Decidí comprarlo cuando supe que tendría que venir varias veces al año a España, ya que no me apetecía estar en casa de mis padres. Abro la puerta y me dirijo a la cocina en busca de una cerveza.

Me siento en el sofá y subo las piernas a la mesa de centro mientras doy un sorbo y recuerdo a esa niña que dicen que es mi hija.

Reconozco que por un momento mi hermana me hizo tener curiosidad, pero no debería haber ido, no en este momento. Por otro lado, no puedo decir que no lo merezca. Es cierto, las abandoné. ¿Qué derecho tendría ahora para aparecer en su vida?

Recuerdo el día que me dijo que estaba embarazada. Una gran parte de mi se alegró, pero otra sintió un miedo atroz. ¿Qué iba hacer con diecisiete años y siendo padre? Esa noche hablé con mis padres y decidieron mandarme a Inglaterra a estudiar. Al principio me negué, no quería ser esa clase de persona, pero mi padre tenía por aquel entonces mucha influencia sobre mí y por más avisos que recibí de Ana, al final decidí irme. Ni si quiera me despedí de Laia.

Hace casi veinte años que no nos vemos, desaparecí de su vida y así debería haber seguido, desaparecido. ¿Qué esperaba? ¿Qué se lanzase a mis brazos y me llamara papá?

Siento que me suena el móvil y cuando miro la pantalla veo que es mi hija mayor, descuelgo con una media sonrisa.

—Hola cariño... ¿Cómo estás?

—*Hi* papá. Bien, echándote de menos.

—Y yo a ti... dime, ¿pasa algo?

—No, solo que me ha dicho mamá, que te vas a retrasar... ¿ha pasado algo en tu familia?

Doy un trago al tercio y cierro los ojos, recostándome un poco.

—Nada importante hija. Si todo va bien, pasado mañana estaré ahí otra vez. ¿Qué tal ha ido el examen de español? Espero que no hayas tenido problemas con los verbos.

—Ninguno... he aprobado... gracias a ti... No hay nada como tener un *daddy* español

—Bueno hija, uno hace lo que puede. Escucha, hablamos más tarde, me están esperando. Te quiero.

Después de mentir piadosamente a mi hija mayor, cierro los ojos, no me quito de la cabeza la imagen de mi otra “hija” hecha una furia. ¿Por qué no puedo quitármela? ¿Acaso me arrepiento de mi decisión?

No, no puedo arrepentirme, no quiero perder lo que tengo, mi familia, mi hogar... Esa niña es una desconocida, pese a que lleve mi propia sangre, con no volver a verla es suficiente.

Me levanto y voy al baño para darme una ducha y después organizar los papeles del trabajo.

FRAN



Después de estar varias horas en el hospital acompañando a Ana y Amy, me he tenido que despedir de ellas, no sin antes, pedirles por favor que me informasen de la evolución de Laia. Quizá les haya parecido raro esa petición, pero me gustaría saber cómo está.

Como esperaba, Jacobo me ha estado dando la charla en el coche, de camino al cuartel, él lleva más años en el cuerpo, pero yo he aprobado antes los exámenes, aún teniendo más rango que él, prefiero no usarlo, tenemos una buena amistad.

Cuando informamos de lo sucedido al oficial de guardia y dejamos nuestros uniformes en la taquilla, nos despedimos hasta el día siguiente.

Salgo del cuartel y me dirijo a mi casa. Cuando entro, mi perro, un Pinscher cruzado con un Pastor Alemán, se tira encima de mí dándome la bienvenida. Juego con él y le saco a dar un paseo, por las mañanas mi vecina le saca, y le da de comer, para que no esté todo el día encerrado. Mientras que Tass corretea en un descampado, yo miro el móvil para ver si me han llamado o si me han mandado algún mensaje, pero nada... silencio absoluto.

Después de una hora, volvemos a casa, doy de cenar a mi fiel compañero y me doy una ducha. Mientras me seco, se me ocurre que si no me han dicho nada, será porque aún sigue en el quirófano, o por que se han podido olvidar... tantas horas en el hospital... me siento en la cama y Tass me mira, como si supiera qué estoy pensando.

—¿Tú crees que debería ir? No sé, quizá necesiten ducharse o algo... ¿No crees?

—¡Guau! ¡Guau!

No es que entienda el lenguaje de los perros, pero estoy totalmente seguro, de que ellos si entienden el nuestro. Mueve la cola de un lado hacia el otro y me mira abriendo la boca, dejando caer la lengua hacía un lado, como si sonriera

—Si, llevas razón, quizá lo único que haga es molestar...

Esta vez da una vuelta sobre sí mismo y se acerca hasta el armario, donde se sienta mirándome.

—¡Guau!

—¿Si? Puede ser... La hija parecía a gusto conmigo, venga, me has convencido, me visto y voy al hospital. Siento dejarte otra vez solo amigo.

Ahora viene hacia mí y pone la cabeza en mi pierna, hay que ver lo que pesa, pero con todo ese gran cráneo, músculos, patas y pelo, tiene un corazón de oro.

Aviso a la vecina del percance y la chavala con educación y mucha paciencia, accede a cuidar

otra vez de mi *Kender*^[2] preferido... Tengo que tener un detalle con ella.

Después de conducir veinte minutos y de escuchar las noticias del país, que casi me han dado ganas de arrancar la radio, llego otra vez al hospital. Cuando avanzo hacia ellas, Amy se levanta primero al reconocermme sin uniforme.

—¿Fran? No tenías por qué haber venido... Aún no nos han dicho nada.

—No te preocupes, me sentía en el deber, lleváis muchas horas aquí. ¿No os apetece estirar las piernas? Salid a comer, os prometo que si dicen algo, os llamo enseguida.

Veó que ambas se miran y encogen los hombros. Yo sonrío, al menos apartarán sus mentes un poco.

—Muchas gracias cabo—Ahora es la tía, la que habla.

—No tiene por que dármelas... es lo mínimo. Y por favor, Francisco...

Después de que marchen, me siento en una de las sillas y descanso mi cabeza contra la pared. Llevo todo el día pensando en una mujer que no conozco, con la que solo he cruzado dos o tres palabras y me han llenado más que miles de conversaciones con María. ¿Cómo es eso posible?

María... Aún recuerdo lo mal que lo pasé cuando se fue... estábamos a punto de dar un nuevo paso en nuestra relación, cuando por causas de la vida, de un día para otro, se acabó lo que habíamos construido.

Me siento nervioso... es algo que llevo sintiendo todo el día, me levanto y voy a sacarme un capuchino de la máquina, detesto esos cafés, parece que estén destinados a lubricar el intestino, pero a falta de pan, buenas son tortas, como solía decir mi madre.

Ha pasado media hora y todavía no han avisado de nada. Me siento tentado a usar mi profesión para pedir información y es lo que hago finalmente. Me acerco al mostrador y saco mi placa.

—Buenas tardes noches, soy el cabo Gutiérrez de la Guardia Civil. Esta mañana han traído a una mujer de un accidente de coche, se llama Laia Montes. ¿Qué información me pueden dar?

Una mujer regordeta de unos cincuenta años, me mira por encima de las gafas, echa un vistazo a la placa y mete los datos en el ordenador.

—Lo siento cabo, aquí pone que aún está en quirófano.

—¿Aún? ¡Pero si lleva casi doce horas!

—Yo le digo lo que pone en el ordenador. No puedo decirle nada más.

—Lo comprendo, disculpe. ¡Ah! y gracias.

Me vuelvo a mi asiento y me dejo caer apesadumbrado, a saber que más cosas habrán encontrado los médicos. A mi mente viene la voz de Laia, sus suplicas por que la sacase de ese amasijo de hierros. Por mi profesión he visto muchos accidentes, demasiados, diría yo... gente que no controla, que no entiende que llevar el volante de un coche, es una responsabilidad, no un juego, pero en ninguno he llegado el primero, ni he tenido que enfrentarme a una posible muerte.

Mientras que mi mente sigue cavilando, veo abrirse la puerta por la que desapareció Laia y sale un doctor.

—¿Familiares de Laia Montes?

Todo el día esperando noticias y ahora casi me da un infarto ahí mismo al escucharle.

—Buenas noches doctor. Soy el cabo Gutiérrez de la guardia civil. La familia ha salido a refrescarse un poco. ¿Qué me puede decir de la señora Montes?

—Buenas noches Agente. Pues la señora Montes ha sufrido un traumatismo craneocefálico, esperamos que el coágulo se disuelva en las próximas horas. Ahora está en evolución. No le puedo dar más información sin que esté la familia delante... me comprende, ¿verdad?

—Claro doctor, ahora mismo llamo y enseguida vendrán.

—Muy bien, en un rato vuelvo a salir.

Mientras veo cómo se aleja, busco en el móvil el teléfono de Amy.

—¿Francisco? ¿Ha pasado algo?

—Acabo de hablar con el médico, será mejor que vengáis cuanto antes.

—¿Mi madre está bien?

—Por lo que me han dicho, está en periodo de evolución, prefiero que vengáis y contaros lo

que me ha dicho.

—En quince minutos estamos ahí.

Me vuelvo a sentar, pese a escuchar muchas veces a los médicos, busco en internet, para informarme mejor de lo que es un Traumatismo craneocefálico. Mientras que busco en varias páginas, Ana y Amy llegan al hospital.

—Fran, ¿qué han dicho?

—Ahora saldrá otra vez y os explicarán...

—Por favor Fran, es mi madre. Qué te han dicho... ¿Va a vivir?

Me puede... esta niña me puede... no sé porque, pero siento que no puedo negarle nada de lo que pida.

—Está en la UCI. Por lo que he entendido, tiene un traumatismo en la cabeza, y están esperando a ver cómo evoluciona. No me han dicho más.

Amy abre los ojos y se lanza sobre su tía rompiendo a llorar de nuevo... ambas llevan ropa distinta, habrán ido a su casa, lástima que no hayan podido descansar lo suficiente.

Después de hacer que se siente Amy, Ana viene hacia mí.

—¿Fumas?

—No suelo, pero si quiere la acompaño.

—Si pretendes que te llame Francisco o Fran, más vale que me empieces a llamar Ana y que me tutees. Hoy has demostrado, que te importa esta familia mucho más que a otros.

Supongo que lo dirá por el padre de la chica, la verdad es que me han dado ganas de molerle a palos... Si no fuera agente de la ley...

—Perdona que te pregunte Ana. ¿Laia no tiene padres?

—Uff a buena has ido a parar chico...

Enarco una ceja mirándola sin comprender... no he preguntado nada extraño.

—No debería contarte esto, pero puesto a que estás aquí sin conocerla de nada, te mereces saber un poco de la mujer que parece que te importa tanto salvar.

Abro los ojos como platos y la miro sin entender o no queriendo entender ese significado.

—Yo... solo estoy cumpliendo con mi deber...

—Jajajaja. Podrás engañar a otras, pero no a mí. Que oye, lo veo bien, mi cuñada se merece que la cuiden... pero tendrás que esforzarte mucho más que más, para derribar la barrera que ha creado.

—Yo...

—Laia tenía diecisiete años cuando se quedó embarazada de mi hermano. Sus padres querían que abortase o que lo diera en adopción, son muy conservadores. Mis padres, aconsejaron a mi hermano desentenderse e irse, cosa que hizo no del todo contento, pero se fue. Yo no podía dejar a mi mejor amiga en la calle, y como me había ido unos meses antes a vivir sola, me la lleve a mi casa. Desde entonces es más que mi cuñada, es como mi hermana y Amy es como mi hija.

Yo no lo puedo estar flipando más... ¿pero qué clase de gente abunda en este planeta? ¿Qué clase de padres, dejan a su hija a la intemperie solo por quedarse embarazada? Si mi madre que en paz descansa lo escuchara... los molía a palos.

—No me extraña para nada la barrera. Me impresiona la fuerza de voluntad que tiene... otra persona en su lugar habría claudicado.

—Mi Laia es una luchadora nata. Eso sí... te aviso, si logras que se enamore de ti, no encontraras mujer más fiel y sincera que ella.

—Ana, yo no preten...

De nuevo me interrumpe, esta mujer parece saber mejor mis sentimientos que yo mismo.

—Venga hombre... Aquí ibas a estar, si no te importara Laia. Yo comprendo que quieras enmascararlo con tu trabajo, no todo el mundo se enfrenta al amor igual, pero por favor, no me tomes por tonta.

Cuando volvemos dentro una ligera paz me inunda el alma, debería ser al revés, me acabo de dar cuenta de que una mujer que no conozco de nada, ha traspasado toda mi alma y se ha atrincherado en mi corazón, sin apenas verla llegar... pero por otro lado, no siento que estoy solo.

Desde que María se fue no he estado con ninguna otra mujer.

En cuanto llegamos con Amy, que está mandando un mensaje, sale de nuevo el Doctor. Al verme con las dos mujeres, no pregunta y se acerca.

—Buenas noches cabo, ¿es la familia de la señora Montes?

—Así es doctor.

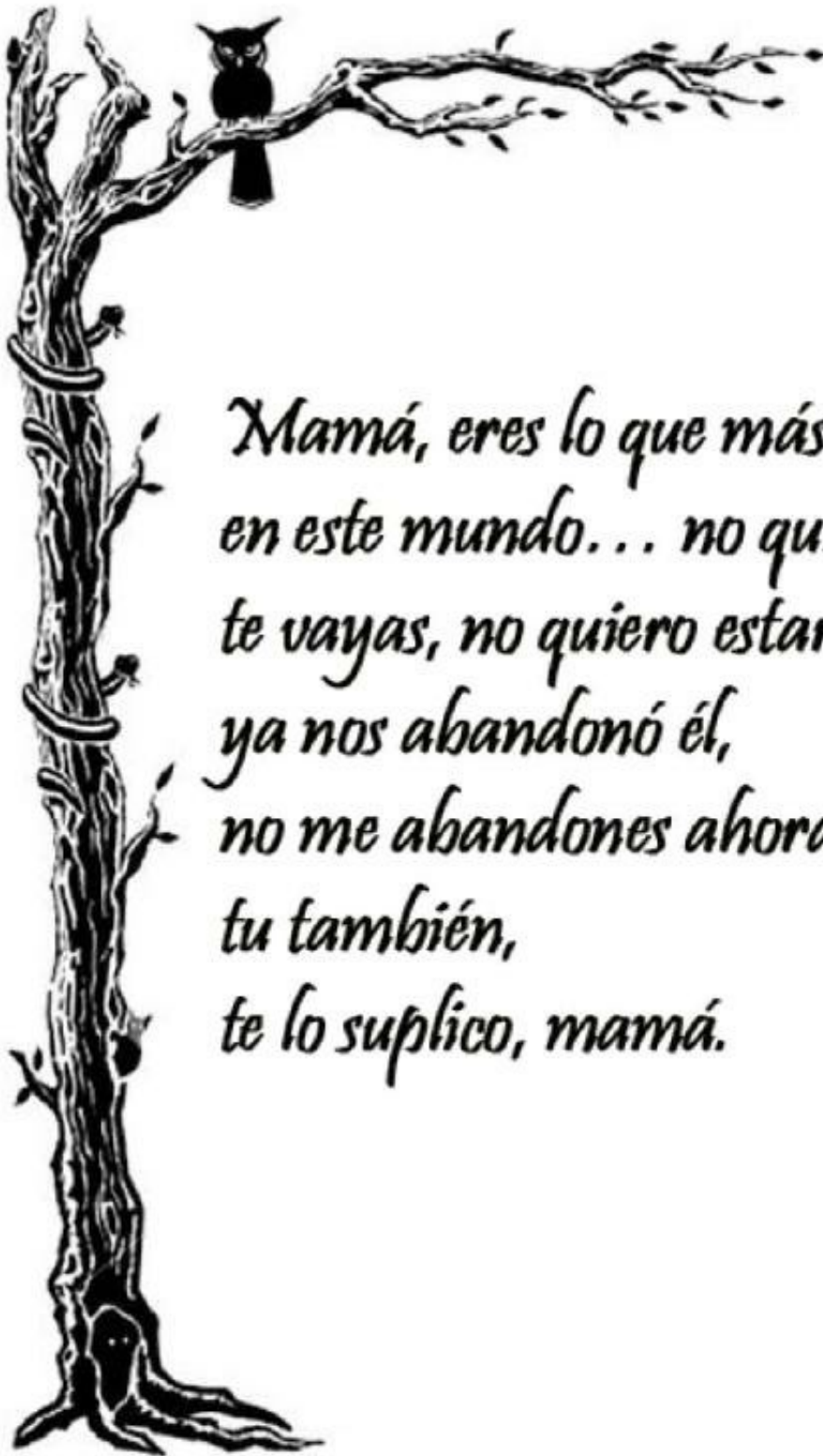
—Bien, como indiqué al cabo, la señora Montes sufre un traumatismo agudo en la cabeza y algunas costillas dañadas. Hemos podido aligerar la presión del cerebro, pero el coágulo se debería disolver en unas horas, quizá un día. La hemos trasladado a la UCI, para tenerla vigilada.

—¿Pu... pue...do ver a mi...madre?

—Solo una persona... en estos casos, es recomendable dejar descansar al paciente, de igual modo, que el mismo sepa que hay alguien hablándole... yo pienso que no hay mejor terapia que esa. Acompáñame

Les seguimos Ana y yo, hasta llegar a la puerta, esperando, nunca mejor dicho, que todo salga bien.

Capítulo seis



*Mamá, eres lo que más quiero
en este mundo... no quiero que
te vayas, no quiero estar sola...
ya nos abandonó él,
no me abandones ahora
tu también,
te lo suplico, mamá.*

KATY



Entro en la habitación donde está mi madre y la imagen no se me olvidará mientras tenga uso de razón. Está tumbada en la cama, rodeada de aparatos que ni sé, ni tengo intención de saber para qué son... reconozco algunos, pero no quiero pensar en ello. Cojo una silla que hay al otro lado y la acerco a la cama. Mientras que me siento, le cojo de la mano y se la acaricio... está un poco fría... siento un pequeño reparo, pero es mi madre. ¿Qué no haría ella por mí? Me levanto lo justo para besarla en la frente y vuelvo a sentarme.

—Hola mamá, soy yo... tu hija.—Qué gilipollas, si le digo que soy yo, ya sabrá que soy su hija, digo yo. —Estamos todos muy asustados, incluido el Guardia Civil, que ha llegado cuando ha pasado todo. Se ha quedado hasta que ha acabado su turno y ¿sabes? Ha vuelto, vestido de paisano para estar con nosotras. La verdad, no esperaba que nadie se comportara así. También ha venido la tía, con su hermano... no te preocupes, le he echado...

Se me quiebra la voz, pero debo ser fuerte por ella. Me quedo mirándola mientras acaricio su mano, esa fría mano que sigue inerte entra las mías.

—Mamá, quiero que sepas que te necesito... aún te necesito... solo tengo dieciocho años, tengo toda la vida por delante y tú tienes que estar ahí, para cuando encuentre un novio, para que me aconsejes en mi primer trabajo, para cuando vaya a la universidad y me gradúe, cuando me saque el carnet. Para seguir viendo los sábados por la noche las películas, para que discutamos... sí, sé que no te gusta, en el fondo a mí tampoco, pero qué aburrimiento entonces ¿no? Son muchas cosas las que nos quedan por hacer y por vivir mamá

No puedo más, esto es lo más duro que he podido hacer en mi corta vida... sin poder evitarlo,

rompo a llorar, abrazando su cintura, y entre hipidos, sigo hablándole.

—Eres muy importante para mí y te necesito... y la tía también... sabes que siempre os habéis llevado como hermanas, ella te necesita... y mucha gente... Mamá va, despierta, no tardes mucho por favor... Yo no me moveré de aquí, te lo prometo... a lo sumo para hablar con la tía y quizá ducharme... pero enseguida volveré... Mamá, eres lo que más quiero en este mundo... no quiero que te vayas, no quiero estar sola... ya nos abandonó él, no me abandones ahora tu también, te lo suplico, mamá.

No puedo hablar más, una gran tristeza me inunda... a la mente me viene mil imágenes, pero solo una dura lo suficiente para que la reviva, para que un miedo me atenace todo el cuerpo, y es una imagen de una película “La historia interminable” Cuando Artax se hunde en el pantano de las penas y Atreyu lucha para que salga... inmediatamente una nueva congoja me posee y lloro aún más, me siento tan hundida, que mi tía tiene que entrar para sacarme de la habitación, mientras me intenta calmar. Fuera está Fran, que aún sigue ahí, al pie del cañón, me abrazo a los dos, y dejo que mi tía entre. Sé lo mucho que le importa. Yo me quedo fuera con el cabo, abrazada a él, intentando que el llanto cese. Cuando me recupero, consigo hablar..

—¿Lleváis mucho aquí Fran?

—Acabamos de llegar. ¿Por qué lo dices?

—No por nada... Oye, que digo, que muchas gracias por lo que estás haciendo... nadie se había preocupado antes tanto por nosotras.

—Lo hago de corazón, mi madre decía que lo que se hace con ese gran músculo, no hay que agradecerlo.

Sonríó y le doy un beso en la mejilla, joder que alto es, tengo que ponerme de puntillas. La verdad es que me siento más acompañada con él.

ANA



Nada más entrar, me imagino la impresión que ha tenido que sentir mi niña... Respiro hondo y me acerco a la silla para sentarme.

—¿Qué pasa golfi? A ver si despiertas, que tienes a nuestra niña histérica, y a mí también... no sé si te habrá dicho algo Amy, pero tienes un admirador... menudo tiarrón. Es el Guardia civil que te atendió en la carretera, está continuamente atento de ti y de la niña, hasta se ha ido y a las dos horas ha vuelto... Hombres así solo pasan una vez en la vida cariño... tienes que despertar y cogerle, para que no se te escape, que te lo mereces... mereces que te quieran.

Ver así a mi mejor amiga, a mi hermana, me deja casi sin fuerzas. ¿Es que no ha pasado ya por bastante en este mundo?

—Imagino que también te habrá hablado de Juan... Qué genio ha tenido tu hija... se ha enfrentado a él y le ha ordenado que se fuera... sabes que es mi hermano y le quiero, pero qué orgullosa me he sentido de nuestra pequeña.... A ella no habrá hombre que la tosa, te lo digo yo...

—Por si no lo sabes, yo también necesito que vuelvas... si por algún casual te has dado por vencida, ya te lo puedes quitar de la cabeza. Yo no puedo hacerme cargo de tu hija, te necesita a ti. Yo soy la tía que a veces se la lleva de vacaciones, a la que acude, cuando se enfada contigo... pero no soy su madre. Joder, qué duro es esto... no quería llorar y mira... parezco una niña de seis años. En serio Laia... ¿despierta vale? Te voy a dejar un ratito con tu guardia civil, antes de que nos echen, sé que le gustará hablar contigo y se lo merece... despiértate pronto. ¿Vale?

Salgo de la habitación y cuando se dispone a volver a la sala de espera, le paro.

—Fran. ¿No quieres entrar?

Parece que le he pillado de improviso y se ruboriza, está guapísimo así, veo que Amy también lo ha notado y sonrío.

—Pero.... Yo no soy familia, no puedo entrar...

Cuando le voy a responder, mi niña se me adelanta.

—Fran, entra por favor. El médico dice que es bueno que le hablen... Me gustaría que lo hicieras por favor.

El asiente y más rojo que una picota, entra en la habitación. Nosotras nos miramos y como si, con solo hacerlo, nos dijéramos la una a la otra, que es un buen hombre.

FRAN



Entro cohibido en la habitación y tardo un poco en acercarme a la cama. Después de verla en el coche a tenerla frente a mí, en un profundo sueño... uff me produce mil sensaciones a la vez. Me siento a su lado y me quedo en silencio, sin saber qué decir. Al final comienzo de la única forma que sé.

—Hola Laia. Soy el cabo Gutiérrez, aunque preferiría que me llamasen Fran. Laia... Dios, que nombre más bonito tienes... suena a lluvia del rocío, caída en una madrugada de primavera. No sé muy bien que decirte, tu hija y tu cuñada han insistido en que entrase. ¿Sabes? No consigo quitarme tu cara de mi mente... no sé cómo puede ser, que una persona que no conoces de nada, te marque tanto...

Nada más terminar el monólogo, las máquinas empiezan a pitar, yo me asusto y me levanto corriendo...

—¡¡¡Doctor!!! ¡¡¡Enfermera!!! Por favor.

—¿Qué pasa Fran? ¿Ha despertado mi madre?

—No, si, no, no se.... La máquina a empezado a pitar sola...

Veo que el médico y las enfermeras entran corriendo a la habitación, cierran la puerta y nos dejan esperando...

—Os juro que no he hecho nada, solo estaba hablando con ella y...

Nos quedamos en silencio... esperando un buen rato. Yo sé que no he hecho nada, ni si quiera la he rozado...

Me llevo las manos a la cara, al pelo, me lo echo para atrás, lo aplasto... ¡Joder! No he hecho nada y siento una gran inmensa culpa.

Veo que se abre la puerta de la habitación y sale el médico.

—¿Alguno de ustedes estaba hablando con ella?

—Eh, si, yo doctor, pero le juro que no he hecho nada.

—Cálmese... no es eso. Su cuerpo a reaccionado al escucharle. ¿Es su marido?

—No, precisamente hoy...

—Es un amigo de la familia doctor—se apresura a decir Amy.

El doctor nos mira y sonrío de soslayo...

—Como iba diciendo... su cuerpo ha reaccionado a su voz...Ahora no, porque debe descansar. Pero debería hablarle más.

—De acuerdo doctor, así lo haremos.

Ana abraza a su sobrina y me invita a volver a la sala de espera.

—Al menos hemos podido verla los tres ¿no?

—Si tía... Ojala pudiera quedarme con ella esta noche.

—Aquí no podemos hacer nada cariño... será mejor que nos vayamos a casa y durmamos un poco.

Yo sigo andando en silencio, con las manos en los bolsillos, ha reconocido mi voz, ni la de su cuñada, ni la de su propia hija, la mía ¿Qué quiere decir esto?

—Fran, ¿quieres cenar con nosotras?

No lo entiendo... nunca nos hemos visto, y cuando nos hemos cruzado, solo hemos hablado

dos palabras, hasta que se ha desmayado...

—¿Fran?

Me llevo las manos a la cara y me froto con ellas, como si quisiera despertarme... cuando busco con la mirada a las chicas, veo que se han parado.

—¿Ocurre algo?

—Te estábamos diciendo que si querías cenar con nosotras, pero creo que no nos has escuchado.

Veo como Ana sonrío y yo caigo preso de nuevo del azoramiento.

—Gracias, pero prefiero no molestar, ya he invadido vuestro espacio, durante mucho tiempo.

—¿Qué dices? Anda, no seas tonto... espera... ¿Te está esperando alguien en casa? Si es así discúlpame...

—No, no que va, bueno si, Tass, pero he avisado a mi vecina y supongo que lo habrá dado de cenar.

—Oh ¿te gustan los perros? Mi madre no quiere animales, pero a mí me encantan.

Al final accedo a cenar con ellas, vamos al McDonald's que está detrás del hospital y entre pequeñas risas y anécdotas cenamos.

Capítulo siete



*Algunas veces me la quedo
mirando... me encanta su cara,
aparte de ser muy hermosa,
tiene un halo de misterio,
que a la vez se transforma
en serenidad.*

Ha pasado una semana, desde que recibí el aviso por radio. Estos días ha sido un no parar, cada día hablo nada más despertar con Ana o Amy, por si hay alguna noticia, voy a trabajar, aguantando los sermones de Jacobo y cuando acabo vuelvo al hospital, donde siempre están las dos mujeres.

Con Ana estoy cogiendo mucha confianza... es increíble que por lo que me cuenta, sea de la misma familia que el gilipollas de su hermano. Y mucho más increíble que en una semana, nos estemos contando cosas, que ni mi compañero sabe de mí. Recientemente he perdido a mi madre y creo que estoy pasando un tercer infierno, primero María, luego mi madre y ahora Laia... pero sigo sin comprender el por qué de este sentimiento hacia la última.

Con Amy me lo paso genial, dentro de lo que cabe. Es una chica despierta y tiene una risa que contagia. Le gustan los animales y le llevé un día a Tass para que le conociera. Dice que se ha enamorado de él. He decidido dejárselo unos días como terapia, a mí me ayudó mucho los días previos al fallecimiento de mi madre, quizá a ella le sirva para contarle lo que a nosotros no nos dice. Los perros tienen la habilidad de hacer feliz al más huraño.

Yo por el contrario, cada vez quiero terminar antes en el trabajo. Una de mis amistades, una escritora llamada Sarah Wall, me ha hecho llegar dos libros. Uno de ellos, está escrito por ella "La niña del sombrero de Paja" y el otro es de un amigo suyo llamado Javier Piña, el libro se llama "Conociendo a Gabriel", cada vez que voy a verla, le leo ambos, ahora estamos terminando el segundo.

Sigue reconociendo mi voz cuando la hablo, el Sábado que no pude ir, no pasó nada me dijeron, pero al día siguiente, eso parecía, la película "Encuentros en la tercera fase" la máquina no paraba de sonar, pero sabíamos qué es lo que pasaba... por alguna razón, estoy unido a ella y siento tanto orgullo como miedo. Temo que cuando se despierte, no sea felicidad, si no miedo lo que sienta hacia mí.

Algunas veces me la quedo mirando... me encanta su cara, aparte de ser muy hermosa, tiene un halo de misterio, que a la vez se transforma en serenidad. Una de las noches en la que se nos hizo tarde, las chicas me invitaron a cenar en su casa, mientras que servíamos la cena y la degustábamos, pusieron un video de cuando Amy era pequeña, si ya sentía algo especial por su madre, escuchar esa voz...

Ahora estoy ahí, en la silla de los tres guardianes, como la llama Ana, leyendo las últimas

páginas del libro. No sé a ella, pero a mí me han emocionado los dos.

—Y fin... va, no pongas esa cara, que no me puedo quitar de la cabeza, el vídeo que vi hace unas noches... ¿Qué que vídeo? Eso se lo tendrás que preguntar a Ana y Amy.

—E....so... es... ju....gar.....su....cio

—No qué va... eso es disfrutar escuchándote.... Espera... ¿me oyes?

Como si me hubieran dado una descarga de mil doscientos amperios, me levanto de la silla.

—Si.... Pe...ro... no... te... cai...gas....

—No, claro que no.... Voy a avisar a los médicos... no te duermas otra vez...

Me dirijo corriendo a la puerta, cuando la abro de sopetón, las dos chicas se asustan...

—¿Qué pasa? ¿Ha pasado algo?

—Se ha despertado... hablad con ella, voy a buscar al médico.

Mientras que voy a buscar al doctor escucho como Amy se pone a llorar, según entra... que congoja me da verla así...



No sé donde estoy, no sé porqué no puedo abrir los ojos... solo oigo voces, reconozco a mi hija, Dios, no quiero que llores amor mío, no me rindo... estoy luchando... por tí, por mí... pero sobretodo por tí. ¿Cómo te voy a abandonar? Jamás, jamás te haría ese daño... Ahora escucho a Ana, Dios, parece que fue ayer, cuando me cogió de la calle y me invitó a su casa... No Ana, no voy a tirar la toalla, quiero volver a abrazarte... a abrazaros a ambas... sois lo más importante de mi vida. ¿El Guardia Civil? Ah sí, ahora recuerdo... su voz me calmaba... no quiero volver a dormirme... no dejéis que....me....duer...ma

Ah ahí está otra vez mi niña, hoy parece más tranquila... me cuenta lo que ha hecho... después entra Ana, ella no para de decirme que me despierte, como si yo quisiera estar así... al ratito se va y entra mi ángel de la guarda. Me encanta escucharle, dice que tiene dos libros que me gustarán... hace tanto que nadie me lee... y tiene que ser él, escuchar su voz... Me encantaría verle, solo conozco sus palabras, pero hay algo en ellas que aún en mi situación... Por él estoy convencida de que bajaría mi barrera, le dejaría entrar solo para poder disfrutar de esa voz.

El resto de los días son igual, se reparten entre los tres el tiempo, yo no entiendo por qué necesita venir todos los días, aunque reconozco que me dolería que no lo hiciera, me encanta escuchar a mi hija y a Ana, pero con él es distinto... siento que algo me une, como ese hilo que de pequeños nos atábamos los niños...

Hoy parece que estoy un poco mejor... el dolor de cabeza parece que disminuye, y mis ojos quieren abrirse... soy capaz de mojar me los labios...

Ahí está otra vez... qué libros más bonitos ha traído, me han hecho llorar por dentro... ya ha acabado con el segundo... ¿y qué dice? ¿Un video? Voy a matar a Ana... por Dios... eso no es justo... e intento hacérselo saber.

—E...so... es... ju...gar.....su...cio

—No qué va... eso es disfrutar escuchándote.... Espera... ¿me oyes?

Llevo escuchándoles una semana...

—Si.... Pe...ro... no... te... cai...gas....

—No, claro que no.... Voy a avisar a los médicos... no te duermas otra vez...

¿Dormirme? Es lo último que quiero ahora mismo... quiero irme a mi casa, quiero ver a mi hija y como si fuera cosa de magia, ahí viene llorando otra vez.

—¡Mamá! Has despertado... nos tenías muy preocupadas...

—Mi.... Amor... no...no me... voy a... ningún... sitio...

Poco a poco abro los ojos... todo es muy brillante, tengo que cerrarlos de nuevo, pero mi necesidad de ver a mi hija, hace que pruebe otra vez. Esta vez más despacio, comienzo a abrirlos, mis pupilas van aceptado la recepción de la luz, si... así... un poco más. ¡La veo! Veo a mi hija que está llorando y detrás de ella a Ana. Nunca me había parado a pensar en cómo se parecen.

—No... llores mí... amor. Mamá est...a aquí.

Me abraza con fuerza, que daño me hace la jodía, pero no se lo digo, necesito ese abrazo, nuevo lentamente mis brazos y hago lo mismo... mis ojos comienzan a dejar salir las lágrimas que lleva reteniendo muchos días.

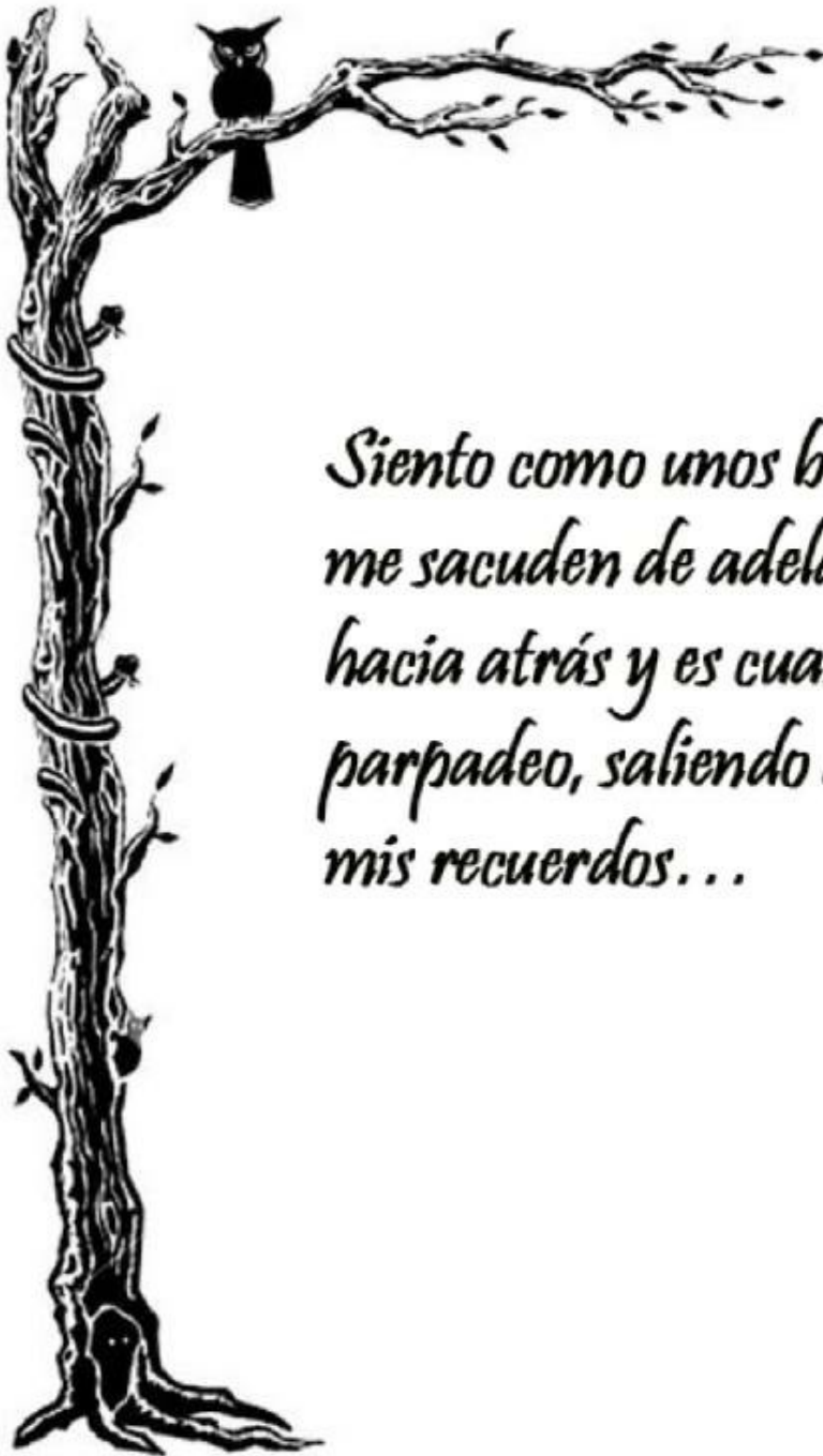
Al poco tiempo veo entrar a un hombre, seguido de los médicos, por su voz, sé que es él, mi ángel de la guarda... ¡qué guapo es! Dios que vergüenza que me haya visto así, con esta cara, estos pelos... pero joder, es guapo de cojones...

Piden que salgan todos fuera, intento hablar con la cirujana, pedirle que dejen quedarse a mi Ángel de la guarda, pero antes de dejarme decir nada, me silencia levantando la mano, como si supiera qué le iba a decir.

—El protocolo dice que nadie puede estar en la habitación, salvo el paciente y el personal cualificado. Pero tranquila, dentro de poco los volverás a ver.

Asiento en silencio, y me dedico a contestar a las preguntas que me hacen y a seguir la linternita, como si fuera unos faros en la noche.

Capítulo ocho



*Siento como unos brazos
me sacuden de adelante
hacia atrás y es cuando
parpadeo, saliendo de
mis recuerdos...*

Los siguientes quince días hasta que me han dado el alta, han sido un infierno.

Entre pruebas, analíticas, curas, rehabilitación, es algo que no se lo deseo a nadie. Encima para hacerlo más duro siento que me falta algo. Es una sensación extraña, como si me hubieran amputado algún miembro y crea que sigue ahí. Mi hija está aquí todos los días, me siento mal porque una niña como ella, tendría que estar disfrutando de la vida, no estar en un hospital encerrada casi todo el día, al haberme subido a planta, tanto ella como Ana, se turnan. Mi cuñada... Tengo tanto que agradecerle... se comporta más como una hermana, al menos es como nos vemos ambas. Hemos pasado por tanto...

Hoy me voy ya para casa, es extraño, tendría que estar dando saltos de alegría, bueno, saltos no... pero hay algo que me impide estar totalmente feliz. Espero descubrir pronto qué es.

Me dijeron que a las seis de la tarde me traían el papel y son las seis y media, a parte estas dos no están aquí. ¿Por qué pienso así? ¿A caso no se merecen un descanso? Estar aquí metida me está cambiando el humor.

Mientras espero pacientemente en la cama, mirando la televisión, informan de un accidente en la carretera, justo en la misma donde hace dos semanas casi pierdo la vida. Sin saber por qué, mi cuerpo empieza a temblar, a revivir todo, el vuelco, el golpe en la cabeza, cambio de canal intentando que la sensación se vaya con él, noto cómo empiezo a sudar.

—Hola mamá, ya estamos aquí, perdona, nos hemos entretenido buscando aparcamiento.

Estoy sumida en un trance, ahora en el momento en que Francisco llegó y se puso a hablar conmigo. Le escucho como si aún siguiera en el coche.

—¿Mamá? ¿Me escuchas?

—Laia va mujer, que estás asustando a la niña...

Siento como unos brazos me sacuden de adelante hacia atrás y es cuando parpadeo, saliendo de mis recuerdos...

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—¿Cómo que qué pasa? Te estamos llamando y no respondías...

—Uff, estaba viendo la televisión y han informado de otro accidente, justo donde yo lo tuve, y de repente he vuelto a recordarlo.

Mi hija me abraza, de la manera que lo hacen cuando tienen miedo... como si nuestro cuerpo lo ahuyentara, aunque mi cuerpo ahora no está para eso, la abrazo igualmente ¿Cómo no hacerlo?.

—Vale, cariño. Ya esta... ya estoy ¿ves?

—Me habías asustado... ¿Aún no te han traído el alta?

Niego con la cabeza apesadumbrada, me da miedo tener que pasar otro día aquí.

—¿Tú crees que si lo tuviera, no os habría esperado en la calle?

—¿Mamá?

Veo que mi hija se sorprende al igual que Ana. ¿Qué he dicho de malo?

—Amy, no se lo tengas en cuenta, lleva muchos días deseando salir de aquí.

—Si, si. Llevas razón, a ver si viene ya el médico...

Me siento mal, parece que he descargado mi frustración con mi hija, sin tener culpa ninguna.

—Venga, os dejo que habléis, voy a fumar un cigarro ahora vengo.

Mi hija se sienta en la cama, a mi lado... supongo que estará pensando en si ha hecho algo mal.

—Perdona cariño... no quise hablarte así... es este sitio, que me pone de mal humor y la noticia...

—No te preocupes mami, lo comprendo...

Me abraza y yo a ella, la beso en la frente... cuanto quisiera evitarle sufrir...

ANA



Según salgo de la habitación me suena el móvil, miro y es Fran quien me llama.

—Hola perdido... ¿Qué hay de tu vida?

—Hola Ana, si lo siento, he tenido mucho trabajo y no he podido ausentarme.

—Nada, lo comprendo...

—¿Cómo está Laia? ¿Cómo va la rehabilitación?

Hace un par de días que no viene y lo primero que hace es preguntar por ella... ¿Acaso no quiere venir?

—Bien... hoy le dan el alta... ¿Vas a venir?

—Estoy en la calle, pero no creo que sea lo mejor.

—Espera, ahora bajo.

Pulso el botón del ascensor, mientras me pregunto... por qué dirá eso... Tanto Amy como yo, hemos notado lo bien que han congeniado... Cuando se abren las puertas entro y espero que se cierre y baje... No lo entiendo... él ha sido clave para traer de vuelta a Laia... Cuando se vuelven a abrir salgo, mientras busco el paquete de tabaco. Al salir, me le encuentro de paisano apoyado en la barandilla. Me acerco y le doy dos besos.

—¿Por qué dices que no es lo mejor? ¿Qué pasa?

—Pasar no pasa nada Ana, pero... quiero dejaros espacio a las tres... todo ha sido tan...

—¿Tan frenético? ¿Bonito? Es increíble la forma en la que habéis conectado.

—Frenético si... y precioso... pero no considero que haya hecho nada del otro mundo.

¿Este hombre está tonto o qué le pasa? Hay personas que no son capaces de volver porque no tienen a quien anclarse... ¿y él no le da importancia?

—Fran, con todos mis respetos... creo que te equivocas. Pero bueno, si tú quieres hacerlo así, yo no me voy a meter.

—Creo que es lo mejor... de todas formas... no le digas que he venido ¿vale?

—¿Quieres que no sepa que te preocupas por ella? ¿Y encima que le mienta?

—Si no te pregunta, no tienes que mentir... En serio Ana... Tengo que irme, da un beso a tu sobrina, ¿vale?

Me doy cuenta de que aún ni me he encendido el cigarro... Prendo el mechero, pero de la mala hostia que me ha puesto, tiro el cigarro al suelo. ¡Gilipollas! Todo el mundo soñando con lo que tienen ellos, ¿y va él y no presta ni atención? Ya haré yo para que haga algo.

Vuelvo a subir a la habitación y justo en ese momento entra la doctora con el alta.

—Hola Laia. Tras revisar las últimas pruebas, creo que ya te puedes ir a casa... Siempre y cuando, hagas reposo

—Oh por favor, menos mal... ya me veía otro día encerrada aquí.

—Si, se come fatal ¿verdad?

Nos echamos las cuatro a reír con el comentario de la cirujana.

—Bueno, presenta este papel en citas y pide que te den para dentro de dos meses. Quiero seguir tu evolución.

—Muchas gracias Doctora.

Después de despedirse de todos, sale de la habitación y yo ayudo a Laia con las bolsas de ropa.

—Y colorín, colorado, esta estancia, se ha acabado. Vámonos a casa.— Volvemos a reir las tres a la vez.

FRAN



Después de hablar con Ana, me dirijo al metro. Sé que quizá no lo entiende, ni yo mismo lo entiendo, pero sí sé que estoy asustado... Tiene gracia, no dudo en ponerme delante de un asesino o de un terrorista y soy incapaz de enfrentarme a lo que creo que es esto.

Bajo las escaleras tranquilamente y me voy fijando en todas las parejas que pasan a mi alrededor... Joder. ¿Está todo el mundo enamorado? ¿Es eso lo que me pasa a mí? ¡Qué va! Cómo me voy a enamorar sin conocerla...

Mientras que el metro me lleva a mi parada voy pensando en Amy y Ana. Tendré que llamarlas para seguir la evolución de Laia, una cosa es que no me atreva a hacer frente a lo que sea esto y otra es despreocuparme, he cogido mucha amistad con ellas, en especial con la pequeña.

Cuando he llegado al hospital, siempre me ha recibido con los brazos abiertos, incluso se ha quitado tiempo de su visita, para que yo estuviera con su madre, mierda... echo de menos verla... Pero una cosa es hablarle sin esperar realmente que me escuchase y otra saber que lo hacía.

¿Por qué no me atrevo a verla? Han pasado quince días desde que despertó y aún tiemblo cada vez que he querido entrar... Si supieran que cada día he estado en la calle debatiendo conmigo mismo, me darían de hostias.

Bajo del metro en mi parada y camino por las escaleras, todas las mujeres que veo me recuerdan a ella. Sus ojos abiertos, su pelo moreno, su expresión de no haber roto un plato y ser más lista que el hambre al mismo tiempo... ¡hasta su *piercing*!

Llego a casa y me siento en el sofá, Tass lleva unos días raro... parece que echa de menos a Amy, joder. ¿Cómo nos hemos podido quedar así en unos días? Se sube al sofá y pone su cabeza en mi pierna.

—Si compañero, lo sé. Yo también las echo de menos.

Intento relajarme un poco y de inmediato me suena el móvil, por el tono ya sé quién es.

—Hola Jacobo, dime.

—¿Qué hay? ¿Te has atrevido a entrar hoy?

—No, he hablado con la cuñada.

—Pero bueno chaval, a ver si te voy a tener que dar dos hostias...

¿Pero este qué se ha creído? Se va a cagar...

—¿Estás amenazando a un superior?

—Venga... no me vengas ahora con el rango Fran...

—No, ni Fran ni hostias en vinagre, cuando se dirija a mí, use mi rango... si no quiere que le abra un expediente.

—Lo siento mi cabo, no volverá a pasar...

Yo no pudo aguantar más y le digo que todo es una broma, pero que si quiere darme unas hostias que se atenga a las consecuencias. Nos damos las buenas noches y quedamos en vernos en el cuartel.

Después de cenar un mal arroz chino, me meto en la cama, Tass se sube a mis pies y mientras me debato en llamar a Ana, me quedo dormido.

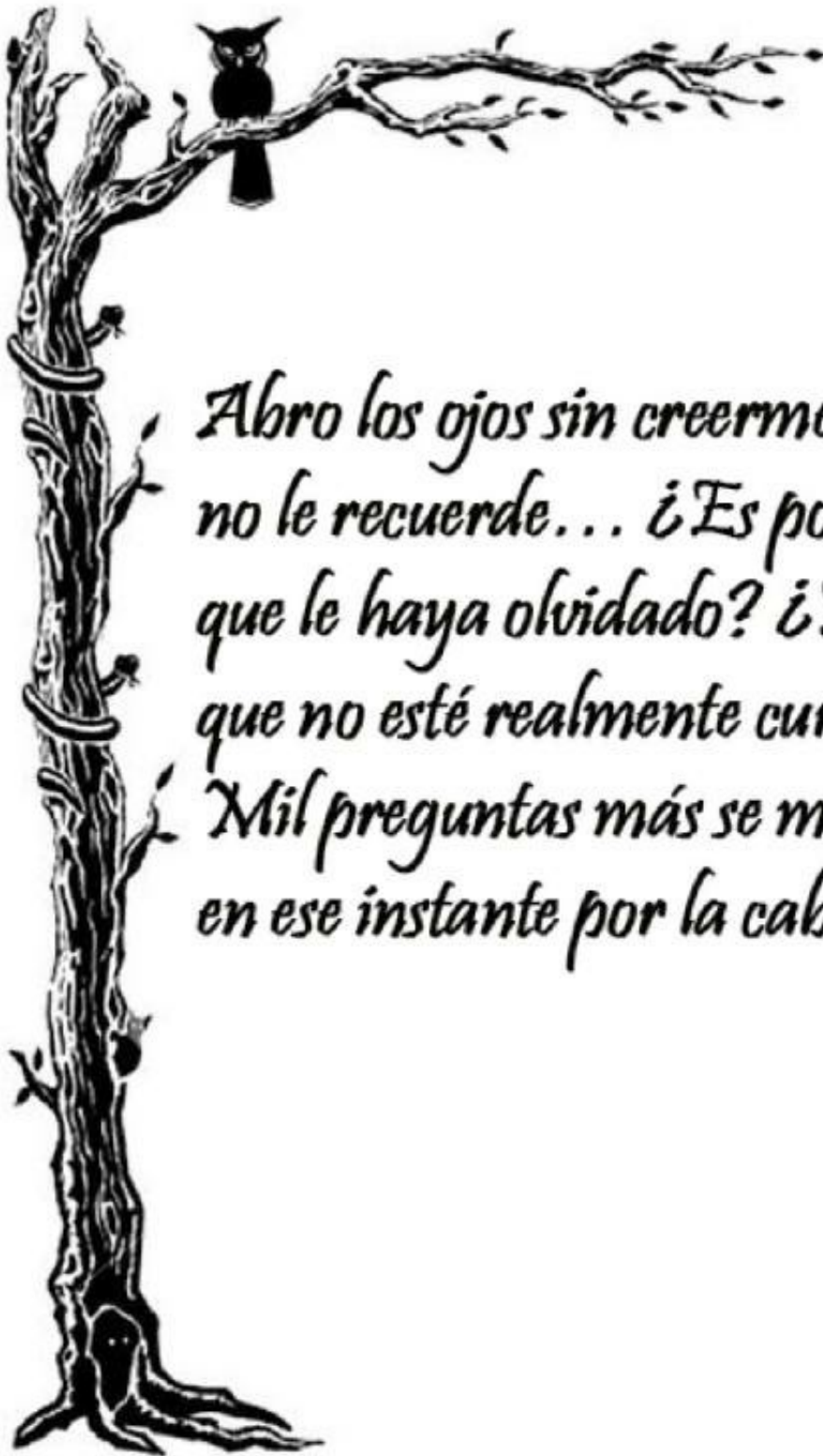
Me encuentro en el hospital, sentado en la habitación al lado de Laia, ella esta despierta, me mira y me sonrío, hablamos de cosas triviales, me pide que me tumbe a su lado. Tiene mejor aspecto, es como si estuviera recuperada del todo. Me tumbo y paso mi brazo por debajo de su nuca, acariciando su pelo mientras la miro.

Ella rodea con sus manos mi nuca y tira hacia ella, posando sus suaves y carnosos labios sobre los míos. Su lengua traspasa el umbral de su boca para entrar en la mía y bailar un vals entre

las dos. Yo cierro los ojos y me entrego a ella. Recorro con mis manos su cara, su cabello, voy bajando por todo su cuerpo. Sé que está convaleciente, pero parece que a ninguno de los dos nos importa. Entro debajo de las sábanas, sin saber cómo siento su piel junto a la mía ¿Cuándo nos hemos desnudado? La alzo sobre mí, y me recuesto para que mi espalda se sujete con el cabecero, mientras mi boca recorre cada centímetro de su cuerpo, de su piel. Toda ella sabe a fresa. Coloco mis manos en sus glúteos y la alzo, a esa altura me dispongo a devorar sus senos. Sus pezones parecen dos estalactitas, pero en vez de congelados, están ardiendo. Los mordisqueo, los devoro, como solo la pasión permite que se haga. Cuando me satisfago de ellos, la tumbo en la cama, me coloco encima de ella, no sin que mis ojos, se pierdan por ese cuerpo de diosa que posee. Retomo mis atenciones por donde las había dejado y añado unas pocas más, mis manos son más rápidas que mi boca y pronto llegan a su intimidad, la acarician con suavidad, recorren cada centímetro de ella. Separan sus pliegues, preparándolos para la llegada de mi boca, de mi lengua, que no se hace esperar mucho más. Antes de proceder, levanto la vista, que no la cabeza, busco en ella el permiso para invadirla. Por cómo me mira, me doy por satisfecho. Mi boca se sitúa delante de la mejor obra maestra. Su olor, la fragancia que exhala de su interior, entra en mis fosas nasales, embriagándome. No puedo esperar más. Acaricio con mis labios su piel, sus pliegues que mis manos separaban antes y que ahora es mi lengua la encargada de ello.

Me gusta la reacción de su cuerpo, curvándose, elevando su espalda, para proporcionarme mejor actuación. Tanto sus manos, como ella misma, empujan mi cabeza, la una sobre la otra. No tardo mucho en elegir otro punto para mis atenciones, recorro toda la superficie y me topo, sin querer evitarlo pero si buscándolo, con el punto en el que toda mujer sueña que su amante encuentre por sí mismo, lo sé porque sus gemidos no son igual, son más profundos, más agudos. Pienso que si sigue así, alguien puede entrar. Después de saborearlo un poco más me incorporo, me tumbo encima de ella, y mientras que nuestros ojos se enamoran una vez más, me deslizo dentro de su ser, de su alma, de su cuerpo. Su calor me atrapa, me acompaña en cada movimiento. Sus caderas acompañan a las mías en plena sincronización, ella empieza a temblar, y yo no consigo frenar mis ansias, siento cómo toda mi alma escapa de mi cuerpo, para permanecer en el suyo. Nos abrazamos, cerramos los ojos y cuando los vuelvo a abrir, todo ha cambiado. Me doy cuenta que todo ha sido un sueño, joder, un sueño más que real. Me giro en la cama y noto mi entrepierna húmeda. ¿Pero qué coño? Miro el reloj y son las cuatro de la mañana, por suerte vivo en un primero y debajo de mí no hay nadie, me levanto, busco un bóxer limpio y voy directamente a la ducha, aún con el sabor de su piel y el tacto de su cuerpo.

Capítulo nueve



*Abro los ojos sin creermme que
no le recuerde... ¿Es posible
que le haya olvidado? ¿Es posible
que no esté realmente curada?
Mil preguntas más se me pasan
en ese instante por la cabeza.*

KATY



Me he despertado temprano para reanudar la búsqueda de trabajo. Con mi tía ayudándome, hemos decidido que un aporte más no vendría mal, mi madre no lo sabe aún.

Hace días que no sé nada de Francisco, desde que despertó mi madre está un poco tirante, aunque sé que habla con mi tía, no entiendo por qué a mí no me llama. Estoy cansada de esperar.

Antes de ponerme con el ordenador, cojo el móvil y marco su número. Espero hasta que me lo coge.

—Hola Amy ¿Pasa algo? ¿Laia está bien?

—Ah mira, por ella te preocupa ¿pero por su hija no?

—Perdona Amy, llevo unos días con mucho trabajo... apenas tengo tiempo de recostarme en el sillón

—Ya claro, pero si tienes tiempo de hablar con mi tía...

Cierro los ojos y suspiro. ¿Qué estoy haciendo? ¿Le estoy pidiendo explicaciones porque no me llama?

—Fran, antes de que digas nada, perdona... Sé que no tienes ninguna obligación conmigo, ni si quiera con mi madre... perdona.

—No Amy, no pasa nada... Llevas razón. Pero es muy complicado...

—Ya... comprendo que no es fácil, a mí también me sorprendió que fueras tú quien la ayudase a volver... ¿Pero eso querrá decir algo no?

—Amy, no creo que sea el mejor momento para hablar de esto... Tengo que entrar al cuartel, cuando salga, intento llamarte, ¿vale?

Menuda forma de escurrir el bulto que tiene... cuelgo y de inmediato llamo a mi tía.

—¿Si?

Mierda, acabo de despertarla.

—Hola Tía. ¿Dormías?

—Ah, hola hija, si bueno... ¿No pasará nada verdad?

—No, todo está bien... mamá duerme.

—Bien, recuerda que en media hora, tiene que tomarse la pastilla.

—Si, si. Lo sé. Tía te llamaba, para preguntarte una cosa.

Me siento en la cama y escucho como ella se revuelve en la suya. No sé si hacerlo, pero de algún modo la duda me carcome por dentro.

—¿Tú sabes que le pasa a Fran con nosotras?

—¿Cómo? ¿Qué le va a pasar?

—Venga tía, tú sabes que no se deja ver como antes... Desde que mamá despertó, no le hemos visto más, sé que hablas con él...

—¿Y cómo sabes que hablo con él? ¿A caso me espías?

Se me escapa una carcajada e inmediatamente me tapo la boca, espero no haber despertado a mi madre.

—Tenía mis sospechas y me lo acabas de confirmar.

—¿Sabías que eres una cabronceta? Si hablo con él a veces... Está confundido. Esta

situación es nueva para él.

—¡Toma! Y para nosotras... Pero no sé, veo de mal gusto, que entre en nuestras vidas y que de repente, tome la decisión de alejarse.

En ese momento entra mi madre en mi habitación.

—Hija, ¿con quién hablas?

—Hola mamá, hablo con la tía, estamos cotilleando...

—Espero que no sea de mí...

No sé en qué tono me dice eso, aún así me la quedo mirando, por si quiere decir algo más.

—Me voy a tomar la pastilla, ya que tú estás muy ocupada.

—¿Mamá? ¿En serio?

De un portazo cierra la puerta y yo me quedo con la boca abierta, con el teléfono en la oreja y mi tía preguntando lo que pasa

—¿Qué qué pasa? Nada, mi madre, que desde que ha salido del hospital está intratable... no sé qué mosca la habrá picado.

—Tenemos que tener paciencia con ella... Ha estado a punto de no contarlo.

—Si, si lo sé, pero primero la contestación en el hospital... ahora esto...

—Bueno... luego me paso por casa y le doy dos collejas para que se espabile.

Después de colgar a mi tía salgo a la cocina y veo a mi madre llorando, apoyada en la mesa.

—Mama ¿Qué te pasa? ¿Te duele algo?

—No, no... es esta puta sensación... desde que desperté noto que me falta algo... hay algo que no está bien y por más que me pregunto, ¡no sé que es! Y luego estáis tú y Ana.

—¿Yo? ¿Y que se supone que he hecho yo?

—Te he estado escuchando... ¿Se puede saber quién es ese Fran?—Me pregunta girándose hacia mí

Abro los ojos sin crearme que no le recuerde... ¿Es posible que le haya olvidado? ¿Es posible que no esté realmente curada? Mil preguntas más se me pasan en ese instante por la cabeza.

—¿No te acuerdas de Fran mamá? Pero si le conoces....

—¡No! ¡No me acuerdo! ¡Y parece que vosotras sí!

—A ver mamá, primero cálmate... no hace falta que me grites... Francisco es el Guardia Civil que te auxilio en el accidente... ¿No te acuerdas?

Veo que se gira de nuevo, dándome la espalda.

—¿Y por qué habláis tanto de él?

Yo me pienso la respuesta... no se qué contestar... si le digo que él la trajo de vuelta, quizá se moleste más.

—No sé mamá, era muy guapo...

—Ah, guapo... ya. Entiendo... creo que me voy a acostar un rato más.

Trato de contener las lágrimas que intentan salir de los ojos. ¿Cómo es posible que no lo recuerde?

—Vale mamá, cuando venga la tía, tengo que salir un rato...

—Haz lo que quieras hija...

Dios... esta no es mi madre... no puede ser que alguien cambie tanto después de un accidente. Me quedo ahí de pie, mirando cómo se va, sin poder moverme. Por suerte he cogido antes el móvil y vuelvo a llamar a mi tía.

—¿Qué pasa Amy?

—Tía ven ya por favor, creo que a mi madre le pasa algo.

—Amy ¿Por qué susurras?

—Tú ven por favor, te digo que mi madre no está bien.

—Ahora mismo voy.

ANA



—¿Todo bien cariño?

Cuando cuelgo a mi sobrina me giro y miro al hombre con el que a veces me acuesto.

—Ramón lo siento, pero tienes que irte... Mi sobrina me necesita.

—Joder con tu sobrina... Ya podía llamar a otras horas...

—¿Cómo dices? ¡Fuera de mi casa! ¡Ya! Ah y no me llames más.

Cojo la ropa que me voy a poner y me dirijo al baño. No sin antes cruzarle la cara con toda la fuerza de la que dispongo.

—Follar, follas bien, pero como hombre, das pena... vete antes de que salga o te saco a patadas.

¿Quién se ha creído que es, para hablar así de mi niña? ¿Se cree que porque follamos dos veces a la semana, tiene derecho a juzgar a mi gente? Amy me ha dejado preocupada, no es normal en ella pedir ayuda de esa manera.

Por suerte el gilipollas se ha ido antes de que saliera... cojo las llaves, el bolso, me pongo las deportivas y salgo de casa. Gracias a que vivimos cerca, no hace falta que coja el coche, espero

no arrepentirme.

No tardo ni media hora en llegar, cuando llamo, inmediatamente me abren el portal, subo las escaleras y la puerta está abierta.

En el pasillo me encuentro con mi sobrina.

—¿Qué pasa cariño? ¿Y tu madre?

—En la cama... Tía, dice que no sabe quién es Fran.

—Bueno, solo le vio una vez, es posible que no se acuerde... había despertado en ese momento.

—Ya, si, pero no... Yo sé que le pasa algo... está irascible... está enfadada por algo... Todo parece que lo hago mal para ella, no se... es como si no fuera la misma.

Doy un beso a mi sobrina y me dirijo a la habitación de mi “hermana”, llamo a la puerta y entro. Me la encuentro tumbada en la cama, mirando a la pared.

—¿Laia te encuentras bien?

—No.

—¿Te duele algo? ¿Llamamos al médico?

—No.

Suspiro y me acerco a ella, sentándome a su lado, ella no hace intención de moverse.

—A ver Laia, ¿qué te pasa?... Tienes a tu hija preocupada.

—Es una bocazas, ¿no puede callarse?

—¡Hostia Laia! ¿Cómo puedes hablar así de tu hija? Se ha tirado dos semanas todos los putos días en el hospital, pensando en que te ibas a morir...

—Yo no tengo la culpa de que un gilipollas me empotrara por detrás, ¿sabes?

Qué paciencia Dios mío... qué paciencia... Ahora le daba dos tortas por tonta.

—¿Y qué culpa tiene Amy de lo que te esté pasando? Si quieres pagar algo, págalo

conmigo, pero no hagas sufrir a tu hija.

En ese momento se echa a llorar, me acerco más a ella y la abrazo, acariciándole el pelo con cariño.

—A ver hermanita... tú no lloras por nada... ¿Qué te pasa?

—Ana, ¿quién es el hombre que estaba en la habitación cuando desperté?

—¿Te refieres a Fran? Pues Fran es el Guardia Civil que acudió al accidente...

—¿Y por eso estaba con ropa de calle en el hospital? Os he escuchado mientras hablabais por el móvil. ¿Por qué dice Amy que tienes contacto con él?

Me la quedo mirando, sin saber muy bien qué quiere saber. Mi intención es que sea feliz, pero no estando en la situación que está ahora...

—Laia, a veces los agentes llaman a los familiares para contrarrestar datos, preguntar por el accidentado... esas cosas. Además se portó muy bien con Amy, no la dejó sola hasta que llegué al hospital.

—¿No me engañas? Yo pensaba que era un ligue de Amy... soy una tonta ¿verdad? Más que tonta, ¡soy una zopenca!

No puedo evitar reírme por la expresión que ha usado y ella se ríe conmigo.

—Pero ¿qué dices criatura?, si podría ser su padre... hablando de padre, si vieras como echó a Juan del hospital... no le dejó ni cinco minutos...

—¿Juan está en la ciudad?

—No, ya no, se fue hace días, solo vino a firmar un convenio.

Recuerdo el orgullo que sentí en ese momento de mi niña, por muy hermano mío que fuera.

—Creo que el calmante hace efecto... voy a dormir un poco.

—De acuerdo, luego hablamos, descansa.

Salgo de la habitación y me encuentro a mi niña al lado de la puerta, con una cara que me parte el corazón, la agarro de la cintura y me la llevo a su habitación y cierro la puerta.

—¿Qué pasa tía?

—No sé qué le pasa a tu madre, pero trataré de ir a hablar con la doctora, quizá sea un efecto normal... Tú si te pregunta por Fran, por ahora dile lo mismo que yo... que se portó muy bien con nosotras y que se preocupa porque es su trabajo.

—Pero tú y yo sabemos que no es así... Solo hay que ver como se comportó en el hospital.

Antes de contestar, me acerco despacio a la puerta y la abro con cuidado, por si está su madre al otro lado, pero no. La cierro y le contesto.

—Realmente no sabemos nada princesa. Hay algo, pero ninguno de los dos asume qué es. Tu madre parece que ha decidido olvidarlo, o quizá sea cosa del accidente y él, creo que le da miedo lo que siente... Mientras que estén así poco podemos hacer...

—Pero habrá algo que podamos hacer...

—Tú déjame a mí, hablaré con la doctora y después con Fran... Fingiremos que se nos ha estropeado algo para hacerle venir... a ver si cuando se vean...

—¿Crees que será buena idea? Mira que si de esta mi madre se enfada...

—Pues que se contente.... Creo que ambas sabemos que tu madre necesita ser feliz, y esa conexión que tienen, no la logran muchas personas.

Me despido de mi niña y vuelvo a mi casa a por el coche, para ir al hospital.

Capítulo diez



*Mi niña me abraza fuerte
y yo a ella... dios, que injusta
estoy siendo con ella, pero
me da tanto miedo
salir a la calle...*



Cuando Ana sale de la habitación cierro los ojos y me estiro. Me da vergüenza admitir que me he comportado como una burra. ¿Pero por qué lo hago? ¿Por qué, desde que desperté, me siento mal? Cierro los ojos y dejo que el calmante haga efecto... sumiéndome en una apacible y tranquila oscuridad.

No sé si estoy soñando o estoy despierta, pero vuelvo al hospital, desde la ventana, me veo postrada en la cama sin poder moverme, con los ojos cerrados y conectada a varias máquinas. Se abre la habitación y entra mi hija. Me comienza a hablar... recuerdo esa conversación...

Más tarde entra Ana y me pasa lo mismo... recuerdo que pensaba que iba a luchar, que no iba a dejar sola a mi pequeña, tras unas cuantas palabras más que recuerdo perfectamente sale... y cuando creo que me voy a despertar, entra un hombre... por algún motivo no le puedo ver la cara... se sienta a mi lado y tras unos segundos, las máquinas empiezan a pitar ¿Qué ha hecho? Veo que sale corriendo de la habitación. ¡Dios mío Siento cómo me embarga un miedo atroz, más tarde entran los médicos y parece que me estabilizan... Joder ¿qué habrá hecho? ¿Qué haría para que las máquinas se pusieran así? ¿Y si es uno de los cuatro conductores?

De repente me despierto entre temblores y sudores, estoy convencida de que algo hizo... ¿Y si no recuerdo por su culpa? ¿Y si me dijo algo o me quitó algo? Quitarme algo... ¿Cómo lo haría?

Intento volver a dormir, pero me es imposible, en cuanto cierro los ojos me aparece el hombre sin cara... ¡que infantil! El hombre sin cara... si me oyeran decirlo en alto me tacharían de loca.

Cojo el mando de la televisión y la enciendo, esperando que con ella, me quede dormida. Voy cambiando de canal, odio los programas de cotilleo, no entiendo cómo puede vender la gente su vida a cambio de dinero, con lo bien que se vive en el anonimato. Encuentro una película del oeste, no es de mis preferidas, pero prefiero eso a una que me mantenga despierta. Hay unos indios persiguiendo una caravana, esta va a toda la velocidad de la que son capaces de tirar y correr los caballos, pero con tan mala suerte, que una de las ruedas choca contra una piedra y vuelcan... Otra vez un accidente, otra vez mi mente se colapsa... de nuevo viajo otra vez al momento en el que estoy dentro del coche volcado, escucho a la gente venir hacia mi posición, de inmediato siento cómo se apartan, un sonido parecido a un grito hacen que se alejen, por el rabillo del ojo veo cómo alguien se arrodilla y me pregunta algo que no entiendo. De pronto me doy cuenta. ¡Es el mismo hombre que he visto en mis sueños!

Cuando quiero gritar, alguien me está despertando... parpadeo y veo a mi hija llorando.

—¡Mamá! ¡Mamá ¡Despierta! ¡Mamá!

—S..i, si Amy, estoy despierta...

—Joder mamá, esto no es normal... me has dado un susto de muerte, no lograba despertarte.

—¿Cuánto tiempo he estado así?

Me da miedo preguntar, pero necesito saberlo, no sé por qué, pero algo me dice que lo pregunte.

—No lo sé, yo llevo cinco minutos más o menos.

—¿Cinco minutos? Bueno, no te preocupes cielo, estoy bien, en serio.

—No mamá, no lo estas... deberíamos ir al hospital... esto no puede ser normal.

—Amy, cariño. Te prometo que si vuelve a pasar, seré yo la que pida ir. ¿De acuerdo?

Mi niña me abraza fuerte y yo a ella... Dios, que injusta estoy siendo con ella, pero me da tanto miedo salir a la calle... pienso que si veo un coche, o voy por la carretera, voy a volver a perderme y no quiero.

FRAN



Después de colgar a Amy y entrar en el cuartel, empieza mi suplicio desde el día que conocí a Laia. No logro concentrarme, a donde quiera que mire, la veo; con cristales, sin cristales, despierta, dormida, en el coche, en el hospital, creo que me estoy volviendo loco. Como continúe así pediré un permiso.

Jacobo no para de insistirme en ir a su casa, con la excusa de que es un procedimiento rutinario, pero me da miedo lo que encontraré. ¿Y si ella no siente lo que quiera que sea lo que siento yo?

Al final y por conseguir que deje de taladrarme la cabeza, accedo a que vayamos a su casa, pero antes, tengo que llamar a Ana, para que lo sepa. Me separo de mi compañero mientras desayunamos y la llamo.

—Hombre, el desaparecido... ¿Qué hay de tu vida?

—Hola Ana. Vamos a ir a casa de tu hermana, tenemos que hacer algunas preguntas.

Oigo que le ha pillado por sorpresa...

—No sé si será buen momento Fran, últimamente Laia lo está pasando mal.

—¡Ostras! ¿Y por qué no me has avisado?

—Hostia puta tío, eres como el perro del hortelano, ni comes, ni dejas comer. ¿Yo qué sé, si

te interesa saberlo? Podías interesarte un poco más por ella, si es que quieres hacerlo, claro.

—Joder Ana, todo esto es nuevo para mí, no todos los días le dicen a uno, que gracias a él, una persona vuelve de un coma. ¿Qué se supone que debo hacer?

He salido a la calle, ya que en la cafetería no me parecía buen lugar para esta conversación, me apoyo sobre el capó del coche y me restriego los ojos con dos dedos...

—Yo no soy quién para decirte qué debes hacer. Yo sé que tenéis un vínculo... uno mayor del que tiene cualquier pareja... Ahora sois vosotros los que tenéis que decidir, qué hacer con ese sentimiento que se os ha dado.

—Pero dime, ¿ella está bien? ¿Le duele algo?

—A veces se evade, dice que se encuentra en el accidente, lo revive una y otra vez. Y creo... esto que no te moleste... Que te ha apartado de su mente.

Pues sí que me lo pinta bien... primero dice que luce y ahora dice ¿que su hermana no quiere saber nada de mí?

—A ver que me aclare Ana. Primero me dices que luce, y ahora dices ¿que ella no quiere saber nada de mí?

—Yo no he dicho tal cosa... Ella siempre ha levantado una barrera, para que no la hagan sufrir... y con ello, te está dejando fuera. ¿Quieres algo con mi cuñada? Lucha, que no quieres nada... deja de llamarme. Así de simple.

—Joder, eso suena a un ultimátum, o lo quieres o lo dejas.

—Fran, somos mayorcitos para andarnos por las ramas, tú verás lo que haces.

Suspiro, miro la hora, las doce de la mañana y veo a Jacobo que sale de la cafetería con un café en la mano que me lo tiende.

—Bueno, ¿te importa que vayamos? Así la veo...

—¿Vas a volver a desaparecer?

—No.

—Nos vemos cuando salga del hospital, más tarde te cuento.

Cuelgo el teléfono y doy un sorbo al café, está frío, pero aún así me lo tomo.

—¿Vamos de visita?

—Me tiene que decir la hora.

—A ver si esta vez no la jodes tío. Es una mujer preciosa.

A mí me lo va a decir, si supiera con lo que he soñado esta noche...

ANA



Nada más colgar a Fran me llaman a consulta. Entro, cierro la puerta y me siento frente a la cirujana.

—Buenos días. Usted no es Laia Montes. ¿Es la hermana verdad?

—Buenos días, más bien la cuñada, pero hemos crecido como hermanas.

—¿Qué puedo hacer por usted? ¿Laia se encuentra bien?

—Por eso he venido Doctora. El otro día, un poco antes de que nos diera el alta, al parecer viendo la televisión se evadió. Dijo haber retrocedido al accidente. Esta mañana mi sobrina me ha llamado, diciendo que le ha pasado otra vez. ¿Es normal que se evada de esa manera?

La doctora examina el informe o al menos creo que será lo que lee y mira en el ordenador.

—En sucesos en los que el paciente está a punto de perder la vida, se puede dar estrés postraumático, en los que la persona, reviven una y otra vez un suceso digamos “desagradable”. A veces con la medicación y tiempo se contrarresta, pero quizá sea bueno hacerle unas pruebas.

—Su hija está muy preocupada, dice que le ha cambiado el humor y ayer, hablando con mi cuñada, dice que no reconoce al hombre que estaba con nosotras.

—¿Dice que no le reconoce? Eso es extraño, cuando alguien nos hace volver... no es muy común olvidarlo... ¿Qué es lo que recuerda de él?

—No lo sé, no me lo ha dicho, incluso creía que era un novio de mi sobrina.

La doctora levanta el auricular del teléfono y parece que habla con otro especialista, sobre lo que le he contado. Cuando cuelga, mete unos datos en el ordenador.

—Bien, no es lo habitual, pero he conseguido saltar unos puestos a su cuñada... Me gustaría que mañana se hiciera unas pruebas neuronales.

—Muchas gracias doctora... se lo agradezco muchísimo.

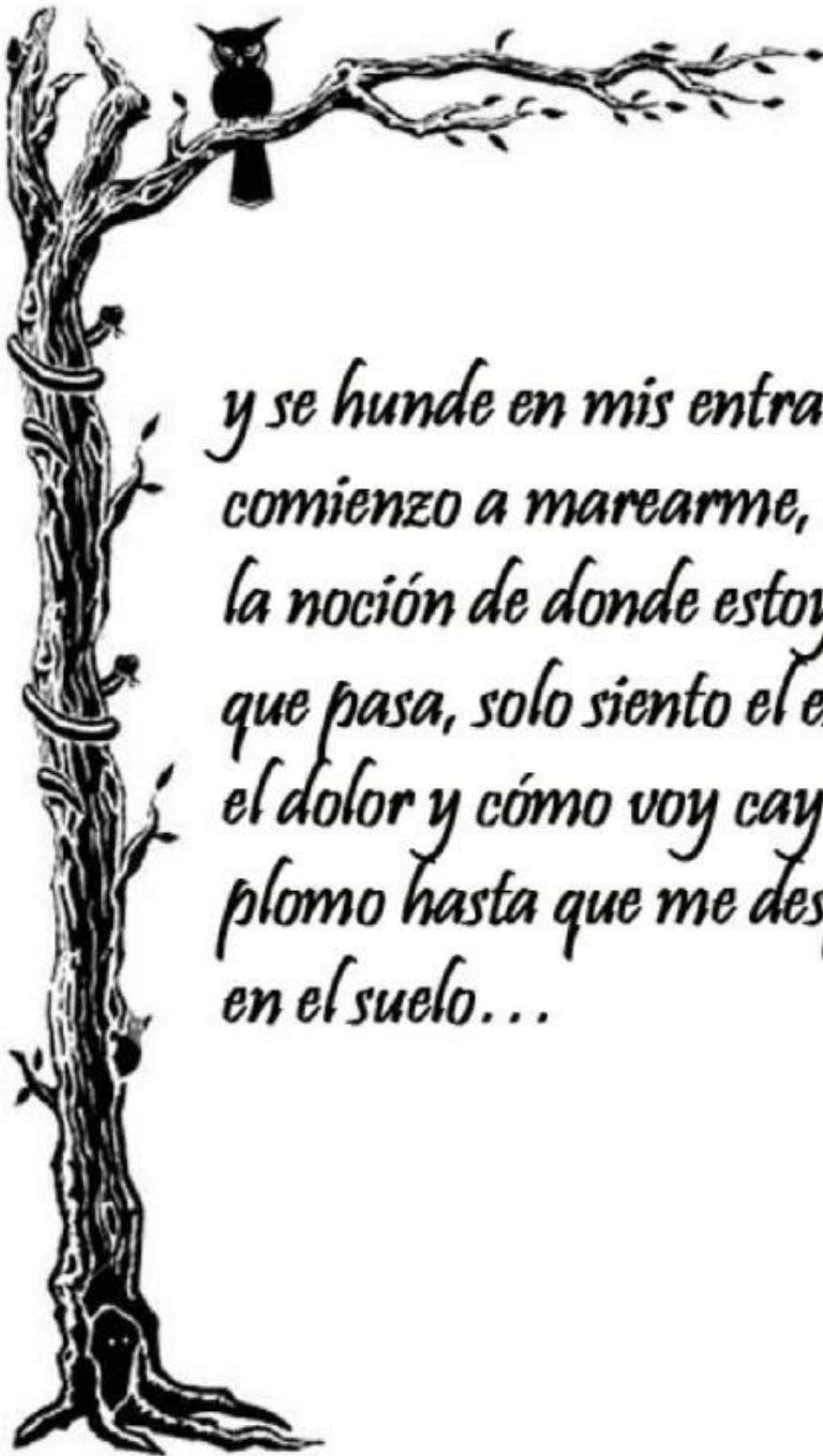
—Esperemos que no sea nada...

Sí, yo también espero que no sea nada. Me despido de la cirujana y llamo a Fran.

—Fran, hola soy Ana. He hablado con la doctora, ha colado a Laia para hacerle unas pruebas mañana, por lo que no te aconsejo que vengas hoy. Pero... ¿Podrías acercarte mañana al hospital? Llámame con lo que sea. Un abrazo.

Debe de estar ocupado, porque no me ha cogido el teléfono, espero que oiga el mensaje y mañana pueda venir. Me dirijo a la salida y marchó a casa de Laia.

Capítulo once



*y se hunde en mis entrañas,
comienzo a marearme, a perder
la noción de donde estoy, de lo
que pasa, solo siento el escozor,
el dolor y cómo voy cayendo a
plomo hasta que me desplomo
en el suelo...*

FRAN



Después de salir de una reunión informativa, enciendo el móvil y escucho el mensaje de Ana. Jacobo como siempre está a mi lado, me recuerda al chiste que contaban mis amigos de pequeño y que decía, que una chica le pedía a su amigo la mano y este se la negaba, al cabo de un par de veces la chica le preguntaba que si no eran pareja, y el amigo le contestaba que sí, que lo eran, pero de la Guardia Civil. De pequeño me hacía mucha gracia, pero ahora no tiene ninguna, o al menos yo no se la veo.

Frunzo el ceño y me guardo el móvil en el bolsillo.

—¿Problemas?

—No lo sé, van a hacer unas pruebas mañana a Laia.

—Ah pues voy contigo.

—Ya estamos... ¿Crees que me van a comer o algo esas tres mujeres?

Jacobo se alza una ceja y me mira, mientras se echa a reír...

—A veces eres más corto que el pico de una mesa.

—Explícame eso—Le ordeno, mientras le miro con cara de pocos amigos.

—Ostia tío, ¿acaso te crees que eres el único al que le interesa una mujer de esa familia?

—Espero que no estés pensando en Amy, porque te juro que me da igual que seas mi

compañero...

Ahora es él quien me devuelve la mirada y se hace el enojado, o al menos creo que lo hace aposta.

—En Ana macho, me he fijado en Ana. ¿Qué cojones voy a hacer yo con una niña de dieciocho años?

—Puff cosas más raras se han visto... pero esa niña es sagrada... ¿Ana? ¿En serio?

—Coño, vale que a ti te mole la cuñada... pero no me puedo creer que no te hayas fijado en las curvas... en la sonrisa... qué coño, en el polvo que tiene.

Ahora que lo dice trato de ver a la mujer, no a la cuñada y tengo que reconocer que es una mujer preciosa...

—Ahora que lo dices... ¡No querrás que acabemos siendo cuñados! Ya te soporto suficiente aquí.

—Quien sabe mi cabo, quien sabe...

Se aleja hacia la salida mientras se ríe y yo me quedo absorto en mis pensamientos... en cómo sería irnos de vacaciones los cinco juntos, o los seis, si Amy tuviera novio...

Montamos en el coche y vamos a participar en una redada, al parecer hay una banda de narcos operando en uno de los barrios más pros de la ciudad.

Después de que el oficial al mando de la orden, nos disponemos a rodear el edificio. Yo soy de los que tengo que entrar en primera línea, detrás de mí, cubriéndome las espaldas, como siempre, está Jacobo. Esta es la parte que menos me gusta, exponerme a que me peguen un tiro, pero es mi trabajo y así lo asumo.

Me coloco en tercera posición, detrás de otros dos compañeros que van abriendo camino. Compruebo que mi Fusil de asalto esté preparado, no quiero sorpresas. Subimos al quinto piso sin apenas hacer ruido. A cada vecino que nos encontramos por el camino, le ordenamos meterse otra vez en su casa, eso me recuerda a numerosas series americanas.

Cuando llegamos, mis compañeros derriban la puerta y entran lanzados identificándose, justo cuando voy a entrar, escucho disparos, no sabría distinguir cuales han sido los primeros, los de ellos o los nuestros. Por un instante dudo si protegerme o disparar, mi mente no es la misma desde

hace quince días, Jacobo tira de mí para ponernos a cubierto. Eso parece una película de acción, en una mesa de centro veo un puñado de fajos de billetes, una máquina de contar dinero, como las que tienen en los bancos, pero más pequeña, y un par de bolsas de heroína. Putos mal nacidos, se hacen ricos con la desgracia o la gilipollez de los demás. Preparo el fusil y cuento, uno, dos y cuando me asomo para disparar, me encuentro con uno de los hijos de puta que ha decidido hacer lo mismo que yo, en el mismo instante, en el mismo sitio. Nunca he tenido que quitar una vida... en ese momento, mi mente se queda en blanco, parece que esté paralizado, escucho los gritos de Jacobo, en el mismo momento que un disparo.

Siento cómo mi vientre arde, algo ha traspasado la piel, justo donde el chaleco no cubre, y se hunde en mis entrañas, comienzo a marearme, a perder la noción de donde estoy, de lo que pasa, solo siento el escozor, el dolor y cómo voy cayendo a plomo hasta que me desplomo en el suelo... Antes de perder el conocimiento, llego a tocarme el estómago y a llevar mi mano delante de mis ojos... Sangre... Laia...

ANA



Después de salir del hospital voy a ver a mi cuñada, quiero dejar que mi sobrina desconecte y quedarme yo con ella un rato. Ella es muy empática y logra hacer el dolor ajeno suyo propio. Con dieciocho años ha tenido que crecer sin una figura paterna y ahora casi pierde a su madre.

—¿Qué te pasa mi amor?

—Nada tía... Bueno... antes ha tenido otra perdida o como se llame, estoy muy asustada.

—Ven aquí...

Abrazo a mi niña con todas mis fuerzas... recuerdo cuando Laia dio a luz, la vi nacer, la cogí en brazos, la he visto crecer, aún no se ha enamorado, pero si ha tenido algunos ligues... quien diga que madre solo hay una, se equivoca...

—He ido al hospital, mañana tenemos que ir para que le hagan unas pruebas, la cirujana nos ha colado.

—Pero no tendrá nada, ¿verdad tía?

—No lo sé cariño... no soy médico... es una situación parecida a cuando los soldados vienen de la guerra... Al cerebro le cuesta habituarse, a tu madre puede que le pase igual.

—Pues espero que mañana nos digan algo... esto está siendo muy duro.

Se separa de mí y va a la cocina, la sigo, mirando hacia la habitación de Laia, que tiene la puerta cerrada.

—¿Sabes? Hoy Fran quería venir a hablar con tu madre, pero le he dicho que espere mejor.

—Pues si... cualquiera con dos dedos de frente huiría de una mujer así...

—¿Y tú que sabes? Anda... Deja de hacerte la madura y sal a divertirte...

—No he quedado con nadie, todos están estudiando o con sus parejas... prefiero ver una película.

Asiento y me preparo un café mientras seguimos hablando.

—He dejado un mensaje en el contestador a Fran, pero aún no me ha contestado...

—¿Crees que irá?

—Si, antes de entrar me dijo que sí, que reanudaría el contacto...

—Esperemos que sea así... Tengo ganas de ver sonreír a mi madre.

Oigo abrirse la puerta, hago una seña a mi niña para que cambie de tema.

—Anda, qué sorpresa, tú por aquí...

—Hola Laia ¿Cómo te encuentras?

Mi niña coge una bolsa de patatas y se va a su habitación.

—Hasta las narices del dolor, y cansada de parecer que me voy a romper.

—¿Y dices estas cosas a tu hija?

—¿A ti qué te importa lo que hable o deje de hablar con mi hija?

Abro los ojos como platos... definitivamente esta no es la mujer que conozco.

—Mañana tienes cita con el neurólogo, te he conseguido que te la adelanten...

—Ah y ahora tendré que estar agradecida... ¿No?

—Haz lo que creas conveniente, mañana, a las ocho, paso a recogeros.

Me niego a conversar más con esta mujer, me puede. Sé que no es su culpa, pero no quiero decir algo, de lo que luego no pueda arrepentirme... me dirijo a la puerta y en ese momento suena mi móvil.

—¿Quién es?

—¿Ana? Mira, perdona que te moleste, soy Jacobo, el compañero de Francisco.

—¿Jacobo? Ah sí, disculpa... Dime... ¿Alguna pregunta para mi cuñada?

—No, hoy no, verás, Francisco no tiene familia... y como últimamente habéis estado hablando tanto...

Empiezo a pensar que le ha pasado algo... me doy la vuelta y me dirijo de nuevo a la cocina, donde aún sigue mi cuñada.

—Dime qué ha pasado...

—Ha sufrido un disparo a quemarropa, por donde no cubre el chaleco y ahora le están operando.

—¡Oh Dios mío...! ¿Pero está bien? Es decir...

—No lo sabemos... Te llamo porque sé que había quedado contigo...

Creo que me voy a marear... me siento en una silla y apoyo el codo en la encimera y sujeto la cabeza con la mano... No es posible que todo esto esté pasando...

—Si, iba a venir con nosotras al hospital. Te agradezco que me hayas llamado, mantenme informada de lo que pase por favor. Muchas gracias Jacobo.

Dejo caer el móvil en la mesa y me tapo la cara con las manos... No puede ser... primero ella, ahora él.

—¿Qué te pasa? ¿Malas noticias?

—Si, bastante malas... y creo que tenemos que hablar.

—¿Hablar? Tú dirás...

—Espera que venga tu hija.

Mientras llamo a Amy y viene, pienso en cómo plantear la verdad a Laia.

—¿Que pasa tía?

—Han disparado a Fran. Le están operando ahora mismo.

—¡No me jodas!

—¡Amy esa boca! Te he dicho mil veces que no quiero que hables así. ¿Y quién es Fran?

Amy me mira, no se atreve a contestar, y yo le sonrío, ha llegado la hora de que su madre lo sepa.

—Laia, Fran es quien te trajo de vuelta del coma. Es el Guardia Civil que llegó primero a tu accidente.

—¡El hombre sin cara! ¿Es él? ¿Ese es el tal Francisco?

—¿El hombre sin cara? ¿De qué nos estás hablando?

—He soñado, dos o tres veces, con ese hombre que decís, ¡pero no tiene cara, no consigo verle la cara! Se sentaba a mi lado y no sé que hizo, pero todas las máquinas empezaron a pitar y se fue corriendo, por suerte los médicos llegaron rápido y me estabilizaron.

Tanto Amy como yo no podemos creer lo que estamos oyendo... ha dado la vuelta a todo lo que pasó.

—Vamos a ver Laia, él no te hizo nada. El pobre estuvo durante todo el tiempo que no trabajaba a tu lado, ese momento que dices, es el primero en el que te habló y si las máquinas pitaron, fue porque reconociste su voz. Cuando salió corriendo, ¡no se marchó! Salió asustado a buscar a los médicos. Ellos fueron los que nos aconsejaron que te hablase... durante quince días estuvo todo el tiempo contigo.

—¿Entonces? ¿Por qué no veo su rostro?

—Imagino que mañana tendremos respuesta. Yo ahora voy a ir al hospital, se merece que al menos alguna de nosotras, estemos ahí. Vendré en un rato.

Capítulo doce



*Empiezo a besarle con
desesperación, con
impaciencia... le abro
la guerrera de golpe
y la tiro al suelo*



Después de enterarme que el hombre sin rostro/Fran, fue el que me hizo volver del coma, me siento como una idiota. Cuando se va mi cuñada, doy un beso a Amy y me vuelvo a mi cama.

Hoy me duelen bastante las costillas, me tomo un calmante, solo han pasado seis horas, pero está dentro de lo aceptable. Me tumbo en la cama y enciendo la televisión.

Tarda poco en hacer efecto el calmante, por lo que a pasos agigantados voy cayendo en el sopor de la antesala del sueño.

En mi mente comienzan a formarse figuras, que poco a poco empiezan a coger forma. Me encuentro a mí misma, de pie en la cocina, preparando la cena, no tengo ni idea de donde está Amy, estoy preparando su plato favorito, o no, ese no es su plato favorito, pero sé que es el de alguien. Suena la puerta y oigo la voz de un hombre, dejo lo que estoy haciendo y voy a saludarle, me siento contenta de escucharle. ¿Quién será? Cuando le veo aparecer por la puerta, me lanzo a sus brazos ¡Es él! Es el hombre sin cara, pero ahora sí la tiene... esa cara me resulta familiar...

Está vestido de uniforme, qué bien le sienta y cómo me pone. Me sorprende tener ese pensamiento, pero no soy dueña de mis actos. Empiezo a besarle con desesperación, con impaciencia... le abro la guerrera de golpe y la tiro al suelo, le saco la camiseta, necesito ver ese torso desnudo, y la tiro también al lado de la otra prenda. Ante mí aparece un torso propio de un armario, con algunos pelos que para nada me molestan... Acercó mi boca a él y comienzo a saborear su piel, mis manos la recorren, de improviso me alza en brazos y me sube a la mesa de la cocina, oh Dios... ¿Cómo puedo estar viendo y sintiendo esto? Lo peor, es que me gusta...

Me quita el delantal y me levanta la camiseta, sacándola por encima de mis brazos, arranca mi sujetador, eso en vez de molestarme, me excita. Ante él quedan mis senos desnudos, que los ataca con sus manos y su boca. Apoyo las manos detrás de mi cuerpo, para tener un punto fijo en donde hacer de contra peso. Su lengua recorre mi piel, por Dios.... Que sensación.

Me baja ahora de la mesa y me pone de espaldas, yo emito una queja, no con mucha fuerza, porque en realidad estoy más caliente que la salsa que estaba preparando. Oigo cómo se desabrocha el cinturón y después cae al suelo, un zapato vuela, después el otro y para terminar, mi pantalón y ropa interior caen al suelo, por medio de sus manos... Sin decir nada, separa mis piernas y antes de que me pueda acomodar, entra en mi interior. ¡POR DIOS!

Siento cómo el calor crece a pasos agigantados, cómo sus manos estrujan mis senos, para luego soltarlos y jugar con mis pezones... joder, me está matando a placer... Propone un ritmo estable, pero que a la vez no me deja casi ni respirar, yo estoy deseosa de él, me encanta sentirle dentro de mí. Por fin llega mi ansiado momento... no entiendo cómo, ni porque, pero no le ha hecho falta mucho para hacerme llegar al éxtasis. Sin poder detenerme, comienzo a moverme, hago que salga de mi interior, me doy la vuelta y me agacho. No puedo creer que vaya hacer lo que voy hacer. Cojo su sexo entre mis manos y mientras que fijo mis ojos en los suyos, muevo mi mano por todo él. Me agacho un poco más y noto mi lengua, por su piel, hasta llegar a su carne, nunca había pensado hacer eso a nadie... pero ahora que lo estoy haciendo... no tardo mucho en dejar que entre en mi boca. Me agacho un poco más y paso la lengua por esa piel que me llama, hasta llegar a ese lugar donde no había pensado llegar nunca, pero con él... Con él siento el deseo de hacerlo, de saborearle y darle placer. Así que no lo dudo y le dejo entrar en mi boca. Me llena toda, con movimientos lentos al principio y menos lentos después, voy haciendo que su sexo se termine de hinchar, un movimiento más y es cuando lo siento dentro de mi... primero una, después otra... lo saboreo, no me desagrada...

Me despierto como si hubiera tenido una pesadilla. Todo mi cuerpo está lleno de gotitas de sudor, mi respiración está acelerada, al igual que mi corazón.

Siento una humedad extraña en mi intimidad. ¿Pero qué narices he hecho? Intento levantarme, pero de inmediato siento unas agujetas que no me dejan mover. ¿Pero si solo ha sido un sueño! Me dejo caer en la cama, con los ojos cerrados, intentando recordar y lográndolo, las sensaciones y el goce de hace solo unos momentos... de repente vuelvo abrir los ojos, y con voz asustada pronuncio su nombre. ¡Fran!

Esto no me puede estar pasando... Me levanto con dificultad, para haber sido un sueño, de qué

manera me ha dejado. Abro el cajón de la ropa interior y elijo una braguita al azar, por suerte dispongo de baño en la habitación, entro y me doy una ducha, cierro los ojos, apoyo mi frente en los azulejos y dejo que mi mente reviva el sueño e incluso que se invente que entra en la ducha ¿Me estoy volviendo loca?

Después de dejar esos pensamientos encerrados en la ducha, miro la hora, casi son las siete de la mañana. Comienzo a vestirme, no sé por qué, pero hoy es el primer día desde que desperté que me siento bien, me siento contenta y quiero ver al hombre que me trajo de vuelta, pese a que no sé si podré hacerlo... recuerdo en ese momento que se está debatiendo entre la vida y la muerte, como hace poco estaba yo... espero poder ser su ancla, como él fue la mía.

Salgo de la habitación y entro en la de Amy, que aún está dormida... Me siento al borde de la cama y la beso en la frente.

—Cariño... cielo... va, tenemos que irnos...

—¿Mamá? ¿Qué pasa, te encuentras bien?

—Si mi amor... mejor que en mucho tiempo. Venga arriba, tenemos que ir al hospital.

—Mamá, ¿estará bien Fran? Perdona que le nombre, pero me da miedo que le pase algo... se ha portado muy bien con nosotras.

Sonrí de tristeza al ver que me trata con miedo, me lo merezco... he sido una autentica burra con mi hija.

—Mi amor, no sé cómo estará, pero si sé que iremos a verle y estaremos lo que haga falta... y Amy...

—¿Si Mamá?

—Siento lo burra que he sido estos días... sé que no he sido la mejor madre...

Veo un brillo en sus ojos, pero es como yo, si puede evitarlo no llorará, es una chica fuerte.

—No tienes por qué disculparte, hagas lo que hagas, siempre serás mi madre.

Nos fundimos en un abrazo, que no recuerdo cuando fue el último parecido, y la lleno la cara de besos, como cuando era una niña, igual que entonces no para de reír. Dejo que se vista mientras voy a la habitación de invitados, donde habrá dormido Ana. Cuando entro, ya se está vistiendo.

—Laia, te lo aviso, si vienes con intención de bronca, no la vas a encontrar, nos vamos al hospital en cuanto desayunemos...

—Ana, lo siento. No sé que me pasaba estos días... bueno, si lo sé, a ti te lo puedo contar.

Termina de colocarse la blusa y se sienta en la cama, haciendo el gesto para que me siente a su lado.

—A ver dime... ¿qué es lo que se supone que te pasa o te pasaba?

—Tú me conoces mejor que nadie... sabes lo que he sufrido... sabes que no he querido estar con ningún hombre...

Ana comienza a sonreír poco a poco y el mismo brillo que he visto en los ojos de mi hija, lo veo en los ojos de ella

—Así que al final dejas caer el muro. ¿Es eso? ¿Por qué ahora?

Me ruborizo al escuchar esa pregunta y giro la cara...

—Si te lo contase, no me creerías.

Ana me hace mirarla y sonrío aún más...

—¿Y si pruebas?

Suspiro lentamente y exhalo el aire, como si me preparase para hacer algo complicado... pero es que lo es.

—He tenido.... un...

—¿Un? Va Laia hija... que no es tan difícil... un¿ qué?...

—Un sueño erótico... y al despertarme... yo...

Ana se lleva la mano a la boca para intentar tapar la risa que poco a poco se oye cada vez más.

—No me jodas que has tenido un orgasmo tía... ¿Quién era el príncipe? Oh, no me lo digas... ¿Fran?

De repente la risa desaparece al pronunciar el nombre del guardia civil...

—Exactamente

—Tiene narices que cuando por fin decides bajar la barrera, te cambia el humor... te corres, y nuestro muchacho, sin saber si saldrá de esta...

—Joder Ana, contrólate un poco... que te puede oír Amy...

—Caguen la puta... perdona.... Va, voy a terminar de vestirme, prepara los cafés, que si no, no llegamos.

Abro los ojos, comenzando a pensar en quien vive realmente en esta casa... le doy un beso sonoro en la mejilla y salgo de la habitación.

Jacobo

No paran de venir compañeros a preguntarme qué ha pasado... y a todos les digo lo mismo. ¡NO LO SÉ! Cada vez que revivo el momento, no sé de dónde salió el hijo de puta del ucraniano y disparó a bocajarro con una recortada... Llevo torturándome toda la noche con la misma imagen. Juro que al próximo que me pregunte, le largo un puñetazo, me da igual que me abran un expediente.

Estoy sentado en la sala de espera, esperando que el cirujano nos informe. Lleva desde anoche que entró a operar sin salir del quirófano. Y yo con el quinto café.

No hago más que sentarme, salir a fumar, mirar el reloj, sentarme, ir a por otro café... Varios compañeros me han intentado dar conversación, pero enseguida se han marchado, al comprender, que no estoy para ello. Llevamos como compañeros tres años, tres malditos años en los que nunca nos ha pasado nada. Y justo cuando aparece una mujer idónea para él, sucede esto. Tendría que haber estado más atento... Ser yo el que hubiera ido primero.

Ahora de nada sirve lamentarme... Me vuelvo a levantar y cuando pretendo salir a fuera, veo llegar a las tres mujeres. Ana me reconoce en el acto, de todas formas, soy el único agente que está separado del resto. Viene hacia mí y me abraza.

—¿Cómo estás? ¿Sabes algo?

Yo niego con la cabeza oculta en su cuello, mientras ella me consuela acariciándome el cabello.

—Tenía que haber sido yo... tenía que haber ido yo primero.

—No digas tonterías... las cosas pasan por alguna razón... además estoy segura de que va a salir de esta, tiene que salir.

—Si, yo también lo creo, no te preocupes, si necesitas descansar o ducharte ve, que nosotras nos quedamos.

La última que ha hablado era Laia, hay que ver, que mejoría ha dado en unos días.

—No podría aunque quisiera... he intentado lavarme las manos... pero me es imposible. Parece mentira, pero no controlo los temblores.

Ana se despega de mí y entrega el bolso y la chaqueta a su cuñada.

—Sujétame esto, voy a ayudarle. Jacobo ven conmigo.

La sigo como una oveja sigue a su pastor, detrás de ella, a unos pasos, y solo fijándome en el suelo. Solo cuando se para, alzo la vista y veo el baño. Entramos y cierra la puerta, avanza hasta el lavabo y abre el grifo, coge con cuidado mis manos y empieza a enjabonarlas...

Yo me la quedo mirando, parece que no se da cuenta, está centrada en limpiar mis manos, pero ahora mismo la besaría. No sé si es por el momento, por la situación o por qué coño, me suelto de sus manos y sin previo aviso, las pongo en su cara y la beso.

Unos segundos que para mí duran minutos, un beso suave, robado, instantáneo... me separo de ella y tras darme cuenta de lo que he hecho me disculpo...

—¡Oh Dios mío...! Perdóname... no sé que me ha pasado.... Por favor, discúlpame... no pretendía...

Me llevo las manos a la cara, avergonzado... ella las aparta y cuando creo que me va a arrear una bofetada, me lleva hacia ella, y me besa con pasión.

Yo paso de estar todo abochornado a sentir un calor recorrer todo mi cuerpo. La abrazo, la acaricio la espalda por encima de la ropa, el pelo, la cintura, mi lengua juega con la suya dentro de su boca, ¡Dios qué bien besa...!

Sus manos rápidamente quitan las mías de donde las tengo, y me desabrocha la guerrera, en menos de un minuto me ha desnudado de cintura para arriba, sus labios recorren mi pecho, mordisquea con fuerza mis pezones, por Dios como me está poniendo...

Ahora soy yo el que tomo el mando... le saco la camiseta por la cabeza y apartándole el sujetador, lo desabrocho, dejando que esos pechos grandes pero firmes, reboten ante mí, con ese cartel, invisible para el resto, que corona sus pezones y me reclama, “cómenos”, y es lo que hago. Devoro sus senos, primero uno y después el otro, mordisqueo sus pezones, estiro de ellos, ella se ha subido a la encimera del baño y me tiene rodeado con sus piernas, sus manos no hacen más que revolverme el cabello y rasgarme la piel de la espalda con sus uñas.

No aguanto más y creo que ella tampoco, porque solo ha sido mirarme, bajarse y darse la vuelta, dándome la espalda, desabrocho mi pantalón y me lo bajo, liberando mi sexo siempre presto para el servicio, hago lo mismo con la ropa de ella y me embriaga un olor a deseo. Sin decir nada, no hace faltan palabras, la penetro y embisto con ansia y rapidez. Ella suelta un pequeño gemido, acompañado de otro un poco más fuerte. Agarra la encimera con las manos, haciendo fuerza, y yo coloco mis manos en sus caderas para marcar el ritmo. Dios, cuando la vi la primera vez pensé en lo guapa que era, pero ahora viéndola desnuda, me parece una diosa. Me encantan sus curvas, su cuerpo... Doy un cachetazo en el glúteo que la hace gemir aún más de placer. Ella espera a que haga el retroceso para que salga de dentro y me tumba en el suelo. Por suerte es un hospital bastante limpio. Se sienta encima de mí y se ensarta mi pene, que se pierde dentro de ella. Me empieza a cabalgar, moviendo sus caderas como solo una diosa lo haría, su vagina atrapa mi sexo, lo aprieta, lo suelta, lo deja entrar de golpe o lentamente... como siga así no voy a tardar mucho en correrme. Y lo peor no me he puesto condón.

—Dame un respiro o voy a terminar corriéndome...

—Si, hazlo... por favor hazlo...

—No me he puesto preservativo...

—Tranquilo... tomo la píldora

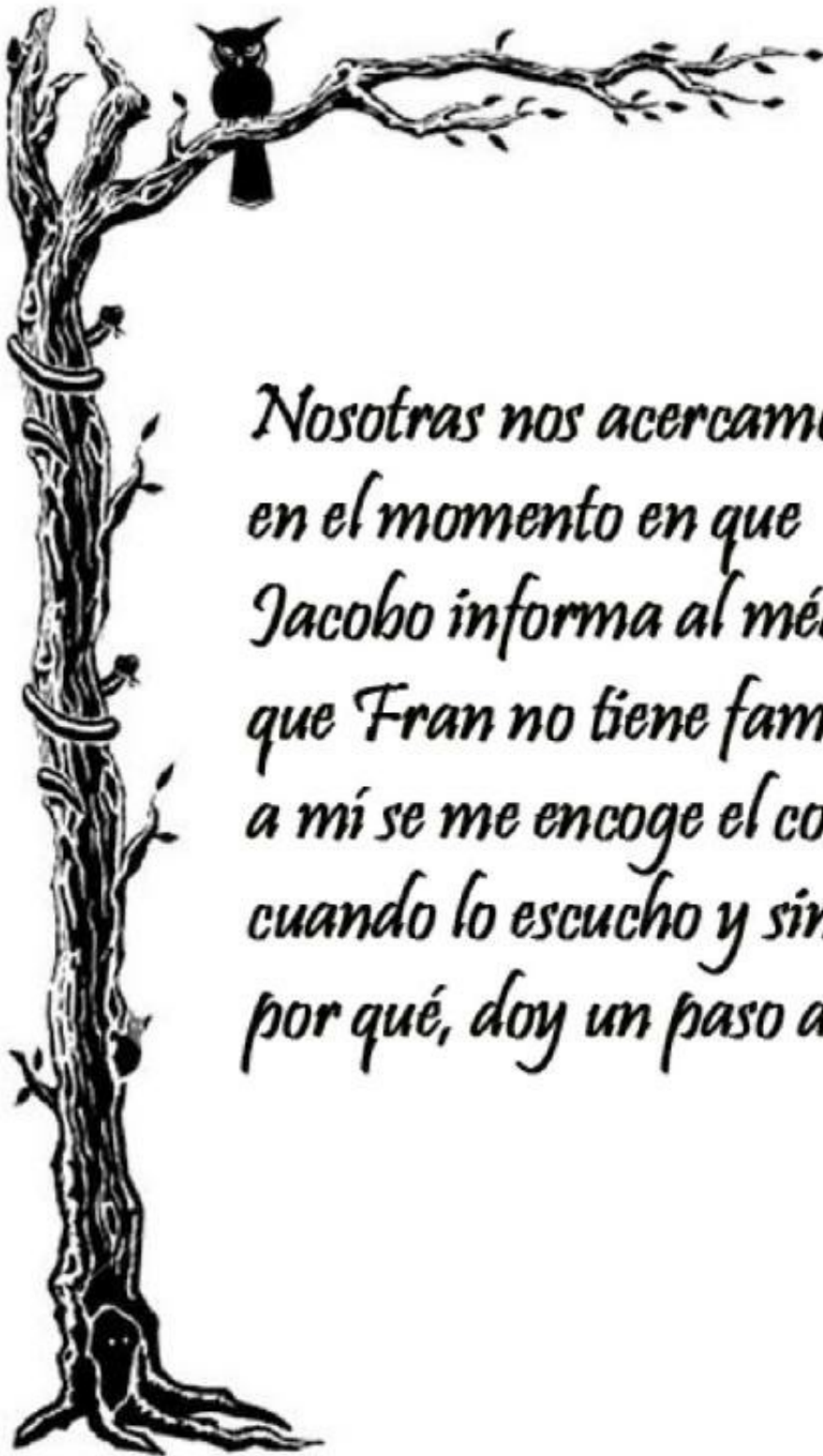
Es escuchar eso y alzar mis piernas a noventa grados y ser yo quien tome el mando. Muevo mis caderas lo más rápido posible, penetrándola sin parar... sus pechos caen cerca de mi boca, invitándome a morderlos, a lamerlos... y es lo que hago... Está siendo el mejor polvo de mi vida.

Siento que el momento se acerca y ella también lo debe saber, las mujeres siempre saben eso... hace que baje las piernas y se empala mi pene hasta que este toca su cavidad, justo en ese momento una granizada estalla dentro de ella, y al mismo tiempo ella estalla también. Nos corremos ambos al mismo tiempo sin poder dejar de gemir... menudo espectáculo estamos dando... espero que nadie esté fuera. Ella se levanta un poco, lo justo para que salga de ella(yo pondría: de su interior), mi sexo aún está enfilado y al verlo comienza a devorarlo con su boca. ¡Dios mío... no quiero que pare!, me está regalando el mayor placer que he sentido nunca... Cuando decide que es suficiente y antes de sacárselo, araña la base del prepucio con sus dientes, mientras que me lanza una mirada provocadora...

Me cuesta respirar después de este polvo... ella se limpia con el papel del baño y me lo lanza a mi después. Gracias a Dios, ninguna prenda se ha manchado... solo faltaría que saliésemos con

la prueba del delito a la vista. Cuando nos vestimos, nos volvemos a morrear antes de salir del baño. Primero ella y unos minutos más tarde salgo yo.

Capítulo trece



*Nosotras nos acercamos
en el momento en que
Jacobo informa al médico
que Fran no tiene familia,
a mí se me encoge el corazón
cuando lo escucho y sin saber
por qué, doy un paso al frente.*



Veo que mi cuñada vuelve del lavabo y se sienta con nosotras, la noto diferente...

Está algo despeinada y se nota que el rimel se le ha corrido, aunque se lo haya retocado. Minutos después veo venir a Jacobo, su rostro parece confuso, pero sus ojos brillan como dos linternas.

Ninguno de los dos se mira, al contrario, se sientan separados. ¿Habrán discutido? ¿Pero por qué? Me debato entre llevarme a mi cuñada y preguntarle o dejarlo pasar. Al final mi curiosidad puede más, tengo claro que algún día me jugará una mala pasada.

—Mi amor, voy a hablar con la tía, ahora venimos.

—¿Conmigo? Pues vale...

Mi hija asiente sin levantar la vista del móvil, y yo me salgo con mi medio hermana a la salida.

—¿Estás bien?—Le pregunto preocupada.

—Claro que estoy bien... ¿Qué te ocurre?

Ahora que la tengo delante de mí, observo el mismo brillo de ojos que tiene Jacobo.

—¿Me vas a decir qué ha pasado en el baño?

—¿Qué va haber pasado Laia? Le he ayudado a limpiarse las manos...

Alzo las cejas, mirando a mi cuñada incrédula.

—Ostia Ana, que los dos venís con unos ojitos que para qué...

—Laia vale... no veas fantasmas por donde no los hay—Por Dios, siento cómo toda la sangre me hierve. Si no soy un tomate, poco me faltará.

—Claro... Por eso te acabas de poner todo roja...

Rompo a reír sin saber el por qué exactamente, ella me abraza y trata que pare.

—No es que tenga mente sucia... pero joder Ana... Hay sitios más decorosos...

—Ostia Laia... ¿Crees de verdad que yo...?

—¿Después de más de veinte años conociéndote? Por supuesto que si... ahora la cosa es... ¿Cómo ha sido?

—Joder, no se te escapa una eh. Ya te contaré... tú en lo que tienes que centrarte ahora es en saber cómo está Fran.

Asiento y le doy un beso en la mejilla y le susurro.—Esta vez, trata de ir despacio.

Ella me mira y enarca una ceja, haciéndose la desentendida. Volvemos a entrar justo cuando sale la cirujana.

—¿Familiares de Francisco Gutiérrez?

Nosotras nos acercamos en el momento en que Jacobo informa al médico que Fran no tiene familia, a mí se me encoge el corazón cuando lo escucho y sin saber por qué, doy un paso al frente.

—Yo... Yo soy su pareja Doctora.

Enseguida noto que todos se dan la vuelta para mirarme... escucho unos “anda, que callado se lo tenía” a mi cuñada y mi hija preguntándome qué hago, pero en ese momento solo me importa la respuesta de Jacobo, que me sonrío y asiente, como dándome las gracias. ¿Sabrá el algo?

—Señora Montes, ¿verdad? Parece que la suerte no les acompaña a ustedes...

—Así es doctora. «Mi accidente nos unió, desperté gracias a él, no le voy a dejar solo ahora»

—Bien, su “pareja” —dice haciendo énfasis en la última palabra, con una sonrisilla que me da a entender que me ha pillado, normal si es que no sé mentir... ha sufrido un disparo un poco más arriba de la cintura. No sé qué ángel les guardará a ambos, pero se pondrá bien. Ha sido un disparo limpio, por debajo del chaleco, no ha tocado ningún órgano, pero les aconsejaría que dejaran de tentar a la suerte.

—Gracias a Dios... ¿Cuándo podré verle? ¿Cuánto tiene que estar ingresado? No se lo tome a mal doctora, pero me gustaría poner distancia con ustedes.

Me lanza una sonrisa y me pide que la siga.

—Amy ahora vengo, quédate con tu tía.

No sé que estoy haciendo, no sé porque me he hecho pasar por su pareja, en realidad no somos nada... Siento que me sudan las manos.

—Tendrá que estar mínimo una semana, hasta que cicatrice por fuera, por dentro, le llevará más tiempo. Por cierto... ¿Usted como está? ¿Ya se ha hecho las pruebas?

—Si doctora, me encuentro mucho mejor “miento”. Digamos que me he liberado de un lastre que tenía.

Seguimos caminando hasta el box, ahí veo a mi guardia civil, conectado a varias máquinas, como lo estuve yo, no hace ni un mes.

—Puede quedarse hasta que acabe la ronda, si reacciona bien, en las próximas horas, le subiremos a planta

—Muchas gracias Doctora.

—Y señora Montes... Otra vez, practique mejor, no ha resultado muy creíble que sea su pareja

Me guiña un ojo sonriendo y se pierde por el pasillo

Veo que al lado de la cama hay un taburete, lo acerco y me siento en él. Le contemplo durante unos segundos, enseguida escucho su voz en mi cabeza, recuerdo que me encantaba el tono en el

que hablaba... Le cojo la mano y se la beso con cariño.

—Hola mi salvador... Soy Laia. ¿Por qué solamente nos vemos en hospitales? Dicen que has tenido suerte, que la bala no ha tocado ningún órgano vital, por lo que si quieres, mañana te suben a planta. Estos días he pensado mucho en ti, aunque reconozco que me ha costado. Mi aventura con tus iguales no ha sido muy satisfactoria... pero te prometo que si despiertas y quieres... te daré el beneficio de la duda.

Me pregunto si me escuchará, si lograré ser su ancla, como él fue la mía. Cierro los ojos y me llevo su mano a los labios.

—Me han hecho mucho daño. El padre de Amy nos abandonó, bueno de eso creo que sabes algo, por lo que Ana me contó. No sé cuánto tiempo podré estar hoy aquí, pero te prometo que no me iré, estaré aquí hasta que despiertes.

Ana dice que estamos conectados, que hay algo entre nosotros... si es así y me escuchas... vuelve pronto, quiero conocerte, quiero pasear contigo.

Nada más terminar de hablar, escucho como las máquinas se disparan y su pulgar acaricia mi piel. Sin esperarlo, mis ojos sueltan unas lágrimas.

—Así me gusta mi protector... Lucha, lucha por volver cuanto antes. Quiero ver esos ojos mirándome y esos labios...—«besándome» pienso para mí.

Vuelvo a posar mis labios en su mano y la suelto, dejando que repose en la cama, me levanto de la silla y cuando me voy a ir le escucho.

—No has acabado...

Me vuelvo sorprendida y me siento de nuevo más nerviosa que un flan y con el corazón a mil por hora.

—¿Cómo dices?

—Que... no has acabado...

Le cuesta menos hablar de lo que me costó a mí, pero ahí está, todo él, hablándome...

—¿Acabar el que?

—La... frase... Tus... labios...

Sigue con los ojos cerrados, pero está consciente, eso debe ser buena señal. Cuando oigo lo que dice, siento que toda la sangre me sube a la cara.

—Era solo una frase, no sabía que me estabas escuchando. Eres un tramposo.

—He hecho... lo mismo... que tú... ¿Te... acuerdas?

Me río ante lo que dice y asiento apretándole la mano.

—Claro que me acuerdo. Cuando subas a planta, terminaré la frase. Te lo prometo. Ahora tengo que irme, tus amigos y jefes están esperando. ¡Ah por cierto!. Para poder entrar, he dicho que soy tu pareja, espero que no te importe.

Se queda callado, no sé si se ha dormido o si le habrá molestado... espero que no... Quiero que conteste, quiero saber lo que piensa.

—Para... mí... lo... eres...

Justo cuando me estaba levantando le escucho. Mis piernas comienzan a flaquear otra vez, mi mente repite una y otra vez su contestación y mi corazón ha pasado a dos mil por hora.

—Voy a informarles, mi protector... Vuelvo, cuando la doctora me deje.

Me despido de él con un beso en la comisura de sus labios... y salgo fuera.

Cuando salgo a la sala de espera, veo que todos se han ido, menos Ana, Jacobo y mi hija. Me acerco al compañero de Fran y le abrazo fuerte para luego besarle en la mejilla.

—Gracias por haberme dejado entrar.

—No hay por qué darlas, eres importante para él y con eso me vale.

Siento que me ruborizo y mi hija me abraza sonriendo.

—¿Vamos a quedarnos aquí mamá?

—No cielo, tú te vas con tu tía, yo me quedo... le he prometido que lo haría.

—Pues si Laia no se va, yo tampoco... ¿qué compañero sería si me fuera?

—Uno que necesita descansar y recuperarse también, Jacobo. Seguro que mi cuñada estará encantada de cuidarte. ¿Verdad Ana?

Sonríó ante la mirada asesina de mi medio hermana, mientras gesticula “esta me la pagas”, pero quiero que se vayan, que hagan lo que quieran... se merecen ser felices los dos.

Después de un tira y afloja de media hora, consigo que se vayan los tres, hemos acordado que si pasa algo, les llamaré inmediatamente. Me siento en una de las sillas y cierro los ojos, pensando en la conversación con Fran.

ANA



Después de despedirnos de Laia y dejar a mí sobrina en su casa, nos dirigimos a la mía

El reloj del coche marca las doce de la noche, y la temperatura es de dos grados.

Doy por supuesto que vivirá solo o quizá sea separado, no quiero pensar que haya engañado a su novia o a su mujer. No soy de esa clase de mujeres, aunque reconozco que quizá debería haber preguntado antes.

Aparco al lado del portal y nos bajamos. Camino hacia la puerta, mientras las luces me indican que el coche se ha cerrado.

—¿Quieres subir?

—¿Quieres que suba?

Ambos nos miramos sin saber muy bien qué decir, por fin decido sacar las llaves y sin decir nada, pero diciendo todo, le invito a subir.

Abro la puerta de casa y dejo que entre primero, mientras dejo las llaves y el móvil en el recibidor y me descalzo.

—¿Quieres beber algo? Tengo cerveza, vino y algo más fuerte seguro que habrá por ahí.

—Una cerveza servirá.

Mientras voy a por las cervezas le invito a que pase al salón y se ponga cómodo. Abro la nevera y saco dos tercios. Pienso en que no sé cómo lo toma, si a morro o en vaso, saco una bandeja y coloco una jarra, pongo algunos *Snaks* y cuando salgo, le veo que está mirando los libros de la estantería.

—No sé cómo la tomas, te he traído una jarra, espero que la Cruzcampo te guste.

—Me gusta cualquier cerveza, gracias. Menuda colección de libros... pero no reconozco a ninguno de los autores.

—Son autores indie. Independientes vamos... Decidí hace un año leer a una chica, Sara Halley y me enamoré de sus policías. Desde ese día solo leo libros de ellos.

Hace un gesto de sorpresa y viene a por la cerveza, la coge del cuello con dos dedos y alza el tercio hacia mí en forma de brindis.

—Por los autores indie.

Sonríe e imito su gesto, llevándome el tercio a los labios y dando un trago sin dejar de mirarle, lo malo es que él hace lo mismo.

—¿Tienes hambre? Creo que tengo un par de pizzas en el congelador. Si tienes prisa o te están esperando... no quisiera causarte ningún problema.

—Ningún problema, vivo solo. Estoy divorciado. Y si, me encanta la Pizza.

—Perdona, no quería... —«Si que quería, qué coño, al menos ya sé algo»

—No me ha molestado, fue una relación algo turbia, por suerte no hay niños de por medio, por lo que la separación fue bastante fácil.

Vuelvo a sonreír y voy a la cocina para preparar la cena. Mi corazón late a mil por hora, casi me da miedo que él lo escuche. Desde donde estoy, le escucho leer la sinopsis de “Chicago Cops Reed Rendición” recuerdo lo que sentí al leer ese libro, de inmediato quise tener un Reed en mi vida, y mira tú por dónde...

Meto las Pizzas en el horno y cuando me giro le veo apoyado en el marco, mirándome.

—Perdona, no te quería asustar.

—No tranquilo... te hacía en el salón aún.

Cojo el tercio que me tiende y me apoyo en la encimera mirándole, ninguno de los dos nos atrevemos a hablar de lo que ha pasado hace un rato. Al final parece que él toma el toro por los cuernos.

—Ana lo que ha pasado antes...

—No tienes que disculparte, ha pasado y ya está, no quiere decir que no me haya gustado, pero si te sientes violento...

Deja el botellín en la encimera y se coloca delante de mí, tanto que puedo escuchar como su corazón late a la misma velocidad que el mío.

—No iba a disculparme... te iba a decir que ha sido sensacional...

Me azoro y tengo que bajar la vista, nunca me he sentido cohibida por echar un polvo, pero este creo que ha sido especial. Siento su mano en mi mentón y hace que le mire a los ojos, acerca su rostro al mío, casi siento su respiración en mi cara, justo cuando me va a besar, suena el móvil. «Me cago en la puta, joder»

Ambos sonreímos y se aparta para que pueda cogerlo.

—¿Dígame?

—Hola golfi... me ha dicho Amy que la has dejado en casa... ¿Cómo va la cosa?

—Pues acabas de joder uno de esos momentos... pero bueno...

—¡Nooo! Joder, lo siento Ana, venga mañana te llamo... intenta pasarlo bien. Te quiero.

—Y yo a ti.

Cuelgo y dejo el móvil en su sitio, cuando vuelvo a la cocina no está, me asomo al salón y está sentado en el sofá. Cuando decido acercarme, suena el timbre del horno. «Joder»

Vuelvo a la cocina y saco un par de platos grandes y otros más pequeños, en poco más de unos minutos, salgo con las manos ocupadas, cuando me ve, salta como un resorte y coge los platos.

—Gracias... Pensé que no llegaba, con lo pato que soy.

—*De rien ma chérie*^[3]

Joder, acaba de hacer que me moje entera... con lo que me pone ese acento.

—¿Hablas Francés?

—Algo, mi madre era francesa, pero cuando tenía catorce años se fue y como forma de castigarla, dejé de estudiarlo.

—A mí me encanta ese idioma... lo encuentro muy... Digo, que será mejor que comamos las Pizzas, que luego frías no saben a nada.

Siento cómo toda mi cara arde de vergüenza y excitación al mismo tiempo.

—*Ce que tu veux ,n importe quoi ça sera un délice en ta compagnie*^[4]

—¿Y eso es...?

—Que cualquier cosa, en tu compañía, será un manjar.

Tenía que haberme callado, joder... a mi mente me viene en este momento una frase del protagonista de un libro donde dice que no filtra... eso me pasa a mí en este momento... no consigo filtrar joder.

—Eres un tramposo—Finjo ofenderme.

—Solo he dicho la verdad... me da igual que se enfríe, siempre y cuando tú estés aquí.

Como siga así le van a dar por saco a las Pizzas... ya me está costando no tirarme a su cuello...

—¿Eso se lo dices a todas las mujeres? ¿O solo con las que has echado un polvo?.

Ahora es él quien finge ofenderse y alarga su mano hacia mi brazo, tirando hacia él y haciendo que me siente a horcajadas sobre sus piernas.

—*C est seulement por celle que m' a volé mon coeur.*

Elevo las cejas cuando no entiendo ni media de lo que está diciendo, pero saliendo de esos labios...

—¿Y eso quiere decir...?

—Que solo se lo digo, a quien me ha robado el corazón.

Sin querer demorarlo más, poso mis labios sobre los suyos, que me reciben entre abiertos, cómo me gusta su sabor. Mi lengua enseguida busca la suya y empiezan a bailar una frenética danza en nuestras bocas. Sus manos se colocan rápido en mi culo, apretándolo, para después subir firmes para deslizar mi camiseta por encima de mi cabeza. De nuevo mis pechos, cubiertos por poco tiempo por el sujetador, ahora a su merced. Enseguida cambia mi boca por ellos, succionándolos y mordisqueando mis pezones. Por Dios... Que maestría tiene.

—Esta vez, intenta que no sea en el suelo.—Le digo entre jadeos.

—No, esta vez, será en tu cama... Dime dónde está.

Me levanta al mismo tiempo que lo hace él, sujetándome por las piernas, yo le rodeo con ellas la cintura y mientras nos besamos, le voy indicando, con mi brazo, la habitación que es.

Empuja la puerta con mi espalda y me lleva hasta la cama, cuando me deja sobre ella, comienza a desnudarse, yo aprovecho y me quito los pantalones, estoy deseosa de sentirle otra vez dentro de mí.

Me tumba y hace lo propio sobre mí. Su boca busca ávida de deseo la mía y de nuevo nuestras lenguas se entrelazan, sus expertas manos, recorren mi cuerpo, como si quisiera hacer un molde, no deja ni un centímetro sin rozar o acariciar. Me aparta las manos de su cuerpo y las coloca sobre mi cabeza, mientras su boca no deja de jugar con mi cuerpo.

Intento usar el peso de mi cuerpo para caer sobre él y lo consigo. Ahora soy yo la que mando. Me lanzo hacia sus pezones y los muerdo con fuerza, haciendo que suelte un gruñido... eso me excita y por lo que noto a él también. Voy bajando mordisco a mordisco, hasta llegar a su abdomen y vuelvo a subir nuevamente, rozo con la mano su pene, que parece listo para entrar en batalla. Sin querer alargarlo más, lo cojo con la mano y lo coloco en la entrada de mi sexo, me siento encima de ese armamento que está ardiendo y dejo que entre por completo en mí. Suelto un gemido de placer, mientras mis dedos bajan desde su pecho hacía abajo, lentamente.

Comienzo a moverme despacio, para sentirle todo él, pero mi compañero de cama tiene otras intenciones, que aunque en ese momento no lo hubiera hecho, me adapto a él. Coloca sus manos en mis nalgas y empieza a penetrarme con cierta velocidad. Yo apoyo las manos a ambos lados de él y cierro los ojos, disfrutando.

Cuando noto que decae un poco el ritmo, vuelvo a erguirme sobre su cuerpo y comienzo a subir y bajar, Dios, no he sentido un sexo que sin ser nada del otro mundo, me llene por completo.

Siento sus manos en mis pechos, mientras sigo mi baile sexual, aunque parece que le gusta, me gira, colocándome debajo de él, con la cara en las sábanas. Hace que doble las piernas y que saque mi trasero para afuera, comienza de nuevo a penetrarme, pero está vez mucho más rápido. Yo no puedo dejar de gemir, me da igual lo que piensen los vecinos, pocas veces me he sentido tan llena. Comienzo a sentir los primeros síntomas de que el orgasmo está cerca... ¡por Dios, el segundo en un día!

Caigo derrotada en la cama y él a mi lado, totalmente exhausto, ha logrado una vez más, descargar a la vez que yo... Sonrío y le beso en los labios.

—Gracias por este polvazo... me has dejado muerta.

—Gracias a ti, es la primera vez que consigo descargar a la vez dos veces.

—Quién sabe, quizá eso quiera decirnos algo... —Le muerdo la nariz sonriendo y me giro para encenderme un cigarro, después de un buen polvo, siempre me apetece uno

—¿Te importa? —«Y si te importa, te jodes, que estoy en mi casa»

—Mientras me des uno...

Le voy a dar el cigarro cuando suena el timbre de casa. Le miro extrañada, ya que no espero ninguna visita... salgo de la cama, me pongo la ropa interior y una bata, y voy hacia la puerta.

—Dame un momento.

—No me voy a ningún lado *ma chérie*.

Me encanta que me hable en francés... salgo de la habitación y risueña voy a abrir, ni si quiera pienso en mirar quien es. Cuando abro, me quedo de piedra.

—¿Ra... Ramón? ¿Qué haces aquí?

—Hola cariño, pues ya ves, que he sido un cafre y echo de menos estar contigo. Te he traído flores.

—Este no es buen momento, es mejor que te vayas.

—Venga nena... pero si sabes que te encanta, que esté aquí.

En ese momento aparece Jacobo, mirándome desde la puerta con una toalla cubriendo sus partes nobles.

—¿Va todo bien Ana?

Ramón al verle se le hinchan las venas de la frente y me mira con desprecio, cosa que no me molesta en absoluto.

—¿Por eso querías que me fuera? Pues me voy... pero no vuelvas a llamarme cuando te apetezca echar un polvo...

Me tira las flores a la cara y se va... Yo me quedo en plan “¿Qué cojones acaba de pasar?” Cuando cierro y me doy la vuelta, Jacobo no está y a mí me entra la cagalera.

Cuando entro en la habitación veo que se está vistiendo.

—¿Jacobo? ¿Dónde vas?

—Creo que esto no ha sido buena idea... no quiero ser alguien a quien llames solo cuando te apetezca follar.

—¿Perdona? ¡¿Me estás llamando puta?!

No me lo puedo creer, con lo bien que iba la noche... con lo que estábamos disfrutando y aparece el subnormal para joderlo.

—No, no te llamo puta, pero me gusta pensar que si follo con una mujer es porque hay algo... y ahora no sé si hay algo o solo es que te apetece.

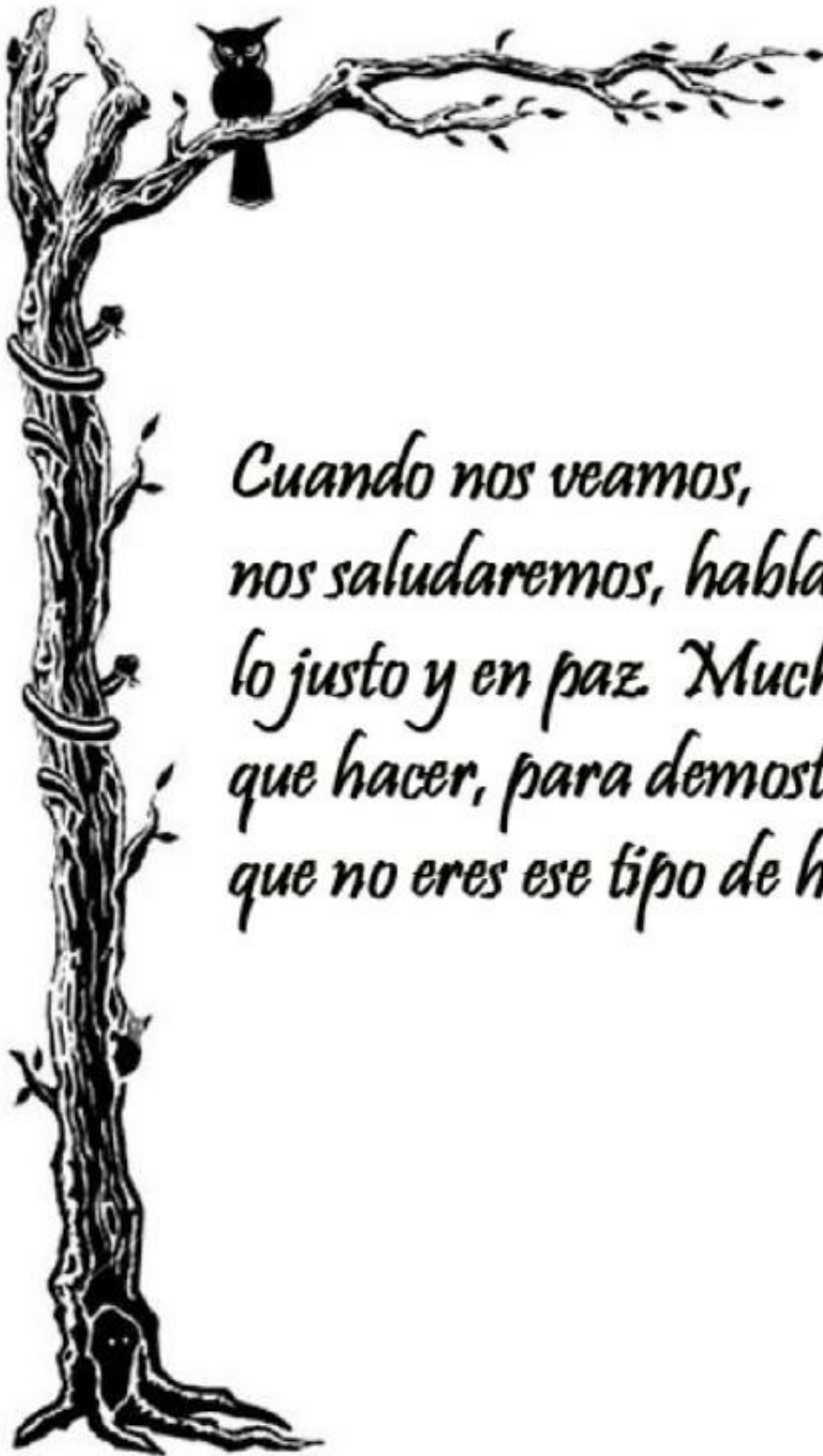
De tener más fuerza, le lanzaría el tocador a la cabeza... esto no me puede estar pasando a mí.

—Creo que es mejor que te vayas de mi casa, si no quieres que te cruce la cara.

—Mira, en eso estamos de acuerdo. Gracias por la velada.

Cuando cierra la puerta de la calle, me dejo caer sobre la cama, me enciendo el cigarro y me cago en toda mi puta suerte.

Capítulo catorce



*Cuando nos veamos,
nos saludaremos, hablaremos
lo justo y en paz. Mucho tienes
que hacer, para demostrarme
que no eres ese tipo de hombre*

He pasado toda la noche mirando al techo sin apenas saber qué cojones ha pasado, ni por qué se ha puesto de esa manera. Odio que un hombre se crea que por echar un polvo un día, piense que le pertenezco. Yo me entrego a quien quiero... no tengo por qué firmar un contrato de propiedad.

Me levanto furiosa de la cama, cojo las sábanas y las quito a mala leche, para echarlas a lavar. Cuando salgo de la habitación, veo las dos pizzas sin probar y las cervezas a medio tomar, recuerdo sus manos en mi cuerpo y aún me enfado más.

Meto la ropa de cama en la lavadora y me doy una ducha. Sigo pensando en la respuesta que me ha dado, pero si solo hemos follado dos veces ¿qué quiere que me case con él?

Mientras me seco la piel, voy a la habitación y veo que ponerme. Tengo que pasar a recoger a Amy para ir al hospital, espero no cruzármelo. Mientras que me termino de vestir y maquillar me suena el móvil, le pongo en manos libres.

—Hola Laia. ¿Alguna novedad?

—No, nada... aquí estoy, a ver si le suben a planta de una vez.

—Pronto lo harán, ya lo veras. Estoy a punto de recoger a tu hija ¿quieres que te lleve ropa?

—Si me haces el favor... ¿Por cierto, que tal anoche...?

Me temía que me preguntara... lo que no sé es porque me sorprende.

—Muy bien y muy mal.—Espero que no siga preguntando.

—¿Mal? ¿Discutisteis?

—Ay Laia, ahora no quiero hablar de ello, ya te contaré, no seas pesada.

Corto la llamada y me termino de arreglar, cojo las llaves y el móvil y salgo de casa, me dirijo a coger el coche y de ahí a por mi niña. Como siempre me toca esperar, así que mientras me pongo la radio, cierro los ojos y dejo que el tiempo pase. «Estas niñas de hoy en día, tardan más que la obra de El Escorial» En ese momento suena el móvil y veo que es Jacobo, menos mal que se me ha ocurrido mirar quien era, le cuelgo y justo aparece la niña.

—Joder Amy, llevo un rato esperándote.

—Perdona tía, es que me llamaron al hijo.

—¿Algún pretendiente que yo deba saber?

—Nada importante... ¿nos vamos?

Sonríó al ver cómo se azora... algo hay ahí, está claro... ojalá que no sea tan bocazas como el guardia civil.

Llegamos al hospital y cuando entro, veo que mi cuñada está hablando con él. «Mierda, y yo que esperaba no verle»

Saludo a mi cuñada y por el contrario paso de él, al igual que parece que pasa de mí. Mi cuñada nos mira a ambos, pero por una vez y sin que sirva de festividad, cierra la boca.

En cambio él no.

—Ana ¿podemos hablar un momento por favor?

—¿Es necesario?—Le miro con cara de pocos amigos.

—Si, si no te importa.

Miro a mi cuñada y encojo los hombros, ella se pone a hablar con su hija y yo me separo unos metros de ellas.

—¿Qué quieres Jacobo?

—Disculparme... Ayer metí la pata, lo sé. Lo supe justo cuando cerré la puerta.

—¿Y crees que me interesan tus disculpas? Me tachaste de ser una ligera de cascos, o sea una puta—Acabo la frase entre dientes.

—Ya te dije que no quería referirme a eso, aunque reconozco que hablé demasiado.

Niego con la cabeza y le miro a los ojos... por mucho que quiera besarle, mi orgullo me lo impide.

—Mira Jacobo, no tengo tiempo para tonterías y menos aún para hombres que piensan que porque me acueste con ellos, tienen derecho sobre mí. Yo me entrego a quien quiero y cuando quiera. Y si decido tener una relación me entregaré solamente a ese hombre. Tú y yo hemos follado... nos lo hemos pasado bien... pero la has jodido.

—Lo sé Ana, lo sé... por favor, déjame demostrarte que no soy ese hombre...

—Cuando nos veamos, nos saludaremos, hablaremos lo justo y en paz. Mucho tienes que hacer, para demostrarme que no eres ese tipo de hombre.

Me giro y vuelvo con mi cuñada y mi sobrina. Por el rabillo del ojo, veo que se marcha. Me duele haberlo tratado así, pero me molestó mucho lo que me dijo.

—¿Todo bien Ana?

—Si Laia, todo bien...

Al poco rato se acerca la cirujana.

—Señora Montes... buenos días. Hemos tenido un ligero contratiempo y tenemos que volver a abrir a su “pareja”

Lo que faltaba... si el día no empezaba bien... con esto, va de culo

—Que... ¿Qué ha pasado?

—Cuando le abrimos por primera vez, creímos haber sacado todas las esquirlas de la bala, pero creemos que queda algo dentro.

—¿Ostia, y no se supone que cuando les cierran es porque están seguros?

Invito a la cirujana a hablar un poco alejadas de mi cuñada que no sé qué mosca le ha picado.

—Perdone a mi cuñada doctora, entre lo suyo y ahora esto...

—No se preocupe, créame que escucho cosas mucho peores...

—¿Se pondrá bien?

—En mi profesión no puedo dar nada por sentado... pero hay muchas posibilidades...

Asiento y sonrió, con eso nos basta... me acerco de nuevo a mi cuñada y le pido que se tranquilice... va a ser un día muy largo.

FRAN



Abro los ojos despacio, la luz me hace daño, los vuelvo a cerrar, esperando a que se pase, para volver a intentarlo. No sé donde estoy, ni qué es lo que ha pasado. Sin mediar aviso, mi mente evoca el momento del disparo. Sin más me incorporo, sintiendo todo el dolor de los puntos, recorriéndome el abdomen hasta el último pelo de la cabeza.

Me tumbo de nuevo, esperando que el dolor pase, cuando lo hace, lo vuelvo a intentar otra vez, la pinza del dedo, lo que hace que la máquina en vez de reproducir un pi...pi...pi pase a un pi continuado.

De repente oigo una voz que reconozco al instante.

—¿Dónde te crees que vas?

—¿Laia? ¿Qué haces aquí?—Busco a la mujer que me habla, hasta que la veo levantarse de un sofá, que estaba semi oculto, en un lado de la habitación donde apenas llegaba la luz.

—¿Cómo que qué hago aquí? Estar contigo... ¿Te encuentras bien?

Veo que se acerca a mí, nunca la había visto tan guapa como ahora. Viste una camiseta gris y unos *jeans* azules, un conjunto muy básico, pero que junto a su melena azabache...

—¿Cuánto llevo aquí?

Suspira y se acerca, sentándose a mi lado, me da miedo oír su respuesta.

—Llevas dos semanas cielo. Al parecer, cuando te cosieron, se dejaron un trozo de metralla, y tuvieron que volver a abrirte y coserte otra vez. Has estado a punto de irte, sin apenas conocernos.

—¿Dos semanas? ¿He dormido dos semanas?

Me llevo las manos a la cabeza, y luego me tapo la cara, me doy cuenta de lo cerca que he estado de palmarla.

—¿Quieres algo? ¿Aviso a la enfermera y que llame a la doctora?

—No, aguarda un poco... ¿Por qué has dicho, sin conocernos?

—¿No recuerdas una conversación, cuando te operaron? Pudimos hablar unos minutos...

Cierro los ojos, buscando ese recuerdo y llega de inmediato a mi cabeza, esa conversación, lo que sentí en ese momento...

—Laia...

—No, no hace falta que me digas nada... No importa, si no lo recuerdas...

—Cásate conmigo.

—Yo también he pasado por lo mis... ¿Qué acabas de decir?

Eleva sus preciosas cejas negras, sus dos portales negros, me miran fijamente, incluso su *piercing* parece que espera que conteste.

—He estado a punto de morir... no quiero esperar a conocerte, quiero casarme contigo... hoy, ahora...

—Pero Fran, por favor, no me des esos sustos... Venga, vamos a llamar a la doctora y que te reconozca.

Veo que va a salir de la habitación, se para y vuelve hacia mi.

—¿Tú sabes perfectamente lo que acabas de decir?

Asiento con una media sonrisa en el rostro, mirándola fijamente, por Dios... estoy enamorado de esta mujer.

—Pero si apenas me conoces... ¿Cómo vas a querer casarte conmigo?

—Sé que tenemos un vínculo... sé que en este tiempo, no he ido a verte, pero no porque no quisiera, si no por miedo a que me rechazaras. Esto me acaba de demostrar que en cualquier momento, todo se puede acabar... Quiero vivir Laia... y quiero hacerlo contigo.

—Pero Fran... no me lo puedes pedir así, de repente... tras despertarte, tras volver, ¡por poco te pierdo!

Me intento incorporar, ella intenta detenerme, pero alargo la mano para frenarla... tiempo, solo necesito unos minutos, para sentirme seguro de pie.

—Me vas a permitir que no me arrodille. Laia Montes, sé que no tengo mucho que ofrecerte... un piso alquilado, un trabajo peligroso y un perro. Lo que sí puedo prometerte, es que te amaré durante toda mi vida... Porque solo tú me haces respirar.

Se lleva las manos a la boca, tapándola cuando me oye. Sus ojos parecen querer estallar en lágrimas, de repente me abraza, sin recordar que tengo los puntos, pero aguanto... la abrazo yo también.

—Francisco Gutiérrez, nada puedo darte... solo quebraderos de cabeza, una hija adolescente de otro hombre, un piso alquilado y todo mi amor...

—No te imaginas lo que quiero a Amy, congeniamos bien desde el principio... sé que nunca será mía, pero seré lo más cercano a un padre si ella quiere.

En ese momento entra en la habitación la susodicha, llorando. Nos ha estado escuchando la traidora...

—Te dejaré, claro que te dejaré... has hecho de amigo, de padre, de hermano mayor, en los días más difíciles de mi vida... No hay nadie mejor que tú, para hacer feliz a mi madre.

: Se abraza con nosotros y yo, en este instante, siento que ellas son la mejor medicina para recuperarme

Cuando nos separamos, Amy sale corriendo de la habitación, imagino que por la emoción y nos quedamos de nuevo Laia y yo solos.

—Creía que me ibas a rechazar... Que el vínculo no era tal y como yo pensaba.

—Lo es Fran, lo es. Me siento conectada a ti, no me preguntes por qué. Tú me trajiste de vuelta, cuando siquiera mi hija pudo hacerlo... Llegué a tener miedo de ti... pero solo era mi miedo interno, miedo a volver a sufrir... pero se ha ido. Ese miedo ya no está, has derribado la muralla y me has reclamado.

—Laia, te prometo que nada haré para lastimarte... seré un compañero fiel y leal, te apoyaré en todo momento...

Por primera vez y sin esperarlo, siento sus labios sobre los míos. La abrazo contra mí, y cierro los ojos, disfrutando del segundo regalo de mi recién estrenada nueva vida.

Capítulo quince



*Introduce su lengua en mi boca,
mientras que mando a la mía a
la batalla, sus manos me alzan,
y tengo que rodear su cintura
con las piernas...*



Después de otras dos semanas en el hospital y después una más de médicos y mutuas, parece que todo vuelve a la normalidad. Bueno, normalidad... Debido al accidente, no me han renovado el contrato, por lo que me encuentro otra vez en la mayor empresa del país, por suerte soy previsora, y siempre que puedo, aunque me cueste, ahorro un poco.

A Fran le han dado la baja, hasta que se reponga del disparo, muchas veces se despierta a media noche, asustado con las manos en el pecho. La psicóloga dice que es normal, y que poco a poco, volverá a la normalidad. Mientras tanto, poco a poco nos vamos conociendo.

Hoy es el primer día que se va a quedar a dormir en mi casa, la primera vez que lo haremos juntos, estoy nerviosa. Hace muchos años que no duermo con nadie, salvo cuando mi hija era pequeña.

Ana me ha convencido para llevársela a su casa, dice que me quiere dar una sorpresa... miedo me da.

Estoy en la cocina, pensando en qué hacer para cenar, quiero que sea especial, una cena romántica con velas y música lenta.

Tengo todo listo para preparar un *risotto* al curry, espero saber seguir la receta, ya que nunca lo he preparado. Dejo el móvil en la encimera con la canción *de Iron Maiden, Run to the Hills*, mientras suena la batería y los primeros acordes de las guitarras, imito el gesto, mientras me muevo preparando las cosas... no hay nada mejor para quitarte los nervios que creerte *Bruce Dickinson* y cantar usando la cuchara de palo, a modo de micrófono.

Mientras hierve el agua, me preparo una copa de vino tinto, hacía mucho tiempo que no me sentía tan bien, de pronto suena el móvil, jodiendo todo el estribillo.

—¿Dígame?

—Hola cariño, ¿dónde estás?

—Hola Fran, en casa... No me digas que no puedes venir...

—¿Qué? No, no es eso... pero si me abres, a lo mejor puedo entrar, llevo cinco minutos llamando y solo escucho a los *Maiden*.

Dejo de mala manera el móvil en la encimera, el cual casi se cae, y corro hacia la puerta, encontrándome a mi guardia civil con una botella de vino en la mano.

—No sabía que te gustase el metal...

—Lo escucho para soltar estrés... Pasa por favor

Cuando entra, me da un beso en los labios y yo le respondo.

—No hacía falta el vino... Pero te lo agradezco.

—No me gusta ir a los sitios con las manos vacías...

Me guiña un ojo y me suelta otra beso, ahora agarrándome por la cintura...

—No nos podemos entretener mucho, que tengo la olla en el fuego.

—Llevo dos días sin verte, déjame que me desquite.

Introduce su lengua en mi boca, mientras que mando a la mía a la batalla, sus manos me alzan, y tengo que rodear su cintura con las piernas...

—Fran... El agua...

Parece que o se hace el loco o está desesperado, porque no para de besarme y yo tengo que estar igual, ya que no dejo de responderle. Hasta que cojo su lengua y la sujeto con mis dientes... hasta que hace el intento de separarse.

—Joder nena... Un poco más y me la arrancas...

—Tranquilo... que la necesitaré para otras cosas...

El alza las cejas y yo le guiño un ojo, mientras me libero de sus manos y voy a echar el arroz.

Cuando estoy en plena faena cocinera de espaldas a la puerta, siento cómo me rodea la cintura con sus brazos y siento sus labios en el cuello «joder, como si no hubiera otros sitios...»

—Fran... Si tienes intención de que cenemos, no vas por buen camino...

—¿Ah no? Pues qué pena... porque había pensado...

Siento que sus manos se pierden debajo de mi blusa... hoy está juguetón y me está poniendo a mil...

—Ja, ja, ja para que me haces cosquillas...

—¿Vamos a estar los dos solos?

—Si, Amy se queda en casa de Ana ¿Por qué lo preguntas?

Sube más sus manos hasta mis pechos y vuelve a besarme el cuello, pero esta vez, dejando que su lengua recorra mi piel... Yo cierro los ojos, había olvidado esa sensación y ahora que la he recuperado, no voy a perderla... paso mi mano por su cuello, atrayéndole más...

—Creo que hoy no tienes mucha hambre ¿no? Apago el fuego entre risas.

—Hambre si... pero de ti, de tu cuerpo...

Me giro sobre él y ahora soy yo, que de un salto, rodeo su cuello con mis brazos y su cintura con mis piernas...

—Ya... eso lo has dejado muy claro...

Vamos dando tumbos hasta mi habitación, por el camino, nos paramos contra las paredes, no deja de besarme los labios, el cuello, sus manos aprietan mi culo...

—Es la última a la derecha—Consigo decir entre jadeos.

Llegamos hasta la puerta y busco a tientas el picaporte, abro la puerta y entramos. Caemos juntos a la cama y me monto encima de él, quitándome la blusa y el sujetador. Me vuelvo a lanzar sobre sus labios...

—No sabes cómo te deseo Laia...

—Creo que me puedo hacer una idea...

Me hace una llave con las piernas, para que quede debajo de él y se lanza hacia mis pechos... Yo cierro los ojos disfrutando del placer que su boca y sus manos me regalan... Me estremezco cuando sus dientes tiran de mis pezones, cuando sus labios absorben o lo intentan mis pechos...

—Joder cómo me estas poniendo...

Levanta la vista y sonrío orgulloso, mientras comienza a desabrocharme el pantalón, yo alzo las caderas para facilitarle el trabajo, me quita los zapatos y cuando me tiene totalmente desnuda, empieza a chuparme los dedos del pie... Eso hace que me excite aún más, primero un pie, luego otro... después comienza a alzar una pierna y otra, cubriéndolas de besos y caricias... está claro que sabe cómo poner a cien a una mujer. Coloca mis piernas en sus hombros, mientras se quita el pantalón y el bóxer, cierro los ojos pensando que ha llegado el momento y los abro como platos cuando siento su boca en mi vagina. Se me escapa un gemido y mi primera reacción es abrir aún más las piernas... si con eso no hace que me corra después de tanto tiempo, poco le va a faltar.

Recorre cada centímetro de mi interior con su lengua, atrapa mis labios con los suyos y los absorbe, los suelta y los vuelve a coger... uno de sus dedos se cuela dentro de mí, comenzando a masturbarme y no paro de gemir y retorcerme como una gata en celo...

—Fran... como.... Si...gas as..i no voy... a durar...

Parece que eso le pone más, por que tira de mi hacia él y coloca nuevamente mis piernas sobre sus hombros... su boca se abre más y absorbe todo lo que tiene delante... añade una falange más lo que hace que mis gemidos sean más constantes... No puedo dejar que pare ahora, pongo mis manos en su cabeza, atrayéndole más a mí y muevo mi pelvis, Dios... ya está ahí, mi cuerpo comienza a convulsionar, un montón de descargas de placer inundan mi cuerpo mis músculos se tensan, no puedo parar de mover mis caderas... Dios, mi primer orgasmo con un hombre desde hace... y solo lo ha hecho con su boca y sus manos...

FRAN



Siento que tira de mi cuerpo hacia ella, he notado cómo ha llegado al clímax y, joder, lo que he disfrutado haciéndolo me besa los labios y ahora es ella, la que se pone encima. Abre la camisa sin quitar los botones que salen disparados, y se lanza a por mi pecho, su boca recorre mi piel y se para en los pezones y me devuelve los mordiscos...

Se ceba en ellos, mientras sus manos recorren mi torso y bajan hasta mi pelvis, una de ellas acaricia mi sexo y baja hasta los testículos y vuelve a subir nuevamente para dedicarle unas caricias a mi pene, que lleva un buen rato erecto, pero que con el tacto parece que va a estallar. Lo abraza con su mano, mientras me besa, y la mueve lentamente, su lengua mientras combate con la mía, en un duelo a placer.

Cierro los ojos, mientras la abrazo, su boca se separa de la mía y comienza a descender, sin apartar sus labios de mi piel, deposita suaves mordiscos que me hacen retorcerme, hasta que llega a la altura de mi pene. Se coloca a un lado y recorre toda su extensión con sus labios un par de veces, hasta que se lo introduce en la boca.

Yo me abandono, me dejo hacer, mientras que ella sigue dándome ese placer. Primero en un ritmo suave, luego vuelve a abrazar su extensión y mientras continúa en su boca, lo acaricia.

Cojo sus piernas y las atraigo hacia mí, colocando mi boca nuevamente en su vagina y comenzando a devorarla una vez más en un excitante sesenta y nueve.

Cuando se cansa, y yo creo que voy a estallar en su boca, se sienta sobre mí, hundiendo todo mi pene dentro de ella. Espera a que esté totalmente llena de mí y comienza a moverse.

—No creo que pueda durar mucho más, como sigas moviéndote de esa forma...

—Hasta donde llegues, tenemos toda la noche...

Me sonrío, y continua cabalgándome, ahora moviendo las caderas más rápido, lo que me produce mucho más placer. Mis manos le ayudan a subir y a bajar mientras que yo también muevo las mías penetrándola con velocidad.

Me salgo de ella y la tumbo en la cama, me coloco detrás y alzando una de sus piernas la vuelvo a penetrar, mientras que con la otra, busco que vuelva a llegar al clímax acariciando su clítoris.

Nuestros jadeos se juntan a la par, al igual que nuestro sudor y nuestros labios... hasta que por fin sin poder aguantar más, estallo dentro de ella, inundando con mi esencia su interior. Continuo moviéndome, hasta que noto que ella vuelve a llegar a ese punto, donde todo es ebullición y cerramos los ojos, disfrutando de las sensaciones que recorren nuestros cuerpos.

Dejo que se gire y que apoye su cabeza en mi pecho, mientras abrazo su cuerpo, acariciando con las yemas de los dedos su espalda.

—Al final no me has dejado hacer la cena...

—Me apetecía más tu cuerpo...

—Ya lo he notado, uffh hacía mucho que no disfrutaba así.

—¿Hacía mucho tiempo que no...?

Se hace la ofendida o eso quiero pensar y se gira para mirarme.

—Cuando Amy era pequeña, aprovechaba que Ana se la quedaba para salir un poco, pero cuando cumplió los diez dejé de hacerlo. No me sentía cómoda. Hay hombres que al saber que tienes una hija de otro desaparecen sin dejar rastro.

—Disculpa que te haya preguntado. No quería hacerte sentir molesta.

—No, para nada cariño... es algo que considero que debes saber, no me ha molestado. ¿Y

tú? Te he visto muy suelto.

—Yo casi el mismo tiempo... Hace ocho años que no intimaba tanto con una mujer.

Se remueve en la cama y se tumba a mi lado, acariciándome el cabello.

—¿Y eso? ¿No encontrabas a la mujer adecuada?

—La tenía... pero cuando íbamos a dar el siguiente paso, se asustó.

—Vaya, ¿de qué me sonara eso?...

Me vuelve a besar, esta vez dulcemente.

—Voy a abrir la botella que has traído, al menos le daremos uso.

—¿Te importa que fume?

—Aquí dentro no, si quieres ven a la cocina y aprovecho yo también.

—Pues a la cocina se ha dicho.

Nos levantamos y sin preocuparnos por vestirnos, vamos por el vino y a por el vicio.



Abro el cajón para sacar el sacacorchos, mientras que él va a por el tabaco. Abro la botella y sirvo dos copas que tenía apartadas. En ese momento me suena el móvil, miro la pantalla y es mi cuñada.

—Hola Ana. ¿Pasa algo?

—Hola golfi, no, no pasa nada. ¿Está contigo tu prometido?

Un cosquilleo recorre mi cuerpo, todavía se me hace raro oír esa palabra.

—¿Si por qué?

—Pregúntale si tiene planes esta semana.

—¿Ana, que estás pensando?

—Ay, no seas pesada, pregúntaselo.

Tapo el auricular del móvil y abro la boca para que me coloque el cigarro, doy una calada cuando lo enciende y exhalo el humo.

—Me pregunta Ana, si tienes planes esta semana.

—Ninguno, hasta el martes de la semana que viene estoy libre.

Destapo el auricular y se lo hago saber a mi cuñada.

—Bien, pues preparar la maleta que nos vamos a Galicia.

—¿Cómo? ¿Qué golpe te has pegado?

—Golpe ninguno, quiero ir a limpiar un poco la parcela y he pensado en que os podáis venir.

—Espera, que pongo el manos libres y se lo dices tú.

Fran me mira sin entender y yo me encojo de hombros.

—Es Ana.

—Hola cuñado. ¿Cómo andas?

—Hola Ana, bien, bien. A ver dime.

—Le decía a la golfi, que os vengáis esta semana a Galicia, tengo una casa en una isla, y tengo que ir regularmente.

Fran abre los ojos como platos y me mira para ver qué respondo yo.

—Por mí bien... pero si tú no puedes, vamos en otro momento.

—Nos apuntamos Ana. ¿Hay problema porque lleve al perro? No me gustaría dejarle solo ¿Amy también va, no?

Me sorprende que se preocupe de si va mi hija, le planto un beso en los morros que hasta mi cuñada lo escucha.

—Claro... no se va a quedar sola en Madrid... Por cierto, los arrumacos en la cama... Y si, Tass también es bienvenido ja, ja.

—¡Ana!

—¡Qué! Joder, lo he escuchado desde aquí ja, ja, ja

—Ya te vale... Bueno, pues me pongo con la maleta.

Me llevo la copa a los labios y doy un trago, mientras apago el cigarro que no he podido

disfrutar.

—A mí me tendréis que dar tiempo, no sabía que iba a salir de viaje.

—Tranquilo, vosotros a vuestro ritmo y nos vemos allí... Adiós tortolitos.

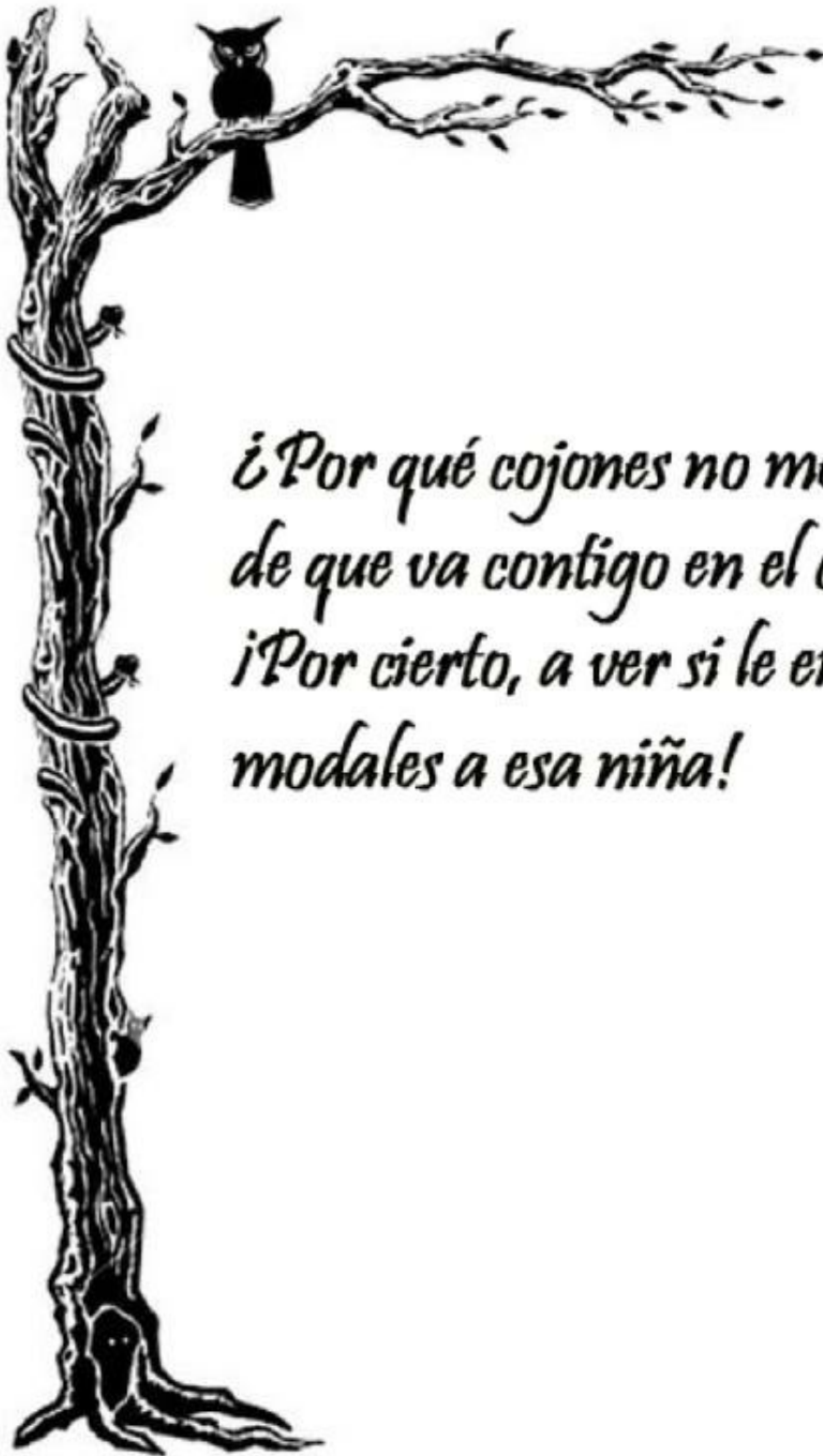
Bloqueo el teléfono y me quedo mirando a mi prometido...

—El primer polvo, el primer viaje... hoy estás sembrado...

—Ya te digo... pero ven aquí, que el soldado se despierta otra vez y quiere más guerra.

Me alza otra vez sobre él y volvemos a la habitación para disfrutar de nuevo de nuestros cuerpos.

Capítulo dieciséis



*¿Por qué cojones no me avisas
de que va contigo en el coche?
¡Por cierto, a ver si le enseñáis
modales a esa niña!*

JUAN

De nuevo me toca volver a España, mis jefes quieren que cierre un contrato en Galicia, como si no hubiera más gente que pudiera hacerlo. Me voy a perder el debut de mi hijo pequeño, odio eso, un padre tendría que estar siempre en los acontecimientos importantes de sus hijos.

El vuelo ha sido tranquilo, por suerte traíamos viento de cola, lo que nos ha hecho ganar un poco de tiempo. Según salgo del aeropuerto, alquilo un coche y voy a la casa que tienen mis padres en la isla. «En cuanto deje las maletas, tengo que ir a Santiago, cerrar el acuerdo, comprar un par de detalles y cambiar una isla por otra, durante dos días. Qué asco»

Intento no pensar en la rabia que le dio a Connor cuando le avisé de que no asistiría; para tener doce años, tiene muy mala leche.

Busco el móvil y llamo a mi hermana, siempre que estoy en el país lo hago.

—Hola hermanita ¿Qué haces?

—¡Ostia, el perdido...! ¿Qué andas, por España?

—¿No puedo llamarte si estoy en Londres?

—No, nunca lo has hecho... así que doy por supuesto que vienes por trabajo.

Se hace un silencio entre los dos, que aprovecho para encenderme un cigarro.

—Tengo que cerrar un contrato en Santiago. Pero primero voy a pasar por la isla a dejar la maleta y darme una ducha.

—No me jodas Juan... Vamos a estar una semana de vacaciones... no creo que sea recomendable que vayas.

—¿Vamos? Qué bien te lo montas hermanita... ¿A qué se dedica?

Oigo cómo habla con alguien, por los ruidos de coches, parece que está en la carretera.

—Yo no uso la casa como picadero chaval. Voy con tú hija, su madre y su pareja.

Otra vez sale mi pasado a relucir. Parece que le divierta recordármelo una y otra vez

—No me jodas Ana... ¿No tienes otro momento para ir? ¿Tiene que ser estos días?

—¿Ahora tengo que mirar tu agenda y pedirte permiso para ir a casa de nuestros padres?

—No es eso... Pero no tengo ganas de verlas. Me fui por una razón, y parece que ahora me las encuentre hasta en la sopa.

—¿Te crees que nosotras queremos algo contigo? Por mi te puedes quedar en esa mierda de isla de dónde vienes?!

Abro los ojos como platos... no tenía ni idea de que fuera la niña en el coche.

—¿Por qué cojones no me avisas de que va contigo en el coche? ¡Por cierto, a ver si le enseñáis modales a esa niña!

—Juan, no tengo por qué darte ninguna explicación de con quién voy... si no fueras tan bocazas... Y sobre lo de los modales... Mejor no te contesto.

Vengaaa otro insulto... hoy parece que es el día de ¡vamos a joder a Juan!.

—Mira Ana, no quiero discutir... Cancela lo que hayas hecho y listo... Necesito tranquilidad y no voy a estar dos días con gente que no quiero ver.

—Joder, pues vete a un hotel no te jode. Yo no tengo por qué cambiar mi vida porque tú seas un...

—¿Qué soy? Venga dilo, qué más da...

—Mira Juan, te quiero mucho... lo sabes, pero no voy a cambiar mi vida por ti, cuando llegues ya hablaremos y si no vienes, pues que te vaya bien...

Oigo como me cuelga y yo ya estoy jodido para los dos días. No me apetece ir a un hotel, además tenía pensado ir a visitar a unos amigos. Solo de pensar que voy a tener que ver a la madre y a la hija, me da ardor de estómago.

ANA



Cuelgo a mi hermano y estoy un par de minutos en silencio, mirando a la carretera, mientras que mi chica se revuelve en su asiento.

—Amy, sé que estás enfadada con mi hermano, pero la próxima vez que interrumpas una conversación con él, la vamos a tener. Ha hecho las cosas mal, pero es pasado. El no quiere nada con vosotras, ni vosotras con él. Se acabó.

—Lo siento tía, pero es que me saca de mis casillas

—Comprendo lo que sientes, pero no tienes doce años, ya eres una mujer y debes saber guardar tu ira y usarla cuando la necesites.

Suspiro, lo que se suponía que iban a ser unos días tranquilos, acaban de convertirse en una marejada.

—Por cierto tía, pensaba que llamarías a Jacobo...

Miro a mi sobrina elevando una ceja y vuelvo a poner la vista en el asfalto.

—¿Por qué pensabas eso? ¿Ya se ha ido otra vez tu madre de la lengua?

—En realidad ella no me ha dicho nada, pero observé cómo os mirabais y puedo tener solo dieciocho años, pero no soy tonta.

—No he vuelto a saber de él, desde que Fran estuvo en el hospital. Discutimos y creo que hasta ahí llegó la cosa.

—Pues vaya... ¿No hay arreglo? Parece un buen tío, y estaría genial tener a Fran y Jacobo con nosotras. ¿No crees?

No contesto a su pregunta. Más de una vez he estado a punto de llamarle, pero mi orgullo me

lo ha impedido.

—¿Por qué no le llamas? Quizá esté esperando eso. Que le llames, mira lo que pasó entre mamá y Fran. Ninguno de los dos se atrevía y míralos ahora.

—¿Pues sabes? Por una vez voy hacerte caso... Paremos en la próxima estación de servicio y mientras compras algo de comer, aprovecho.

Dicho y hecho, tomo la primera salida y paro en un área de servicio, aprovecho a llenar el depósito y mientras Amy entra en la tienda, yo llamo a Jacobo.

—¿Dígame?

Vaya, parece que le he despertado...

—Hola Jacobo, soy Ana.

—Hola Ana. ¿Cómo estás?

Cierro los ojos al oír su voz, tengo que apoyarme en el coche, parece mentira que aún recién despertado, haga que mi cuerpo reaccione calentándose.

—Pues espero que sea bueno el sueño... Supongo que te preguntarás porque te llamo.

—Era muy bueno... Pues sí, dime.

Muerdo mi labio inferior al escucharle... ¿Por qué me está excitando tanto su voz? Cruzo mis piernas, intentando que pase esa sensación.

—Vamos a pasar unos días a Galicia, a la casa de mis padres... Me gustaría que vinieses y de paso podíamos hablar...

—¿A Galicia? Me va a resultar complicado pero... ¿Lo crees conveniente?

Mi mente evoca la noche de sexo que tuve con él, su olor, sus caricias... Abro la puerta y me siento en el asiento, compruebo que Amy siga en la tienda y comienzo a acariciar mi bajo vientre.

—Si no quisiera... no te llamaría.

Espero que no se dé cuenta de lo que le necesito... Mis mejillas están ardiendo, así como todo mi cuerpo.

—Dame las señas, no te puedo asegurar que vaya...

— Ahora te pongo un WhatsApp con la dirección.

Me obligo a dejar de masturbarme, en cualquier momento puede aparecer mi sobrina...

—Perfecto, un beso...

Cuelgo el móvil y lo dejo en el salpicadero, nunca antes me había excitado tanto por teléfono... Cierro los ojos recordando, hasta que siento cómo se abre la puerta, espero que la niña no se dé cuenta.

—Ya está, he comprado algo de comer y he pagado la gasolina.

—Gracias Cariño...

Siento cómo no me quita la vista de encima... y eso hace que me acalore aún más.

—¿Te encuentras bien tía?

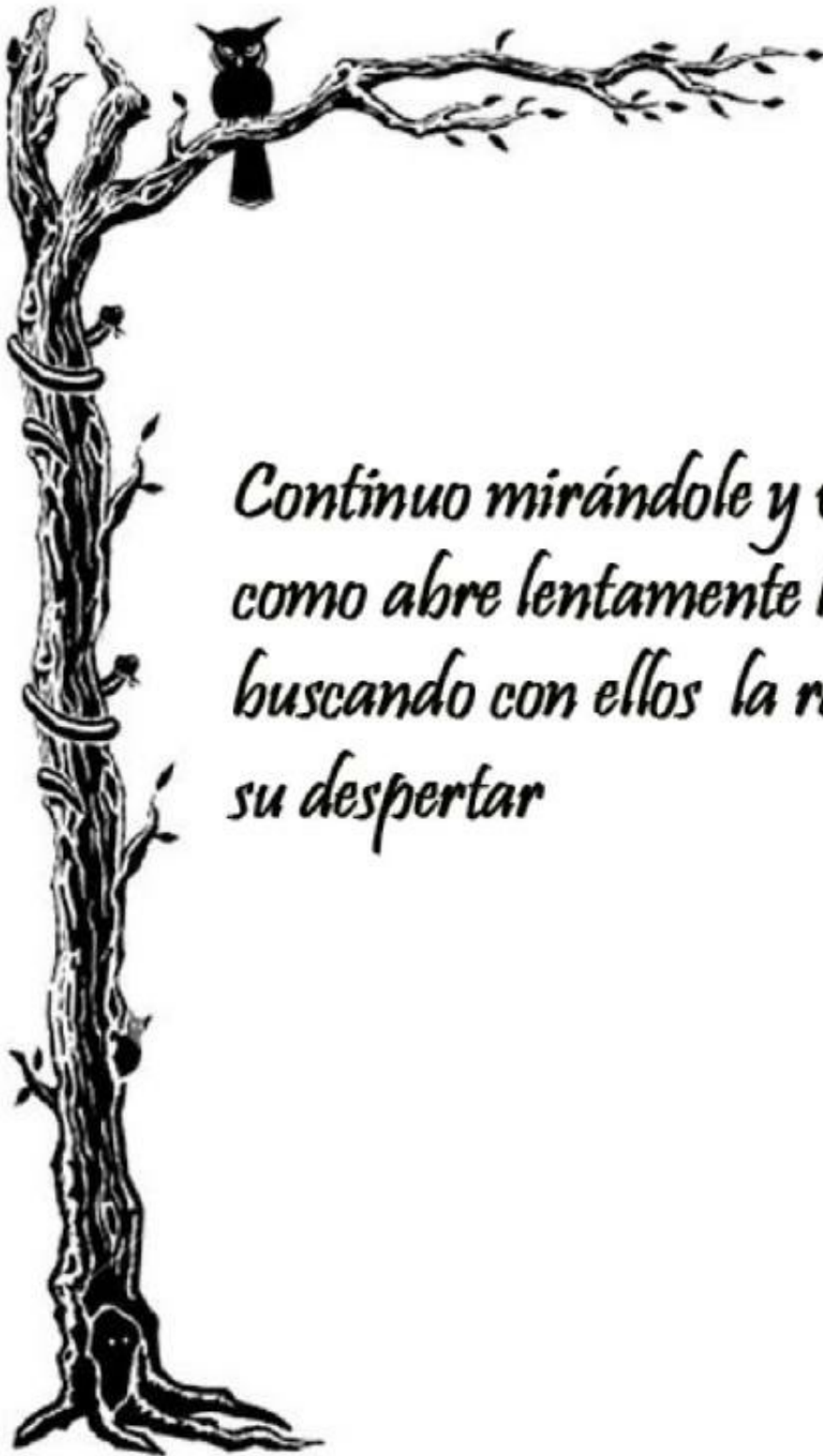
—Si cielo... es el calor, creo que voy a refrescarme...

Arranco el coche, para liberar el surtidor y lo aparco al lado de los servicios. Abro el maletero y saco disimuladamente una braguita y un par de toallitas. Me siento encharcada...

—Ahora vengo.

Me guardo las cosas en los bolsillos y entro en el lavabo, menos mal que está limpio... cierro la puerta y comienzo a limpiarme, siento mi piel ardiendo, estoy algo confundida y enfadada, no pensaba que mi cuerpo reaccionaría así al escucharle.

Capítulo diecisiete



*Continuo mirándole y veo
como abre lentamente los ojos,
buscando con ellos la razón de
su despertar*



Abro los ojos despacio, tengo la cabeza apoyada en su pecho. Oigo su corazón, como late despacio, el olor de su piel se introduce dentro de mí, y eso hace que cierre de nuevo los ojos y me abrace a su cuerpo.

Me quedaría todo el día abrazada a él, pero tenemos que irnos. Aún así ni mi mente, ni mi cuerpo, desean salir de la cama.

Recuerdo la noche anterior, sus caricias, sus besos, sus penetraciones, Dios... parece que las esté sintiendo ahora mismo. Mi vulva empieza a palpar y un calor recorre todas las partes de mi cuerpo.

Me separo de él y me quedo observando cómo duerme, está tranquilo. Doy un repaso con mis ojos a su cuerpo desnudo, retiro un poco la sábana y sonrío al comprobar que su pene está descansando igual, de inmediato me entran ganas de despertar a los dos, de sentirle de nuevo, pese a que siento unas agujetas en mi parte íntima.

Mi boca comienza a reptar por su cuerpo, descendiendo lentamente por su piel, me paro antes de llegar a su sexo y le miro, aún sigue dormido... me pregunto cómo será que te despierten haciéndote cosas, sonrío picara y paso la mano por encima del prepucio, ayer no me di cuenta de que está operado de fimosis.

Paso un dedo por la carne y enseguida veo cómo despierta poco a poco, retiro el dedo y me lo llevo a mi boca, saboreándolo. Bajo hasta sus piernas y me coloco frente a ese armamento que me tiene loca. Acerco mis labios a él y comienzo a besarlo, con pequeños roces, parece que eso le

gusta más, ya que se despierta mucho más rápido. Fran se retuerce, pero sin llegar a despertarse. Saco la lengua y lamo el prepucio, hasta que queda brillante, acaricio su piel hasta agarrarlo con una mano y comienzo a masturbarle.

Enseguida noto cómo se va calentando entre mis manos. Bajo mi boca hacia él y me lo introduzco, primero despacio, solo la cabeza, trazo círculos con mi lengua, acariciándolo, después dejo que poco a poco, entre toda ella, bajando mi cabeza hasta que mi nariz toca su pubis. Retrocedo lentamente y lo vuelvo a agarrar con la mano, le miro y continúo con los ojos cerrados, pero instintivamente ha separado las piernas.

Comienzo a aumentar un poco el ritmo, apartando a la vez mi pelo, que se empeña en participar. Mi mano ahora baja a los testículos, acariciándolos suavemente mientras sigo con mi propósito de despertarle.

Oigo unos gruñidos que salen de su boca y eso hace que todo mi cuerpo se excite aún más, retiro mi boca y le masturbo rápido con la mano.

Continúo mirándole y veo cómo abre lentamente los ojos, buscando con ellos la razón de su despertar, cuando me ve alza una ceja, yo sonrío y suelto su pene para reptar lentamente sobre él, haciendo que mi cuerpo roce intencionadamente el suyo, paro cuando llego a sus labios y le beso con cariño...

—Vaya. ¿Te he despertado?

—Si tus buenos días son así, puedes hacerlo siempre que quieras.

Suelto una risita y le vuelvo a besar, él baja sus manos a mi culo y hace que me siente sobre él, penetrándome sin aviso, pero mi vagina ya húmeda estaba preparada para recibirlo.

Cierro los ojos y me reclino hacia atrás, quedándome recta sobre él, sintiendo cómo entra dentro de mí, aguanto el dolor de las agujetas y comienzo a moverme, hacia arriba y dejando que, lentamente, mi cuerpo baje de nuevo. Se hace dueño y señor de mis pechos, masajeándolos, estirando de mis ya duros pezones.

—Con lo modosita que parecías...

—Mira tú... Hay muchas cosas de mí que desconoces... —Alego pícara.

—Pues si son todas así, estoy deseando hacerlo.

Sonrí y aumento el ritmo, sujetándome con mis manos a su torso. Solo el roce de sus manos en mi piel hace que me estremezca. Lo que me he perdido en tantos años...

—Joder Laia... Me encanta tu cuerpo, parece hecho a mi medida...

—Calla y déjame disfrutar...

—Ahora por mandar que me calle, te vas a enterar...

Hace que me gire y quede debajo de él. Me separa las piernas y las alza, haciendo una uve con ellas, y comienza a embestirme como si no hubiera un mañana. No puedo resistir y comienzo a gemir como una gata en celo, necesito sacar esas sensaciones de alguna manera...

—¿Te gusta mi amor?

—No pares... ni se te ocurra parar.

Alza mis caderas con sus manos, apoya mis piernas sobre sus hombros, y sus manos me acarician las nalgas, mientras no para de entrar en mí. Me entrego a ese placer sin dudarlo, cierro los ojos, disfrutando, pero los abro de golpe cuando siento uno de sus dedos rodeando mi ano.

—Diossssss

Sigue moviéndolo en círculos sin hacer ninguna otra cosa, tiene sus ojos clavados en mí, como si quisiera aprenderse de memoria mis gestos, mis reacciones. Yo no hago más que retorcerme en la cama, me tiene a punto del orgasmo y creo que lo sabe.

—¿Quieres más, cosita?

—Soy tuya... haz lo que quieras... haz que me corra.

Aumenta más si cabe las penetraciones, si es que era posible hacerlo, y presiona el dedo contra la entrada de mi culo, eso hace que me tense, pero con suaves caricias logra que poco a poco, se hunda dentro de él.

Dejo escapar un grito de sorpresa y dolor, que enseguida se transforma en un placer nunca antes descubierto, me tiene llena y sin poder aguantar más comienzo a correrme como nunca lo he hecho. No paro de gemir, de retorcerme, mientras que mi amante se afana en darme todo el placer que pueda recibir... El cabrón sabe cómo hacerlo...

Al poco rato siento cómo él también estalla dentro de mí... siento su esencia recorrer mi interior, el calor que transporta... mi cuerpo no me responde, solo siento impulsos que hacen que todos los músculos del cuerpo se estremezcan.

Cae sobre mí derrotado, cansado, relajado, así como yo, siento que las agujetas empeoran, pero me da igual... he descubierto un placer nuevo y acabo de tener un orgasmo como nunca lo he tenido.

Cierro los ojos, mientras me acaricia el clítoris.

—Joder Fran, que me acabo de correr...

—Y lo vas a repetir otra vez, antes de darnos una ducha.

Separo las piernas y me dejo hacer... es increíble lo que sus manos por sí solas me hacen sentir, no tardo nada en volver a experimentar otro orgasmo.

Después de recuperar fuerzas, consigo llegar al baño y darme una ducha, mientras Fran prepara el desayuno. Una vez que se duche y prepare la maleta, iremos a su casa a por la suya.

Salgo de la ducha renovada, con algunas fuerzas más, pero dispuesta a enfrentarme a la carretera. Con mi guardia civil a mi lado, sé que no tendré ningún problema.

Desayunamos entre risas y mientras él hace uso ahora de la ducha, yo preparo las cosas que me llevaré. No recuerdo la última vez que disfruté yendo a esa casa.

FRAN



Después de disfrutar y hacer llegar a Laia hasta lo más alto, preparo el desayuno, un par de tostadas con pan y mantequilla, un buen café y un par de zumos de naranja. Mientras lo voy ordenando en la mesa hago una lista de lo que me voy a llevar, tengo que sacar antes a Tass y que se desfogue un poco corriendo. Subir el trasportín y guardar sus papeles.

Cuando me doy la vuelta para llevar los zumos, me la encuentro apoyada en el marco de la puerta de la cocina, toda ella derrocha sensualidad, pese a que lleve solo dos toallas, una en el cuerpo y la otra en la cabeza. Aún así, esa cara de sesenta por ciento Ángel y cuarenta demonio me tiene enamorado.

—¿Ya estás limpita?

—Limpita y con energías.

Cuando ríe todo mi cuerpo se pone a mil, me encanta su tono de voz, su risa, tiene una gracia que me hace enloquecer.

—Pues ahora a desayunar, que necesitamos reponer fuerzas.

—¿Sabes que te va a tocar conducir a ti verdad? Aún no estoy preparada.

—Contaba con ello, no te preocupes, si me canso, nos paramos en mitad de la nada y...

Veo como alza una ceja, y yo no puedo contener mi risa. Me encantan sus muecas.

—Y descansar hija, descansar... menuda mente sucia tienes...

—Ya... me dan miedo tus descansos.

Terminamos de desayunar y me meto en la ducha, mientras ella prepara su maleta. Nunca he estado en Galicia, por lo que espero que ella me guíe.

Ya una vez listos, nos vamos a mi casa, hago la maleta, preparo los papeles y el trasportín de Tass y ponemos rumbo a la isla. Nuestro primer viaje como pareja.

Cuando bajamos al coche, veo que le cuesta un poco tranquilizarse, le cojo de la mano y se la beso con cariño.

—Tranquila... no va a pasar nada.

Me sonrío y asiente, mientras doy marcha atrás, para salir del aparcamiento, ella busca en su bolso y conecta un *pendrive* en la radio, tras unos segundos comienza a sonar *Two Princess* de *Spin Doctors*

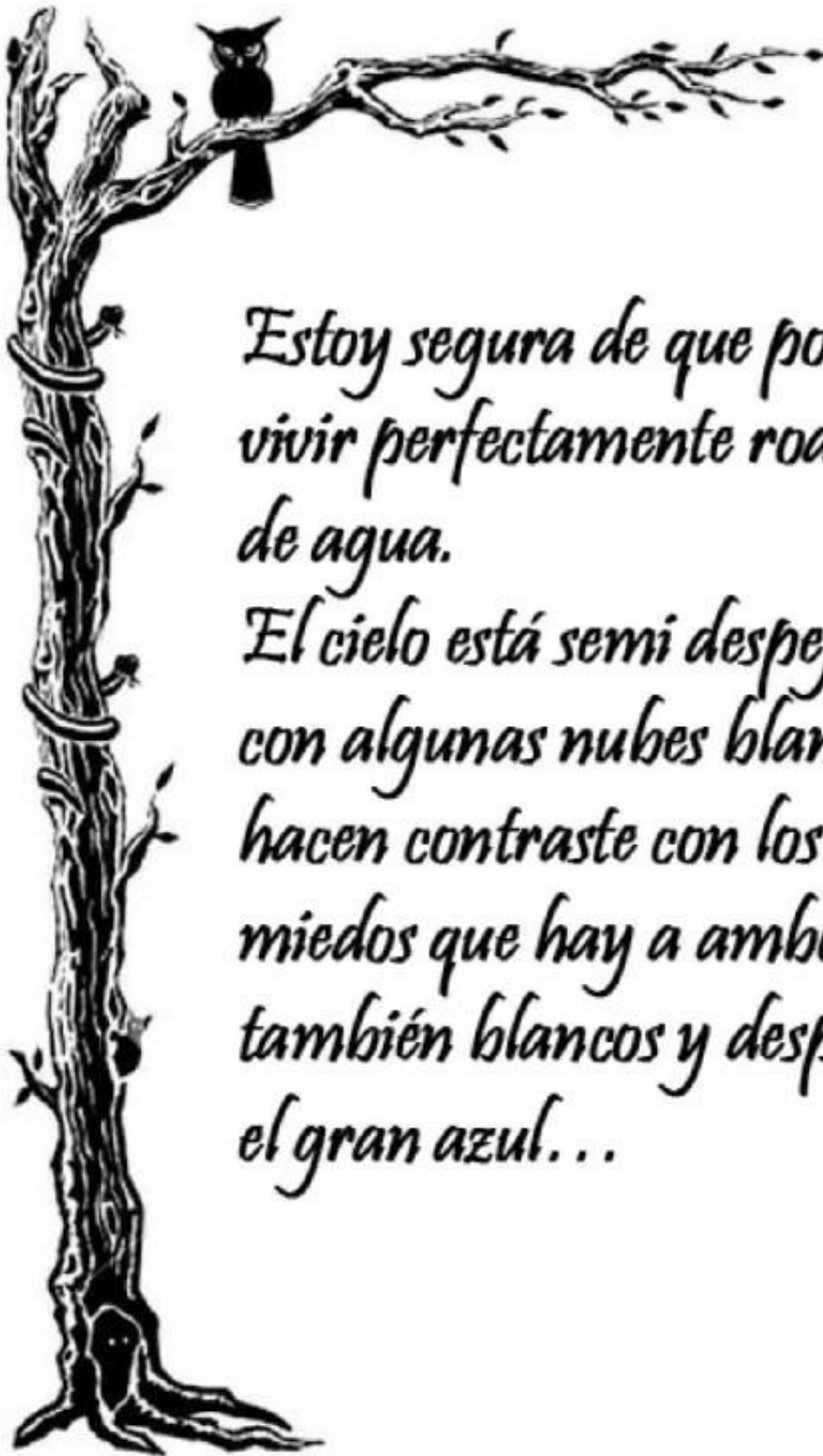
—Vaya, te hacía más metalera...

—Esta recopilación me la regaló una amiga de Sevilla. Ya te hablaré de ella.

—Y si hay que ir a verla, que no quede...

Ponemos ahora sí, dirección a la A6, por suerte al menos al principio no hay tráfico.

Capítulo dieciocho



*Estoy segura de que podría
vivir perfectamente rodeada
de agua.*

*El cielo está semi despejado,
con algunas nubes blancas que
hacen contraste con los quita
miedos que hay a ambos lados,
también blancos y después
el gran azul...*

KATY



Llegamos al mediodía a Villanueva de Arosa, siempre que venimos paramos en el Eroski, para no tener que volver después y llevar la compra. Mientras mi tía se afana en que no falte de nada yo llamo a mi madre.

—Hola mami. ¿Por dónde venís?

—Hola cariño, estamos en Zamora, hemos parado para saludar a tu tocaya y de paso a estirar las piernas.

—Ah, dale un beso de mi parte y saluda a los peques también.

—¿Y vosotras? ¿Habéis llegado ya?

Cojo una caja de cereales y la meto en el carro que lleva ya mi tía hasta los topes, no sé para qué necesita tanto.

—Estamos comprando en el Eroski, ya sabes que a la tía le gusta poco mover luego el coche. Por cierto mamá, tenemos un problema.

—¿Qué pasa Amy? ¿Te ha pasado algo?

—Ay no, no empieces a inventarte cosas... no ha pasado nada. Lo único que al parecer, el hermano de la tía va a estar en la casa.

Puedo ver la reacción de su cara, la conozco perfectamente, cuando no habla y suelta un suspiro, es que se está tragando las palabras.

—Hija, es la casa de sus padres, nosotras vamos como invitadas.

—Ya mamá, lo sé, pero no quiero ni verle... no es justo, que para una vez que salimos todos... nos lo estropee.

—Amy, no ofende el que quiere, si no el que puede. Nosotras vamos a descansar... el irá por su camino y nosotras por el nuestro.

—Bueno, solo quería avisarte, por si llegabas y le veías. Tened cuidado.

Tras colgar a mi madre, vuelvo con mi tía, que ya me está esperando en la línea de cajas.

—¿Ya has hablado con tu madre?

—Si, no quería que se llevase una sorpresa.

—A veces me hacéis preguntarme quien es la madre y quien la hija.

Alzo una ceja mirándola y me encojo de hombros sonriendo.

—He tenido buenas maestras para madurar rápido.

—Ah, sí, claro

Cuando paga la compra salimos y lo metemos todo en el coche, por suerte, tiene un maletero amplio, y cruzamos el puente, cada vez que paso por el, soy incapaz de retirar la vista del Océano. Estoy segura de que podría vivir perfectamente rodeada de agua. El cielo está semi despejado, con algunas nubes blancas que hacen contraste con los quita miedos que hay a ambos lados, también blancos y después el gran azul...

Después de cruzarlo, pasamos dos rotondas y cogemos la carretera para llegar a la urbanización, me encanta esta isla, es pequeña, pero no tiene nada que envidiar a Mallorca o Ibiza, salvo por la fiesta, que en mi caso, prefiero que se quede donde está.

Cuando llegamos al chalet, que está situado en Con do Forno, veo que hay un Mercedes cabrío descapotable en la puerta miro a mi tía y se encoge de hombros, dándome a entender, que ella no puede hacer nada y es cierto, tiene tanto derecho como ella en venir, ¿pero tenía que ser precisamente estos días?

Cuando entramos doy gracias a Dios porque no está en casa, subo a la plata de arriba y

suspiro al comprobar que no ha ocupado “mi habitación”. Me encanta porque las vistas dan a un pequeño bosque y entre los árboles, puedo ver el océano. Eso me da tranquilidad para poder dormir por las noches, escuchar las ramas al menos, ya que hasta aquí no llega el ruido del océano.

Después de dejar las maletas, bajamos a la playa a ver a unos amigos de mi tía, es una parada obligada, si es en verano bajamos a “O do Perilluco” un chiringuito en la playa, o a su casa si es en invierno. Por suerte en esta época suele tener bastante clientela, ya que su reclamo principal es una paella que él hace, la “peri paella”, preparada con Navajas que consigue buceando a apnea, mejillones, calamares, todo producto de la isla, menos los langostinos. También tiene dos hijos a los que solía hacer de nana cuando eran más pequeños. La verdad que tanto él como su familia son una joya.

Mientras que estamos comiendo y contándonos anécdotas llega mi madre con Fran, imagino que habrán pasado por casa y al no ver el coche, habrá imaginado dónde estábamos. Cuando se acerca me lanzo a saludarla, sé que no le gusta venir a esta casa, pero el hecho de que esté y que haya traído a Fran con ella, es un paso muy grande.

—Hola mami. ¿Qué tal mi tocaya y los niños?

Le doy dos besos y me encaramo a Fran haciendo lo mismo con él.

—Bien, te manda recuerdos y muchos besos.

—¿Y el viaje? ¿Algún problema?

Veo que niega y que coge de la mano a su protector.

—Ha conducido él, aún necesito algo de tiempo.

Mi tía se acerca, después de despedirse de sus amigos y abraza fuerte a mi madre.

—Me alegro que hayas venido. Siento mucho que tengas que ver a mi hermano... Me ha llamado y...

Mi madre le pone un dedo en la boca para silenciarla, mientras Fran, sabedor que eso no va con él, me invita a tomar algo en la barra. Me encanta este hombre.

ANA



Me abrazo fuerte a mi chica luchadora y le doy dos besos.

—Me alegro que hayas venido. Siento que tengas que ver a mi hermano, me llamó viniendo y no pude hacer nada.

Veo que sonrío y alza la mano de un modo pasota para ser ella.

—No te preocupes... Han pasado dieciocho años, además estoy al lado del mejor hombre que he conocido en mi vida.

Sonrío de medio lado, al escucharla, yo creí también haber encontrado eso en Jacobo, pero su forma de mirarme, como si le diera repulsión, sus palabras, que aunque no lo dijeran textualmente me tacharon de puta, dieron al traste con esa opción, al menos de momento.

Parece que haya notado mi estado de ánimo, porque me vuelve a abrazar y me habla al oído.

—No sé si te has peleado con Jacobo, pero cariño, merecemos ser felices, lucha por él.

Sonrió de medio lado mirando a los ojos de mi cuñada.

—No sé si habrá arreglo, le he invitado a venir, pero no sé si lo hará...

—¿Pero qué os ha pasado? Parecía buen tío

—Apareció Ramón y cuando le vio, me dedico ciertas tristes palabras que no quiero repetir.

Me abraza como solo ella sabe, cierro los ojos y me dejo acunar como si fuera una niña pequeña, porque yo también necesito apoyo, aunque nunca lo demande.

—Ya verás cómo se arre...

Levanto una ceja y me separo de ella, se ha quedado muda y cuando la miro, está blanca como el yeso. Miro hacia donde lo hace ella y veo a Juan parado, mirándola. «Joder, ¿y tiene que ser ahora?»

Noto que mi cuñada se tensa y yo no sé qué hacer, si saludar a mi hermano, o quedarme con mi cuñada. En ese momento vuelven Amy y Fran y mi niña, al ver a su madre en ese estado, busca su mirada con la suya, en cuanto lo ve se tensa igual.

—¿Pero qué coño? ¿Es que no hay isla en la que se pueda perder sin molestarnos?

En ese momento, como si hubiera hecho un clic, Laia parece despertar y reprende a su hija, cosa que en el fondo le agradezco, porque a fin de cuentas él es mi hermano.

—¡Amelia! Haz el favor de comportarte, estamos en la calle, puede caminar por donde quiera.

—¡Pero no es justo!—Protesta su hija, como anteriormente hizo en el coche.

—Pues tienes dos opciones, o sabes comportarte o te vas a casa.

Miro a Fran que se mantiene callado, detrás de Laia y de Amy, le agradezco a él también que no se meta, ya que tampoco es asunto suyo que digamos.

—Va chicas, tengamos el día en paz. Amy, te guste o no es mi hermano, y tiene el mismo derecho que tú, a ir donde le plazca, recuerda lo que te he dicho en el coche.

Le hablo con cariño, pero también algo dolida. Dolida por que está hablando si, de un hombre que las abandono... pero leche, ese hombre es mi hermano... ¿qué se supone que debo hacer? ¿Ignorarlo?

Voy a avanzar hacia él y una mano me sujeta el brazo, miro para atrás y veo a Laia, mirándome.

—Deja que vaya yo... Creo que después de dieciocho años, tenemos algunas cosas pendientes.

Asiento y me pongo al lado de mi niña, alzo una ceja al ver que está abrazada a Fran, como si ese hombre llevase toda la vida presente, como si le inspirase todo lo que mi hermano tuvo que darle. Cierro los ojos y doy gracias por que haya aparecido en nuestras vidas.

JUAN

Después de haber dejado el coche y las maletas en la casa, bajo andando a ver a mis amigos. La isla no es que sea pequeña, pero necesito desconectar de tanto coche y tanta mierda. Solo espero no cruzarme con ellas.

Unas horas más tarde, dejo a mis amigos en su casa y me dirijo al chiringuito que solemos frecuentar siempre que venimos, ni pienso en ese momento que me las puedo encontrar allí. Craso error, cuando estoy llegando a él, me paro en la acera con mi vista puesta en la espalda de mi hermana, vaya donde vaya, esa melena azabache es inconfundible, en cuanto reconozco a Laia me quedo helado.

Algunas veces, sobre todo los primeros años, me preguntaba cómo estaría, en qué mujer se habría convertido, pero mis pensamientos se quedaban cortos al verla ahora. Está preciosa. Lejos ha quedado esa chavala de diecisiete años, que me perseguía o, más bien, nos perseguíamos el uno al otro, con el rostro de niña y cuerpo de adolescente. Ahora toda ella es una mujer, de los pies a la cabeza. ¡Mierda! Me ha reconocido, veo cómo se ha puesto pálida y aunque nos separa cierta distancia, puedo notar cómo su cuerpo se tensa.

A los pocos minutos veo salir a su hija, junto a un maromo de casi dos metros, mucho mayor que ella, por lo que deduzco que es la pareja de Laia, bien por ella, pero inmediatamente me entran ganas de abofetear a la niña por sus palabras, menos mal que su madre, madura ya, le frena.

Un sudor frío recorre mi espalda cuando la veo acercarse... Es el mismo sudor que sentía

cuando de jóvenes me la presentó mi hermana. ¿Cómo es posible que después de casi veinte años, siga sintiendo lo mismo?

Se para delante de mí y la miro a los ojos. No, ya no es esa niña, sus ojos que deberían estar llenos de odio, irradian... ¿Indiferencia? ¿Complacencia? No sé definirlo exactamente.

—Hola Juan, cuánto tiempo.

—Hola Laia. Un poco sí. ¿Cómo estás?

Su voz hace que una descarga me sacuda el cuerpo de arriba abajo, ¿por qué? Vale, sigue teniendo esa voz que me volvió loco en su momento, sexy, cariñosa... pero joder...

—Bien, pasando unos días en familia, para desconectar un poco.

—Ya veo, me alegro que te hayas recuperado tan rápido.

—He tenido mucha suerte y buena terapia, aunque no fue fácil. Te pido disculpas por el numerito que te montó Amy, ella digamos que no te ha perdonado.

—Tranquila, me lo merezco, no tengo ningún derecho a decirle nada.

No entiendo su comportamiento, lo normal es que me pusiera de hijo de puta para arriba y sin embargo ahí está, aquí estamos, como dos amigos que se reencuentran después de tantos años.

—¿Quieres tomar algo?

No sé porque se lo pregunto, pero ahora que mi lengua es más rápida que mi cabeza, no puedo echarme atrás.

—Me están esperando como ves, pero imagino que tendremos tiempo de vernos en la casa. Me ha dicho Ana que vas a estar unos días.

—Si bueno, he venido por trabajo, pero si va a ser incomodo, busco un hotel, no pasa nada.

¿Cómo? ¿Qué? ¿Qué cojones estoy haciendo? Dios esta mujer hace que diga cosas sin apenas pensarlas.

—No es necesario que hagas eso, hablaré con Amy y te aseguro que no dará problemas, seríamos nosotras, las que deberíamos coger un hotel, tú vas a casa de tus padres.

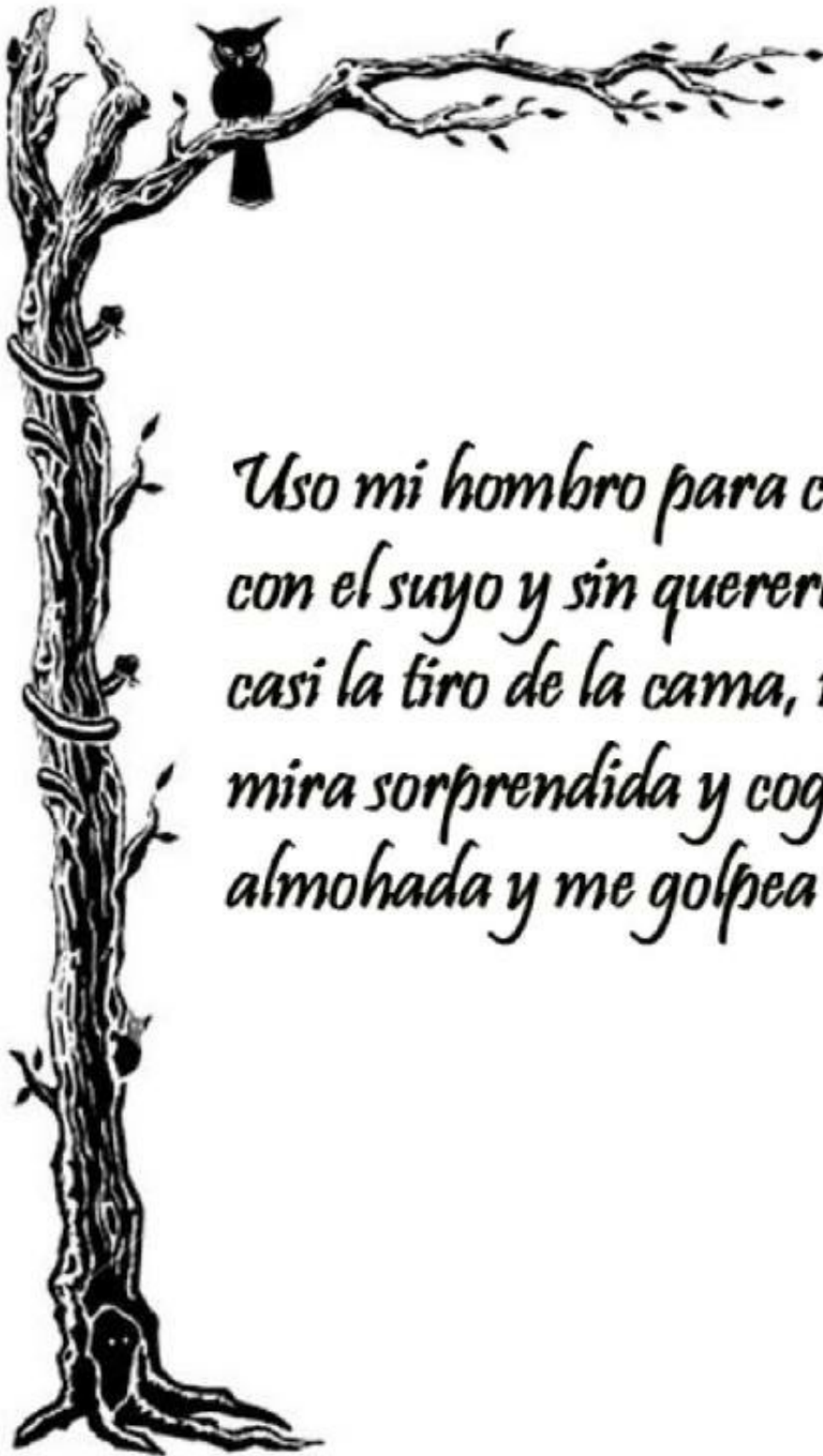
Se acerca y se despide con dos besos, no dos besos fríos por obligación, no. Son dos besos distintos... ¡Dios! Tengo que apartarme de ella cuanto antes.

—Bueno, voy a saludar al chico del bar y me voy, ya nos veremos Laia.

Me fuerzo por no mirarla a los ojos, y paso delante de mi hermana a la que saludo con dos besos y sigo adelante.

En mi no hay ningún atisbo de arrepentimiento por lo que hice, tengo una mujer y unos hijos a los que adoro, ¿entonces? ¿Porque me siento así?

Capítulo diecinueve



*Uso mi hombro para chocar
con el suyo y sin quererlo,
casi la tiro de la cama, me
mira sorprendida y coge una
almohada y me golpea con ella.*



Después de sorprenderme a mí misma por cómo ha ido la conversación con Juan, me giro y le veo marchar, después me dirijo con mi familia, veo que Fran tiene abrazada a Amy y me produce un sentimiento de ternura, me deja claro cada día que los veo juntos, que jamás hará nada para lastimarla y se lo agradezco enormemente.

Cuando llego a ellos, Amy me exige explicaciones de por qué no le he montado un pollo, sin duda está enfadada, la comprendo, pero han pasado muchos años, cada uno ha rehecho su vida y es hora de que ella deje el pasado atrás.

—Mi amor, es hora de que pases página, yo ya lo he hecho, te guste o no, él será tu padre siempre, y quién sabe, quizá algún día necesites conocerle.

—¿Conocerle? ¡Jamás! Él nunca se ha preocupado por nosotras. ¿Por qué debería yo preocuparme por él?

—Porque todos cometemos errores, los asumimos y tiramos adelante con ellos, pero si los dejas mucho tiempo, se enquistan y se vuelve odio, ese mismo que ahora sientes por tu padre.

Miro a Francisco que ha sido quien ha hablado y no puedo más que abrazarle y darle un beso rápido en los labios y las gracias con mis ojos.

—Pero Fran, ¡que nos abandono! Que no quiso saber nada de nosotras.

—Lo sé Amy, sé lo que es crecer sin un padre, yo al mío no le conocí, o si lo hice no me acuerdo, también se fue, pero no le guardo rencor. Quizá durante un tiempo sí, pero luego me di cuenta de que si hubiera podido conocerle, lo hubiera hecho. Tenía tantas preguntas que hacerle...

—Pues yo no tengo ninguna, y no me preocupa lo que le pase.

Veo que Ana niega con la cabeza, está claro que aunque le moleste, ha salido a su padre, me abrazo a mi cuñada y juntos volvemos a casa, estoy segura que algún día le buscará, aunque sea para recriminarle que la haya dejado sin él, espero que en ese momento, Juan sepa estar a la altura y hacerse querer, al fin y al cabo, es su padre, y yo perdí a los míos, no quiero que siga sin tener contacto con él.

Llegamos a casa un poco más calmados y mientras que Fran y Amy se quedan en el porche hablando y jugando con Tass, Ana y yo vamos haciendo las camas.

—Gracias Laia, por no haber montado un espectáculo, la verdad, no sabía a qué atenerme, estaba entre la espada y la pared.

—Te entiendo, no creas que no siento ganas de decirle cuatro cosas, pero tras el accidente, me he dado cuenta que vivir odiando es una tontería.

—Me alegro de que lo veas así. Pero, ¿y tus padres?

Mis padres... hace dieciocho años que no hablo con ellos... Tanto necesito hablar con ellos, como seguir como hasta ahora, tengo que pensar qué hacer.

—Quizá cuando volvamos a Madrid les llame. No creas que no necesito saber de ellos, pero creo que Fran tiene razón, no es bueno vivir odiando.

—Bueno va, que hemos venido a divertirnos, no ha pensar en el pasado. Me alegro que Fran se lleve bien con nuestra niña. Desde el primer momento pareció que congeniaron.

Sonrí y asiento mas hinchada que un pez globo.

—Es cierto, hay cosas que nunca sabré cómo fueron, por más que me lo contéis, pero lo que estoy descubriendo día a día de él, me tiene enamorada.

—No sabes cuánto me alegra oír eso Laia. Llegué a pensar que acabarías siendo una solterona, por no arriesgarte y has tenido que tener un accidente para encontrar al hombre ideal.

—En cierto modo así fue, pero dejemos de hablar de Fran. ¿Tú como estas?

Terminamos de hacer la cama donde dormiremos Fran y yo y la invito a sentarse a los pies.

—No lo sé. Creo que estoy pillada por él, antes de que llegase el subnormal de Ramón, todo iba como la seda... me sentía en una nube, me hacía reír, me sedujo como nunca lo había hecho un hombre, pero después...

—Todos nos podemos equivocar Ana. Estamos de acuerdo que no fue la mejor manera de reaccionar, pero si sedujera a Fran y de repente apareciera otra mujer y me enterara que se lo tira, no sé cómo reaccionaría.

—En eso tienes razón, pese a que me cueste reconocerlo. Imagino que si no viene...

—Si no viene, cuando volvamos a Madrid, lo arreglamos. Ese hombre está colgado de ti. Te lo digo yo.

Uso mi hombro para chocar con el suyo y sin quererlo, casi la tiro de la cama, me mira sorprendida y coge una almohada y me golpea con ella.

—¿Cómo? ¿Guerra de almohadas? ¡Te vas a enterar!

Cojo otra almohada y entre risas volvemos a destrozar la cama, no sé cuanto hacía que no reíamos así, lo echaba de menos, echaba de menos a mi hermana.

FRAN



Oigo lo bien que se lo están pasado las dos arriba y no puedo más que alegrarme por ambas. Sé lo mucho que se necesitan la una a la otra, y con todo el jaleo de los hospitales, apenas han podido estar juntas.

Amy está distraída jugando con Tass, tendré que hablar con Laia, porque si vamos a vivir juntos, mi perro va por delante, donde vaya yo, va él, eso no tiene discusión.

Me siento afortunado, más que eso, me siento el hombre con más suerte del mundo. He encontrado a una mujer entre un millón, delicada, culta, con buen gusto musical y traviesa en la cama... Cada día aprendo algo nuevo a su lado. La relación con Amy, desde el minuto uno pese a dolorosa, fue genial, enseguida conectamos, pasó algo parecido con Ana, son tres luchadoras como la copa de un pino.

Mientras sigo con mis pensamientos y viendo cómo Tass persigue a la hija de Laia, me suena el móvil, pese a saber quién es, contesto.

—Buenas tardes Fran.

—¿Qué hay Jacobo? ¿Vas a venir al final? Te aviso que aquí se está de muerte.

—Si te dijera que llevo tres horas dentro del coche, decidiendo si ir o no.

Me levanto de la butaca y me aparto un poco, para que no me oigan.

—Vamos a ver, qué te sucede. ¿Es por Ana? Esa mujer está loca por ti, tío.

—Si lo sé, pero la jodí y ahora no sé cómo arreglarlo, no sé cómo compensarla por el daño que le hice. No sabes cómo me miró la última vez.

—¿Pero se puede saber que le hiciste? ¿O que le dijiste?

Tras contarme lo que sucedió en los lavabos del hospital y después en su casa, no salgo de mi asombro. ¿Cómo alguien la puede cagar tanto?

—¡Tío! ¿Pero cómo se te ocurre? ¿Acaso te crees con derecho sobre ella, solo por follar dos veces? Joder Jacobo, pensé que eras más listo.

—Ya, lo sé... ¿pero qué quieres que haga? Me sentó como una patada en el culo, que el otro idiota se presentase.

—Si algo empiezo a conocer a estas mujeres, vas a tener que sudar sangre, para que te perdone, pero créeme, yo lo intentaría, Ana es un encanto.

Seguimos hablando un rato más, hasta que sin darme cuenta, Laia me abraza por detrás, pegando su cara a mi espalda y acariciándome la piel del torso con sus manos.

—Bueno chaval, piénsatelo, y si no, pues ya nos veremos en Madrid cuando volvamos. Un abrazo.

Me giro a la vez que guardo el móvil y alzo a Laia, que enseguida me rodea con los brazos la nuca y con las piernas la cintura.

—¿Era Jacobo?

—El mismo, sabe que la ha cagado, pero le da miedo enfrentarse a ello.

—Ana está muy disgustada, si no viene, tenemos que hacer algo para juntarlos. ¿Me ayudarás?

Sonríó y le beso los labios con avidez, cada vez que la tengo cerca, siento la necesidad de devorarla entera.

—Veremos lo que se nos ocurre.

Volvemos a las mesas aún con ella en brazos, pese a que no escatima en comer, pesa lo que

una pluma, no sé donde meterá la comida.

—Joder Ana, esto es precioso, que paz se respira.

—Me alegro que te guste, la compraron mis padres, cuando Juan y yo éramos pequeños, y siempre veraneábamos aquí.

—Pues hablando del rey de roma... por la puerta asoma.

Me giro al ver lo que dice Amy y veo al tal Juan, entrando en la propiedad y a esta, metiéndose en la casa. Algún día tendrá que enfrentarse a él, a sus miedos.

JUAN



Vuelvo a mi casa, después de estar la tarde con mi amigo del chiringuito. Cuando cruzo la propiedad, los veo a todos en el porche y a Amy meterse dentro, después de anunciar mi llegada, eso me cabrea, pero supongo que llevará su tiempo.

Me acerco a mi hermana y le doy dos besos, para mirar luego al hombre que acompaña a Laia.

—Buenas tardes, soy Juan, encantado de conocerte.

Le tiendo la mano y él no duda en estrechármela. Al menos a alguien parece que no le molesta mi presencia, a pesar de que se acueste con mi ex.

—Buenas tardes, yo soy Francisco, el prometido de Laia.

¿Prometido? Joder, de lo que se entera uno, me alegro por ella.

—Vaya, no tenía idea, mi hermana no me ha dicho nada, me alegro por vosotros, os deseo mucha felicidad.

Después de darle dos besos, abro la puerta de la casa y cojo un paquete de cervezas, volviendo nuevamente con ellos y repartiendo una a cada uno.

—Esto hay que celebrarlo... Dime Fran, ¿en que trabajas?

—Soy Guardia Civil. Te puedes hacer una idea. ¿Y tú?

Veo cómo Laia le coge de la mano y no sé por qué, pero algo arde dentro de mí. ¿Por qué tengo estos sentimientos encontrados?

—Soy director de Marketing, de una multinacional inglesa.

—Ahora que los dos habéis satisfecho vuestra curiosidad, ¿os apetece cenar?

Miro a mi hermana y después a los demás.

—Yo creo que mejor me subiré la cena a la habitación, no quiero incomodaros.

—¿Cómo dices? Faltaría más, de eso nada. Tú cenas aquí como uno más.

—Pero Amy...

—Amy se tendrá que aguantar. Nosotras somos las invitadas, tú estás en tu propia casa. No sé qué concepto tendrás de mí, pero no voy a consentir eso. Además ya podías poner un poco de tu parte y hablar con ella.

Agradezco la deferencia de Laia y así se lo hago saber. En cierto modo tiene razón, uno de los dos tendrá que ceder, pero, ¿por qué me interesa ahora esa niña? Me temo que algo está cambiando en mí y no sé si me gustará el resultado final.

La tarde noche pasa tranquila, al final hemos cenado todos juntos en el porche, la niña apenas me ha mirado, mientras que ha estado presente. Fran se ha ausentado para ir a hablar con ella y Ana al ver que nos quedamos los tres solos, ha decidido entrar a preparar no sé qué. Total que me he quedado solo con Laia, y ninguno de los dos sabemos qué decir.

Al final es ella la que habla.

—¿Qué tal tu familia?

Imagino que hablará por mi mujer y mis hijos, ya que por mis padres, puede preguntar a Ana cualquier día.

—Bien la verdad, la mayor está a punto de graduarse y el pequeño debutaba hoy en un equipo de fútbol.

—Me alegro que te vaya bien. Quiero que sepas que no te guardo ningún rencor. Los dos éramos jóvenes y pese a que he pasado muchos años odiándote, me he dado cuenta, de que no

sirve para nada.

—Laia yo... me equivoqué... no puedo decir que me arrepiento, tengo una mujer maravillosa y unos hijos estupendos, pero por ese tiempo, estaba muy influenciado por mi padre.

—Lo sé, no te voy a decir que no fue duro, porque lo fue. Pasé por muchas cosas, si no llega a ser por tu hermana...

¿Pero que estoy haciendo? ¿Por qué me disculpo? Tomé una decisión, bueno, tomaron una decisión y yo no puse objeción, y ahora...

—No te diré que me gustaría volver atrás, nos hacemos a nosotros mismos, con las decisiones que tomamos. Ahora soy feliz, pero quizá pude hacerlo de otro modo.

Ambos nos miramos y no veo ni rastro de odio en su mirada. ¿Pena? Si, si veo pena, la misma que ahora siente mi corazón sin saber muy bien el por qué. Tengo que acabar con esta conversación.

Miro el reloj y hago que me estiro, bostezando.

—Se está haciendo tarde, creo que me voy a ir a dormir.

Me levanto y ella hace lo mismo, nos damos dos besos y nuevamente me hacen recordar cosas que creía olvidadas.

—Qué descanses Juan.

—Igualmente Laia.

Ambos entramos en la casa y vamos a nuestras habitaciones.

Epílogo



Seis meses después.

Hemos fijado la fecha de la boda, será en seis meses, no queremos seguir esperando. Le he pedido a Ana que sea mi dama de honor, no puede ser ninguna otra persona.

Mi relación con Fran crece a pasos agigantados, se ha mudado a nuestra casa y ahora vivimos los cuatro juntos, si, Tass también, poco a poco me voy encariñando con él, aunque mi hija está loquita con el perro.

Francisco ha pedido a Jacobo que sea su padrino, no concibo ningún hombre mejor para ello, ha demostrado ser un compañero fiel y siempre que le ha necesitado ahí ha estado.

La relación entre mi cuñada y Jacobo sufrió otro revés, al no subir él a Galicia, espero que pronto puedan arreglarlo, porque estoy segura de que son tal para cual y que el futuro les tiene preparado muy buenos momentos.

Amy ha conseguido un trabajo en una tienda de ropa conocida, le va bastante bien, trabaja por las mañanas y ha conseguido acceder a la Universidad por las tardes, ha decidido estudiar derecho. Me siento muy orgullosa de ella, sé que será una gran abogada.

La relación con su padre sigue siendo fría, aunque por mi parte he dado un paso para volver a ser amigos, independientemente de lo que hizo en el pasado, siempre estará en mi vida al ser el padre de mi hija.

En cambio la relación con mis padres es otro cantar. Cuando volvimos de las vacaciones, quise hacer un acercamiento, pero la situación sigue muy fría, no sé si algún día conseguiré volver a ser la hija que querían. Yo los he perdonado, no quiero seguir viviendo con odio.

Y volviendo a mí... qué os puedo decir, soy feliz, nunca lo he sido tanto como hasta ahora y es que por causas de la vida, hace poco me he enterado que voy a ser madre otra vez.

Cuándo se lo dije a Fran, solo le faltó hacerme un altar, tenía mucho miedo, lo reconozco, pese a conocerle tan bien en muy poco tiempo, siempre tenía la espina de si saldría corriendo como hizo Juan, pero está cumpliendo la promesa que me hizo en el hospital y cada día hace que descubra una nueva forma de definir el amor.

Hasta mi hija, parece que se ha echado novio, un chaval de su edad, también cursa derecho, aunque llevan poco tiempo viéndose, noto cómo cada vez se unen más.

Poco a poco, las cosas vuelven a su sitio.

He pasado muchos años sola, luchando por sacar adelante a mi hija, sin importarme mi propia felicidad o mis necesidades.

El destino me tenía preparada una sorpresa, pero tuvo que ser a través de los peores días de mi hija, para que me diera cuenta de que podía volver a ser feliz.

Me llamo Laia Montes, esta es mi vida, este es mi mundo.

Fin

Sobre el autor

Javier Iván Piña Cruz. Nació en Madrid y reside actualmente en Driebes un pequeño pueblo de Guadalajara (España). Su pasión por la escritura nació a raíz de un juego de rol de Vampiro edad oscura, Vampiro La Mascarada, Hombre lobo Apocalipsis. Mientras interpretaba un personaje principal, un Vampiro, comenzó a sentir la necesidad de contar su historia. Empezó a escribirla en el año 2007 pensando en que sería solo un relato y que terminaría llamándose El Rey oscuro, diez años después (2017), le seguirían El Crómlech de la loba blanca (2017) y La Venganza (2017). En 2018 los juntaría los tres en una trilogía llamada "Colmillos y Garras" en Ingles "Claws and Fangs". En ese mismo año daría un primer salto en la Ciencia Ficción con "El Vuelo del Dragón, para volver de nuevo a lo Paranormal con El fin de la noche.

En el 2019, crece como escritor y cambia de género y estilo, embarcándose en historias románticas e infantiles, como Conociendo a Gabriel o La llama de la pasión (2019) El deseo de Alicia (2019) pero sin olvidar sus raíces fantásticas con Dragones y Tinieblas (2019)

En palabras del escritor “Su mayor propósito es hacer disfrutar a los lectores, lo mismo o incluso más de lo que disfruta el escribiendo”.

Agradecimientos

Quiero dar las gracias sobre todo a mi familia, porque aun después de un tiempo, siguen creyendo en mí.

A mi madre que es mi fan número uno, que cuando ve que no escribo me echa la bronca, y cuando lo hago me deja libertad.

A mi padre, gran devorador de mis historias y mi primer lector cero, sin sus consejos, ningún libro tendría sentido. Gracias.

A mi hermano, que me permite tener la libertad que necesito para escribir, liberándome de otras cosas. Muchas gracias, hermanito. A mis hermanas, que siempre están ahí.

A mis lectoras 0, gracias por aconsejarme y mejorar esta historia. Sin vosotras, no habría quedado igual.

A ti lector, por haber llegado hasta este punto, por haberme acompañado en esta historia tan importante para mí.

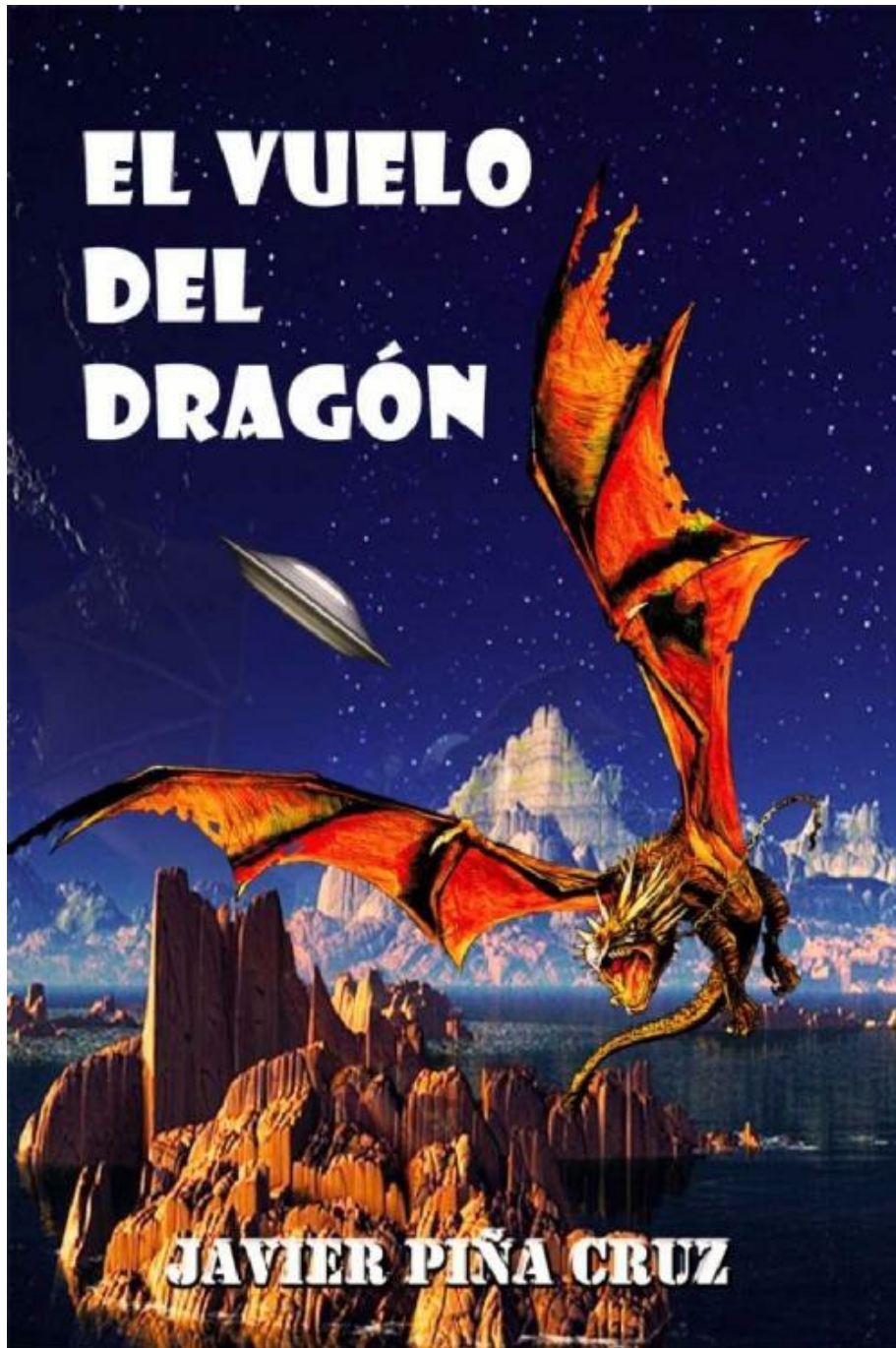
Otros libros del autor

Colmillos y Garras: La Maldición de una raza



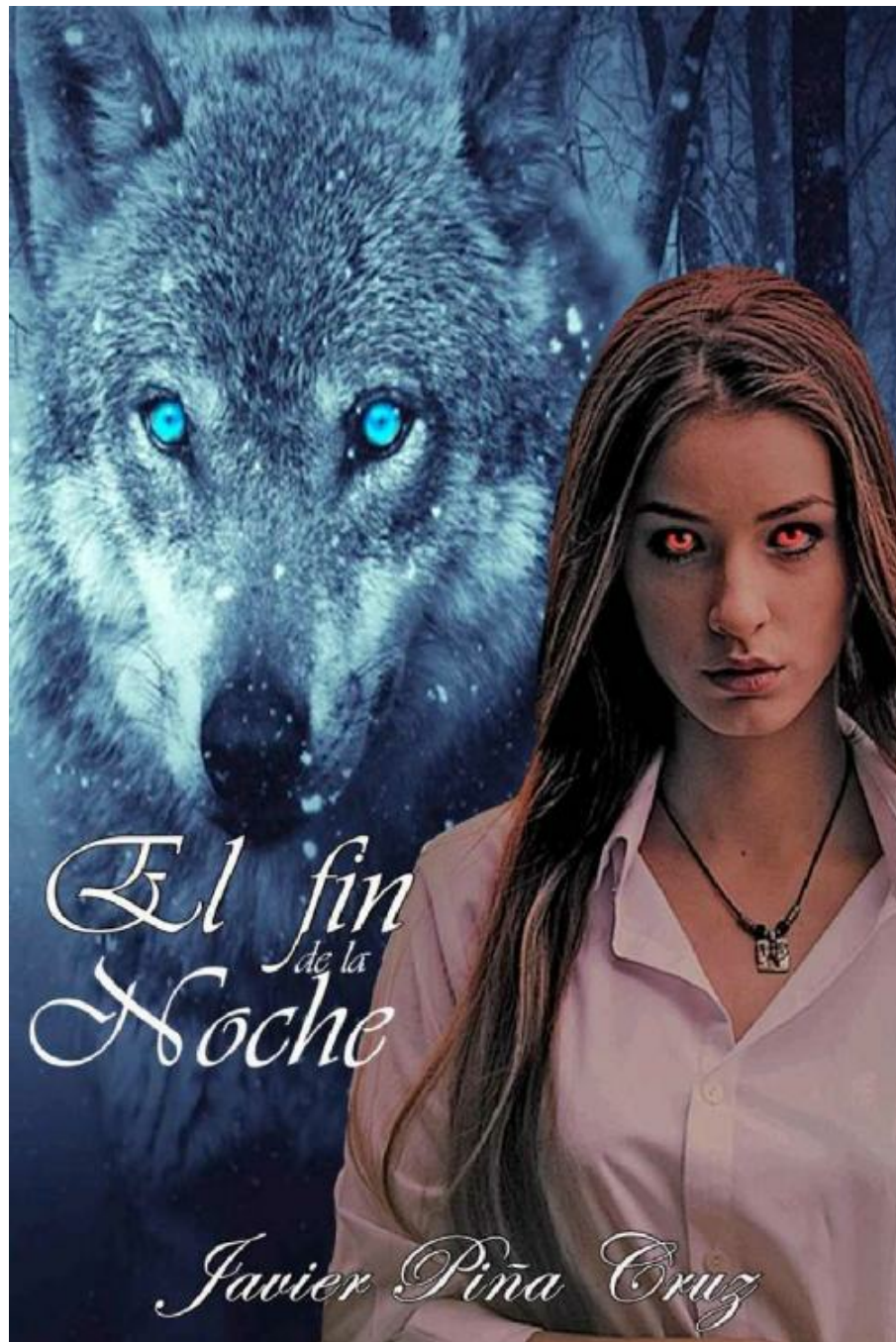
Fantasia Paranormal

El Vuelo del Dragón: Primera parte



Ciencia ficción y Fantasía

El fin de la Noche



Romance Paranormal

Conociendo a Gabriel



Romántico

El deseo de Alicia



Infantil

Dragones & Tinieblas



Fantasía Épica

[\[1\]](#) Papá en inglés

[\[2\]](#) Personaje fantástico que aparece en los libros de la Dragonlance

[\[3\]](#) De nada querida mía en Francés

[\[4\]](#)